

# EPISTEME NS

Revista del Instituto de Filosofía

## 19

*Enero-junio*

*N<sup>os</sup> 1-2*

*1999*

- |               |  |
|---------------|--|
| BACETA, V.:   | El naturalismo epistemológico de Quine: empirismo sin dogmas           |
| BRAVO, R.:    | El compromiso ontológico de los lenguajes naturales                    |
| GUERRERO, P.: | El método científico en Quine  |
| LOMONACO, V.: | La naturalización de la epistemología en la filosofía de la psicología |

Universidad Central de Venezuela  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN



# EPISTEME NS

Revista del Instituto de Filosofía

19

*Enero-junio*  
*N<sup>os</sup> 1-2*  
*1999*

Universidad Central de Venezuela  
Facultad de Humanidades y Educación



# EPISTEME NS

*cuatrimestral*

*Director Fundador:* Juan David García Bacca†

*Director:* Miguel Ángel Briceño G.

*Comité Editorial:*

*Editor Jefe:* Vincenzo P. Lo Monaco  
*Secretaría de Redacción:* Jesús Baceta, Tulio Olmos,  
Carlos Paván  
*Secretaría de Administración:* Carlos Kohn y Nancy Núñez

*Consejo Consultivo:* Omar Astorga, Jesús Baceta, Francisco Bravo, Miguel Briceño, Manuel García, Carlos Kohn, Julio Hernández, Vincenzo P. Lo Monaco, Jorge Nikolić, Nancy Núñez, Tulio Olmos, Carlos Paván, Benjamín Sánchez.

*Consejeros Internacionales:* Juan José Acero, J. L. Ackrill, Ernesto H. Battistella†, Mario Bunge, Hugo Calello, Marisa Kohn de Beker, Alicia de Nuño, Pedro Lluberes, M. Reyes Mate, Jesús Mosterín, Ulises Moulines, Juan Nuño†, Giulio F. Pagallo, Alejandro Rossi.

*Los números de EPISTEME NS salen alternativamente dedicados a temas de Filosofía e Historia de la Filosofía (Serie Azul) y de Lógica y Filosofía de la Ciencia (Serie Roja). Números especiales (Serie Gris)*

Suscripción anual para Venezuela: Bs. 7000.

para el Exterior: U.S. \$ 20.

*Precio especial de este ejemplar:* Bs. 3500.

*Favor enviar cheque pagadero a la orden de la Universidad Central de Venezuela a la siguiente dirección: Instituto de Filosofía. Apartado 47342. Caracas 1041-A. Venezuela.*



EPISTEME NS  
Revista del Instituto de Filosofía

VOLUMEN 19

Enero-junio  
N<sup>os.</sup> 1-2  
1999

Universidad Central de Venezuela  
Facultad de Humanidades y Educación





# EPISTEME NS

## A LOS COLABORADORES

1. EPISTEME NS es una revista arbitrada e indexada en Revenicyt y Philosophical Index, por lo que todas las colaboraciones deben ser inéditas y ser enviadas por triplicado para ser sometidas a la consideración del Comité de arbitraje. Los trabajos podrán ser de tres tipos: Artículos (no deben exceder de 10.000 palabras), Notas (5.000 palabras) y Reseñas.
2. Los Artículos y las Notas y Discusiones, deben ser presentados en cuartilla tamaño carta a doble espacio con notas a pie de página (de ser posible en disquete compatible con IBM en Word 6.0 para Windows o superior)
3. Los artículos en castellano deberán ir acompañados de un resumen en inglés no mayor de diez (10) líneas.
4. Las contribuciones, correspondencia, libros y revistas para recensión deben ser enviados a: Director, EPISTEME NS, UCV, apartado postal 47342, Caracas 1041-A-Venezuela.

EPISTEME NS/Revista del Instituto de Filosofía Vol. 19, Nos.1-2  
(Enero-junio 1999). Caracas: Ediciones de la Facultad de  
Humanidades y Educación, 1981.

v./ 22 cm.

2 veces al año.

Continúa: Episteme

Título de cubierta.

Director-fundador: 1981 - Juan David García Bacca

Director: 1999 - Miguel Ángel Briceño G.

Los números de EPISTEME NS salen alternativamente dedicados a temas de Filosofía e Historia de la Filosofía (Serie Azul) y de Lógica y Filosofía de las Ciencias (Serie Roja). Números especiales (Serie Gris).

ISSN: 07984-4324

1. Filosofía - Publicaciones periódicas.

Depósito Legal: if. 83-2521



A W. V. O. Quine  
en sus noventa años de nacimiento

Este número de la revista se publica gracias a la colaboración de la Prof. Marisa Kohn de Beker, de la Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación y del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela.

© by Instituto de Filosofía  
Facultad de Humanidades y Educación  
Universidad Central de Venezuela

## EPISTEME NS

Volumen 19, 1999, N<sup>os</sup> 1-2

<i>Artículos</i>	<i>Págs.</i>
BACETA, J.: El naturalismo epistemológico de Quine: empirismo sin dogmas.....	7
BRAVO, R.: El compromiso ontológico de los lenguajes naturales.....	37
GUERRERO, G.: El método científico en Quine.....	53
LO MONACO, V.: La naturalización de la epistemología en la filosofía de la psicología.....	71
<i>Notas y discusiones</i>	
ACERO, J. J.: Wittgenstein, Kripke y la relación nominal....	91
CUARTAS, J. M.: Una filosofía del lenguaje en Ferdinand de Saussure.....	117
<i>Recensiones</i> .....	137
<i>Miscelánea</i> .....	143
<i>Libros recibidos</i> .....	147



JESÚS F. BACETA V.

## EL NATURALISMO EPISTEMOLÓGICO DE QUINE: EMPIRISMO SIN DOGMAS

**Resumen:** Se presenta una sucinta explicación del naturalismo epistemológico de Quine mostrando sus consecuencias y considerando, dentro del contexto de la filosofía del autor, algunas críticas que se han formulado a la misma.

**Abstract:** A succinct explanation of the naturalized epistemology of Quine is presented showing its consequences and considering, inside the context of the author's philosophy, some critics that have been formulated to the same one.

W. V. O. Quine renovó, aproximadamente desde los años '40, muchas de las propuestas del movimiento filosófico llamado "empirismo lógico", cuyo instrumento de análisis usual es la llana y diáfana lógica de primer orden. Quine renovó la manera de tratar los problemas ontológicos, los estudios "semánticos" de los lenguajes naturales y, con ello, la filosofía del lenguaje, la epistemología, la filosofía de la lógica y la filosofía de la mente, sin contar con las grandes contribuciones que ha proporcionado a la teoría de conjuntos y a la lógica simbólica. Su tratamiento de los términos singulares es un paradigma de análisis filosófico. Su crítica a los dogmas de la dicotomía analítico-sintético y del reduccionismo es referencia obligada. Su famoso criterio de compromiso ontológico, de extraordinaria simplicidad, instaura una original manera de control óntico. Su análisis de los contextos intensionales, opaca por su claridad. Todas esas tesis y análisis han causado

una que otra polémica, aunque son aceptados generalmente. No obstante, algo contrario ocurre con su naturalismo epistemológico, quizá porque se tiende a olvidar la íntima dependencia que tiene éste con el resto de sus desarrollos.

La exposición de la que trata estas páginas intenta mostrar que sólo puede entenderse el naturalismo quineano como una especificación consistente de una gran parte de las tesis y análisis del autor; creo que no podría entenderse de otro modo. De tal forma se evidencian varios de los alcances de la propuesta, se compara con otros decires y se someten a prueba algunas críticas. Con ello ejemplificamos la concepción de la filosofía que propugna el autor, que, como ya habría de esperarse, renueva la manera de llevar a cabo el análisis filosófico.

### §1. SIGNIFICADO ESTÍMULO

Retomando algunos de los planteamientos de uno de sus mentores intelectuales, Rudolf Carnap, particularmente los del programa conocido como *Aufbau* y, quizá, otros de la semántica empírica presentada en el apéndice D. de la segunda edición de *Meaning and Necessity*<sup>1</sup>, Quine plantea el problema de reconstruir racionalmente<sup>2</sup> la adquisición por parte del individuo de una teoría del mundo. Para ello procede «sin considerar fronteras disciplinarias, con respeto a las disciplinas mismas y con anhelo por sus datos», motivado por una inquietud filosófica: ¿cómo se explica el tránsito del estí-

<sup>1</sup> Carnap, R.: *Meaning and Necessity*. Chicago, University, 1956 (1° Ed. 1947, sin apéndices). En el Apéndice D: «Meaning and Synonymy in natural languages» Carnap defiende la “teoría de la intensión” (“teoría del significado”, en términos de Quine) frente a las objeciones extensionalistas (“Teoría de la referencia”) y presenta una concepción pragmática del significado lingüístico que, a su vez, intenta fundamentar empíricamente las nociones típicas de la teoría de la intensión, otorgándoles una explicación científicamente legítima.

<sup>2</sup> En el apartado 100 del *Der logische Aufbau der Welt* (Berlín, Weltkreis, 1928) Carnap introduce la noción de ‘reconstrucción racional’ cuyo eje conductor es “la forma racional de las derivaciones lógicas” en oposición a aquellas doctrinas que se orientan por procesos intuitivos y no sistemáticos.



mulo a la ciencia?<sup>3</sup>. La propuesta es una alternativa ante los programas fenomenalistas y fisicalistas que plantean la idea de un lenguaje autosuficiente como fundamento para la ciencia y que dejan de ser programas atractivos «cuando advertimos que la tarea de que se ocupa la ciencia es precisamente la sistematización de nuestra experiencia sensible»<sup>4</sup>

Pero ¿por qué toda esta reconstrucción creadora, por qué todas esas pretensiones? Toda evidencia que haya podido servir, en última instancia, a cualquiera para alcanzar su imagen del mundo, es la estimulación de los receptores sensoriales. ¿Por qué no ver simplemente cómo se desarrolla en realidad esta construcción? ¿Por qué no apelar a la psicología? Una tal entrega de la carga epistemológica a la psicología es un paso que en anteriores tiempos no estaba permitido por su condición de razonamiento circular. Si el objetivo del epistemólogo es validar los fundamentos de la ciencia empírica, el uso de la psicología o de otra ciencia empírica en esa validación traiciona sus propósitos. Sin embargo, estos escrúpulos contra la circularidad tienen escasa importancia una vez que hemos dejado de soñar en deducir la ciencia a partir de observaciones. Si lo que perseguimos es, sencillamente, entender el nexo entre la observación y la ciencia, será aconsejable que hagamos uso de cualquier información disponible, incluyendo la proporcionada por estas mismas ciencias cuyo nexo con la observación tratamos de entender<sup>5</sup>.

Para llevar a cabo su empresa formula una teoría que relaciona los estímulos sensoriales con las palabras como oraciones ocasionales; tal teoría es llamada ‘significado estímulo’. En términos generales el significado estímulo de una oración, para un hablante dado en un lapso de tiempo determinado, es la clase de todas las estimulaciones ante las cuales asentirá a esa oración, si se le interroga. El significado estímulo se aplica, a lo sumo, a oraciones observacionales; éstas son aquellas cuyo significado estímulo es el mismo para un grupo de hablantes; por ejemplo, las oraciones ‘azul’, ‘conejo’, ‘trueno’, ‘esto es un perro’, son observacionales porque interrogados

<sup>3</sup> Cf. Quine, W. V. O., *Palabra y objeto* [1960]. Barcelona, Ed. Labor, 1968; *La relatividad ontológica y otros ensayos* [1969]. Madrid, Tecnos, 1974; *Del estímulo a la ciencia*, Barcelona, Ed. Ariel, 1998; entre otros.

<sup>4</sup> Quine, W. V. O., *Del estímulo a ...*, op. cit., p.23

<sup>5</sup> Quine, W. V. O., *La relatividad ontológica...*, op. cit., p. 101.

todos los miembros de cierta comunidad de hablantes ante el mismo estímulo, ellos asentirían o disentirían ante la misma oración<sup>6</sup>.

Las palabras pueden aprenderse como partes de las sentencias más largas, y algunas pueden aprenderse también como sentencias de una sola palabra, mediante ostensión directa de sus objetos, en cualquier caso, las palabras sólo significan en la medida que su uso en sentencias esta condicionado a estímulos sensoriales, verbales o de otra naturaleza. Toda teoría realista de la evidencia es inevitablemente inseparable de la psicología del estímulo y la respuesta aplicada a las sentencias<sup>7</sup>.

Los términos básicos de la teoría del significado estímulo los explica Quine como relaciones entre las diferentes terminaciones nerviosas y las distintas respuestas del organismo a la activación de sus receptores. La premisa teórica que subyace a ésta propuesta es, básicamente, aquella según la cual los receptores, como los bastones de los ojos, los receptores de

<sup>6</sup> He indicado que Quine, quizá, retomó algunos de los planteamientos del apéndice D. de *Meaning and Necessity*. Indica Carnap en la p. 235 que intenta «clarify the nature of the pragmatistical concept of intension in natural languages and to outline a behavioristic, operational procedure for it.» «If for a given semantical concept there is already a familiar, though somewhat vague, corresponding pragmatistical concept and if we are able to clarify the latter by describing an operational procedure for its application, then this may indeed be a simpler way for refuting the objections (de Quine a los conceptos intensionales) and furnish a practical justification at once for both concepts». Aunque Carnap y Quine difieren en su intención, los paralelismos de uno y del otro programa son evidentes en tanto intentan proporcionar un conjunto de reglas operacionales, mediante criterios pragmáticos que apuntan a la conducta de los individuos ante ciertas preguntas, que permitan un correlato pragmático de ‘significado’ en algún sentido del término. Las diferencias, sin embargo, son muy notorias en cuanto a métodos y consecuencias; en la propuesta de Quine la noción de ‘significado estímulo’ no es adecuada, a favor de su posición extensionalista, para llevar a cabo una reconstrucción vía comportamientos de humanos de las nociones intensionales de ‘sinonimia’ y de ‘analiticidad’, sino como substitutos en términos de la conducta humana de las mismas; Carnap explora la significación de términos, mientras que Quine trabaja con oraciones observacionales (un término puede ser representado como una oración observacional de una sola palabra, por ejemplo, cuando alguien educa ‘verde’ ante la pregunta ‘¿Qué color es éste?’); Carnap presupone algunas condiciones para la descripción al individuo de las “circunstancias posibles” ante la cual aplicaría el término y Quine no; por nombrar sólo algunas.

<sup>7</sup> Quine, *Palabra y...*, op. cit., p. 30.

dolor, tacto, calor y frío de la piel, los receptores de esfuerzos musculares, etc., transforman los estímulos procedentes del cuerpo mismo o del exterior en patrones de impulsos eléctricos que interaccionan, a su vez, con las neuronas y dan lugar a la emisión de otros impulsos que controlan los efectores, tales como nuestros músculos y glándulas, para emitir una respuesta.

Denomina *estímulo global* a la clase, cronológicamente ordenada, de todos los receptores sensoriales que se activan cuando tenemos una experiencia sensorial a lo largo de algún momento. Si dos estimulaciones globales comparten aproximadamente el mismo número y orden de terminaciones nerviosas activadas, son *receptualmente similares*. Si las respuestas del sujeto son similares bajo condiciones controlables ante estímulos diferentes, entonces son *perceptualmente similares*. Es claro que dos estímulos globales muy similares receptualmente pueden ser perceptualmente similares y que dos estímulos receptualmente diferentes pueden ser perceptualmente iguales; en este último caso las clases de receptores activados no coinciden ni en número ni en el orden, pero pueden coincidir algunos receptores suficientes para que las reacciones del individuo sean similares ante ambos estímulos. Esto quiere decir que no todos los receptores activados en un estímulo global son pertinentes para la respuesta de un individuo ante una experiencia sensorial, por lo que Quine restringe su exposición a los *receptores prominentes*: estos son aquellos que un estímulo global comparte con otros estímulos globales perceptualmente similares pero diferentes receptualmente. Esto le permite clasificar las modalidades sensoriales según la prominencia: «Un estímulo global será visual o auditivo según si sus receptores prominentes están en la retina o en la cóclea, y respectivamente para las otras modalidades»<sup>8</sup>.

La propuesta básica de Quine es, entonces, que las palabras sólo significan en la medida en que su uso como oraciones observacionales queda determinado por estímulos globales

---

<sup>8</sup> Quine, *Del estímulo a...*, op. cit., p. 26.

les. En tal sentido, como veremos, la ostensión juega, para Quine, un papel primordial incluso en los estados más avanzados de la ciencia. Para desarrollar tal propuesta propone las siguientes definiciones conductistas<sup>9</sup> que permiten explicar cómo los estímulos permiten engendrar, a través del lenguaje, el conocimiento del mundo.

1. Una oración es *observacional* si interrogados todos los miembros de una comunidad de hablantes ante los mismos estímulos globales, asienten a la pregunta. Aquí queda una cuestión pendiente: si los estímulos globales son privados ¿cómo explica Quine la concordancia pública de criterios privados de similitud perceptual? Apelando a la inducción y a la teoría de la selección natural:

El valor de supervivencia de la inducción primitiva consiste en la anticipación de algo comestible o de alguna criatura que pueda devorarnos. Es de este modo que la selección natural nos proporciona criterios de similitud perceptual que encajan perfectamente con las tendencias naturales, confiando a nuestras expectativas un éxito superior al que podemos atribuir al azar. Es de este modo que la inducción nos ha prestado tan buen servicio, a nosotros y a otros animales<sup>10</sup>.

No estoy recurriendo a la biología darwinista para justificar la inducción. Eso sería circular, puesto que el conocimiento biológico depende de la inducción. Más bien, estoy garantizando la eficacia de la inducción y luego observando que la biología darwinista, si es verdadera, ayuda a explicar por qué la inducción es tan eficaz como es.<sup>11</sup>

¿Y cuál es el criterio para ser miembro de la misma comunidad? Simplemente la fluidez del diálogo. Este criterio admite grados y, por supuesto, podemos provechosamente tomar la comunidad en un sentido más restringido en unos estudios que en otros. Lo que cuenta como sentencias de observación en una comunidad de especialistas no podría contar siempre para una comunidad más amplia (...): lo que cuenta como una sentencia de observación varía con la amplitud de la comunidad considerada. Pero siempre podemos obtener un patrón absoluto tomando todos los hablantes

<sup>9</sup> Cf. Quine, *Palabra y ...*, op. cit., cap. II.

<sup>10</sup> Quine, *Del estímulo a ...*, cit., p. 27.

<sup>11</sup> Quine, *La relatividad ontológica...*, op. cit., p. 161-2.

de la lengua o la mayoría<sup>12</sup>

2. Una estimulación  $\sigma$  pertenece a la *significación estimulativa afirmativa de una oración observacional  $s$  para un hablante  $h$  dado en un instante  $t$*  (abreviadamente SEA( $s, h, t$ )) si, y sólo si, hay una estimulación  $\sigma'$  tal que si se ofreciera  $\sigma'$  al hablante, se le preguntara luego  $s$ , se le ofreciera  $\sigma$  y luego se le preguntara de nuevo  $s$ , él discrepase la primera vez y asintiese la segunda. Esto es, la clase de todos los estímulos en presencia de los cuales un hablante asentiría a una oración observacional.
3. Una estimulación  $\sigma$  pertenece a la *significación estimulativa negativa de una oración observacional  $s$  para un hablante  $h$  dado en un instante  $t$*  (abreviadamente SEN( $s, h, t$ )) si, y sólo si, hay una estimulación  $\sigma'$  tal que, si se ofreciera  $\sigma'$  al hablante, se le preguntara luego  $s$ , se le ofreciera  $\sigma$  y luego se le preguntara de nuevo  $s$ , él asintiese la primera vez y discrepase la segunda. Es decir, la clase de todos los estímulos en presencia de los cuales un hablante disientiría a una oración observacional.
4. La *significación estimulativa de una oración observacional  $s$* : SE( $s, h, t$ ) =<sub>df.</sub> (SEA( $s, h, t$ ), SEN( $s, h, t$ )), dicho de otra manera, la significación estimulativa de una oración observacional está constituida por el par ordenado que consiste en la clase de significaciones estimulativas afirmativas y la clase de significaciones estimulativas negativas; en los asentimientos y disentimientos ante estímulos globales.
5.  $s$  y  $s'$  tienen la misma significación estimulativa si, y sólo si:  
 $[SE(s, h, t) = SE(s', h, t)] =_{df.} [(SEA(s, h, t), SEN(s, h, t)) = (SEA(s', h, t), SEN(s', h, t))]$ , entonces  $[SEA(s, h, t) = SEA(s', h, t) \wedge SEN(s, h, t) = SEN(s', h, t)]$  (nótese que es una simple aplicación de la definición de igualdad de pa-

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 114-5.

res ordenados). Informalmente, dos oraciones observacionales  $s$  y  $s'$  producen la misma significación estimulativa si producen el mismo asentimiento o disentimiento ante un estímulo presentado a un hablante<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> Al definir la significación estimulativa como una identidad entre pares ordenados no se está asumiendo, según Quine, alguna ontología que nos comprometa con la existencia de algunas *entia non grata*. Los pares ordenados pueden ser definidos según la propuesta de Wiener ( $\langle x, y \rangle = \{\{x\}, \{y, \emptyset\}\}$ ) o Kuratowski ( $\langle x, y \rangle = \{\{x\}, \{x, y\}\}$ ), o Hausdorff ( $\langle x, y \rangle = \{\{x, 1\}, \{y, 2\}\}$ ), en todo caso clase de clases. También pueden ser definidos de infinitas maneras dentro de una teoría de números sin salirse del dominio de los números naturales, e.g.,  $\langle x, y \rangle$  puede ser definido como  $'2^x \times 3^y'$  o como  $'x + (x + y)^2'$ , etc. Las anteriores definiciones de par ordenado satisfacen todas el postulado de la identidad de pares ordenados, a saber:  $\langle x, y \rangle = \langle z, w \rangle$ , entonces  $x = z$  e  $y = w$ , y precisan de manera distinta y no equivalentes qué tipo de objeto son los pares ordenados. Así, en la versión de Wiener el par ordenado  $\langle x, y \rangle$  es la clase formada por la clase  $\{x\}$  cuyo único miembro es  $x$  y por la clase  $\{y, \emptyset\}$  cuyos miembros son  $y$  y la clase nula; en la versión de Kuratowski la clase formada por la clase  $\{x\}$  cuyo único miembro es  $x$  y la clase  $\{x, y\}$  cuyos miembros son  $x$  e  $y$ ; y podemos proceder similarmente con la definición de Hausdorff. La cuestión es que cualquiera de esas definiciones da igual como una respuesta al problema filosófico expresado en la pregunta «¿Qué es un par ordenado?» y permiten prescindir de pares ordenados en cualquier sentido problemático de esa expresión, pasando a ciertas nociones más claras. Todas ellas son *explicans* adecuados para la noción en cuestión y no hay ninguna razón para elegir entre una u otra como “la mejor” explicación. Como  $\langle x, y \rangle$  tiene distintas connotaciones, todas ellas con la sola finalidad de satisfacer el postulado de identidad de pares ordenados y no equivalentes entre sí,  $\langle x, y \rangle$  no está nombrando nada: es un nombre defectivo cuya defectividad queda compensada a los fines prácticos. Admitimos los objetos ostensibles del nombre defectivo como valores de las variables de cuantificación pero ello no quiere decir que exista lo nombrado por el nombre defectivo: supongamos que en nuestro lenguaje objeto aparece la oración  $'x < y'$ , si ésta oración es satisfecha por el par  $\langle 2, 4 \rangle$ , suponemos que en el dominio de objetos del lenguaje objeto aparecen los números 2 y 4, pero no el objeto que contenga el par de dichos números, esto es  $\langle 2, 4 \rangle$ ; el par pertenece, en todo caso, al lenguaje con el cual trabajamos para estudiar el lenguaje objeto, al metalenguaje. A los fines prácticos Quine lo único que exige de los pares ordenados es que permitan distinguir entre el primer componente del par y el segundo, lo cual queda muy bien expresado por la sentencia de primer orden que expresa la identidad entre pares ordenados que no compromete con la existencia de clases de clases dentro del lenguaje objeto, mientras que las distintas definiciones de par ordenado, que tratan dos objetos como uno, pueden ser relegadas al metalenguaje como *explicantes* adecuados. Ascen-

6. “ $\Phi$ ” y “ $\Psi$ ” son *estimativamente sinónimos como términos para un hablante en el intervalo temporal  $T$*  si, y sólo si, como oraciones observacionales tienen la misma significación estimulativa para él en cualquier instante temporal  $t'$  de  $T$  y él responde afirmativamente, interrogado en el intervalo  $T$ , a la cuestión de si “Todos los  $\Phi$  son  $\Psi$ , y viceversa”.
7. Una oración de la forma “Todos los  $\Phi$  son  $\Psi$ ” es *estimativamente analítica* para un sujeto si este asiente a ella en respuesta a toda estimulación —pues, si toda estimulación deja al sujeto dispuesto a asentir a algo, entonces ninguna estimulación le provocará el asentimiento o discrepancia de un “ $\Phi$ ” o “ $\Psi$ ” como oraciones observacionales.

Estas definiciones le sirven de base a Quine para formular los siguientes enunciados<sup>14</sup>:

8.  $SEA(s, h, t_1) \neq SEN(s, h, t_1)$ : es decir, la significación estimulativa afirmativa de una oración observacional  $s$  para un hablante dado, en un instante temporal determinado, nunca es igual a la estimulación negativa para el mismo hablante, en el mismo instante temporal.
9.  $[SE(s, h, t_1) = SE(s, h, t_2)] \rightarrow [SE(s, h, t_1) = SE(s, h, t_2)]$ : un sujeto podría verse provocado una vez, por determinada estimulación  $\sigma$ , a asentir a  $s$ , y más tarde, por una recurrencia de  $\sigma$ , a discrepar de  $s$ . O puede verse provocado, por la misma estimulación  $\sigma$ , en ambos instantes temporales, a asentir a  $s$ . En el primer caso diremos que para el hablante en cuestión simplemente ha cambiado la significación estimulativa de  $s$ .
10.  $\sim[SEA(s, h, t_1) \equiv SEN(s, h, t_1)]$ : esto es, las significaciones estimulativas afirmativas y negativas de una oración ob-

---

so semántico. [Cf. Quine: *Palabra y objeto*, op. cit., pp. 265-270].

<sup>14</sup> Cf. Quine, *Palabra y objeto*, op. cit., pp. 46-7.

servacional cualquiera (para un hablante dado y en un tiempo dado) se excluyen unas a otras –no se determinan.

Las anteriores definiciones indican cómo determinar la asociación que hace un hablante con las palabras mediante ostensión directa, esto es, la relación que se logra mediante estimulaciones globales que tienen rasgos prominentes que no son verbales y aquellas que sí lo son. Todo se reduce a indicar, mostrar, ostentar, quizás con el llamado dedo “índice”, y a asociar o no dicha indicación con el proferimiento de una oración, según el número total de asentimientos o disentimientos de los individuos pertenecientes a una misma comunidad de hablantes.

La prominencia es el factor operativo en la definición ostensiva. El movimiento aumenta la prominencia, y con gestos de rodear el entorno, o de indicar la dirección, del fragmento deseado de la escena se lleva a cabo la asociación deseada con la palabra que se haya proferido<sup>15</sup>.

Lo que es relevante, desde el punto de vista de la teoría del significado estímulo, son las condiciones ante las cuales un sujeto asiente o disiente a causa de algunos estímulos; éstas se constituyen como las condiciones de verdad de la oración *s* para el hablante *h* en el instante *t*. Se admite la hipótesis empírica de que la mayoría de los asentimientos de un hablante lo son ante oraciones verdaderas y que la mayor parte de sus disentimientos lo son ante las falsas, y las abstenciones se relegan a casos indeterminados. Con todo quedaría un importante grado de indeterminación después de todas las pruebas.

16 Ahora bien, ¿de qué manera explica la teoría del signifi-

<sup>15</sup> Quine, *Del estímulo...*, op. cit. p. 26.

<sup>16</sup> Es importante resaltar que Quine, siguiendo la condición de adecuación material de Tarski, el llamado “esquema T”, el paradigma del “desentrecomillado”, no se compromete al relacionar el término ‘verdadero’ con una concepción sobre lo que significa que algo es verdadero ni cómo habría de verificarlo o no; por la misma razón tampoco está comprometido con una teoría pragmática de la verdad ni con una teoría de la verdad por coherencia o contextual. ‘Verdadero’ se constituye como una noción *filosóficamente neutral*. Quine trata a la mención como un recurso para el llamado “ascenso semánti-



cado estímulo cómo a partir de los estímulos globales podemos proyectar algunas teorías sobre el mundo? Mediante la efectividad de la inducción. Ésta tiene su mayor expresión en las llamadas ‘oraciones categóricas observacionales’: oraciones que se forman uniendo dos oraciones observacionales y que expresan la expectativa inductiva de que en cualquier instante temporal si se presentan o reproducen los estímulos que originan el asentimiento a la primera oración observacional, se presentarán los estímulos que provocan el asentimiento a la segunda oración observacional. Sencillamente, las categóricas observacionales expresan la expectativa inductiva general de que si la primera oración observacional (llamada ‘cláusula de prueba’) es verdadera, la segunda (llamada ‘cláusula de predicción’) también lo es. Ejemplos de Quine: ‘Cuando relampaguea, truena’, ‘Cuando sale el sol, los pájaros cantan’, ‘Allí donde hay humo, hay fuego’, ‘Cuando nieva, hace frío’<sup>17</sup>. Estas oraciones pueden ser transmitidas de padres a hijos y de generación en generación. Las oraciones categóricas son, para Quine, nuestras primeras y rudimentarias teorías acerca del mundo y se constituyen como los “puntos de control empírico” de las teorías científicas. La evolución hacia teorías más complejas se logra mediante diversas cadenas de reificación.

Se apreciarán, en la tercera sección, algunas oraciones categóricas observacionales que se derivan de ciertas teorías “maduras” reconocidas como científicas. Se verá que la “complejidad” de una oración observacional y el problema de los estímulos pertinentes para los miembros de una comunidad de hablantes, depende, entre otros factores, de la práctica

---

co” que le permite “pasar” de afirmaciones del lenguaje objeto al metalenguaje, y tal práctica no lo compromete ni epistemológica ni metafísicamente. «Esta ascensión a un plano de referencia lingüístico es una retirada respecto del mundo, pero sólo transitoria, pues la utilidad del predicado verdad consiste precisamente en borrar la referencia lingüística. El predicado de verdad nos advierte que, pese a la ascensión semántica que nos hace hablar de oraciones, seguimos con la vista puesta en el mundo». Quine, *Filosofía de la lógica* [1970]. Madrid, Ed. Alianza, 1973, p. 37.

<sup>17</sup> Cf. Quine, *Del estímulo...*, op. cit. p. 33.

cotidiana, del acervo teórico propio de dicha comunidad y de la utilización de instrumentos de medición. Por lo pronto veamos cuáles son las razones que inducen a Quine a plantear la tesis de la indeterminación de la traducción y de la referencia; tal proceder queda justificado porque sólo a partir de la mencionada tesis se puede explicar coherentemente el rechazo de Quine a los programas fenomenalistas y su adhesión a una nueva forma de hacer filosofía.

### §3. INDETERMINACIÓN DE LA TRADUCCIÓN Y DE LA REFERENCIA

Nos dice Quine: «...consideremos las sentencias ocasionales “Moneda con efigie” y “Moneda con la inscripción “Una peseta””. Esas sentencias tienen distintas significaciones estimulativas para un niño en los primeros momentos de contemplación pasiva de esas monedas (las españolas de una peseta), pero cuando les da la vuelta las dos significaciones estimulativas tienden a fundirse»<sup>18</sup>. Este ejemplo sugiere que no es posible determinar, unívocamente, mediante significaciones estimulativas, si los objetos a los que aplica un individuo una oración observacional son meros estadios o breves segmentos temporales del objeto. La tesis indica que cuando se señala un objeto, se está señalando también un estadio del objeto, una parte del mismo, la fusión del objeto y aquello en lo cual se manifiesta su cualidad. Si se señala una parte constitutiva de un objeto, se está señalando también otra clase de cosas; y así sucesivamente. Estas peculiaridades se muestran particularmente claras cuando observamos figuras *geltalticas* (de aquella escuela que postulaba que las imágenes son percibidas como un todo y no como una mera suma de sus partes constitutivas):

---

<sup>18</sup> Quine, *Palabra y...*, op. cit., p. 62-3.



Ante el estímulo ¿se asocia 'cara' o 'caras' u otra oración?



¿Se asocia 'joven' o 'anciana' o...?



¿Se asocia el estímulo a 'conejo' o a 'pato' o a 'ave' o a 'albatros' o a 'cabeza de conejo' o a 'cabeza de pato' o a 'parte de conejo' o a 'parte de pato' o a 'cabeza de ave' o a 'dibujo de conejo' o a 'dibujo de cabeza de albatros' o a...?

Además, dos términos pueden ser de hecho coextensivos, verdaderos de las mismas cosas, sin ser intrasubjetivamente sinónimos estimulativos en cuanto oraciones observacionales (el caso de la moneda y el niño). Por ello, la significación estimulativa falla como una relación de sinonimia.

Borges atestigua que algo similar pasa en la literatura:

Yo aconsejaría esta hipótesis: la imprecisión es tolerable o verosímil en la literatura, porque a ella propendemos en la realidad. La simplificación conceptual de estados complejos es muchas veces una operación instantánea. El hecho mismo de percibir, de atender, es de orden selectivo: toda atención, toda fijación de nuestra conciencia, comporta una deliberada omisión de lo no interesante. Vemos y oímos a través de recuerdos, de

temores, de previsiones. En lo corporal, la inconsciencia es una necesidad de nuestros actos físicos. Nuestro cuerpo sabe articular este difícil párrafo, sabe tratar con escaleras, con nudos, con pasos a nivel, con ciudades, con ríos corrientosos, con perros, sabe atravesar una calle sin que nos aniquile el tránsito, sabe engendrar, sabe respirar, sabe dormir, sabe tal vez matar: nuestro cuerpo, no nuestra inteligencia. Nuestro vivir es una serie de adaptaciones, vale decir, una educación del olvido. Es admirable que la primera noticia de Utopía que nos dé Thomas Moore, sea su perpleja ignorancia de la “verdadera” longitud de uno de sus puentes...<sup>19</sup>.

Tenemos, pues, que mediante significaciones estimulativas no podemos determinar si un individuo considera solamente las estimulaciones que bastan para provocar directamente el asentimiento a una oración observacional *s* (‘¿caimito?’<sup>20</sup> ⇨ árbol) o considera otras estimulaciones, también suficientes para provocar el asentimiento a *s*, que deben su eficacia a cierta información lateral amplia y dispersa desconocidas para el lingüista (‘¿caimito?’ ⇨ fruta de árbol).

Los “cambios fonéticos esporádicos” son causados, según los gramáticos, por cambios de significaciones estimulativas, sucesos en función de cierto intervalo temporal. Don Ramón Menéndez Pidal decía: «Muchos cambios fonéticos se fundan en un error de audición. Hay a menudo, cuando se trata de palabras poco conocidas, un error de percepción debido a cierta equivalencia de unos sonidos con otros [se confunde un estímulo verbal con otro]. El que escucha una palabra poco habitual, puede equivocarse, oyendo alguno de sus sonidos diferente de como se ha pronunciado, es decir, confundiendo un sonido con otro algo análogo»<sup>21</sup>, esto es, confundiendo el estímulo significativo y asociándolo con otro. «En vocablos

<sup>19</sup> Borges, J. L., “La postulación de la realidad” en “Discusión” (1932), *Obras Completas*, Buenos Aires, Emece Eds., 1974, p. 218.

<sup>20</sup> Según el DRAE 92: «*caimita*. De or. arahuaco; m. Árbol silvestre de las Antillas y Nicaragua, de la familia de las sapotáceas, de corteza rojiza, madera blanda, hojas alternas y ovales, flores blancuzcas y fruto redondo, del tamaño de una naranja, de pulpa azucarada, mucilaginoso y refrigerante; m. Árbol del Perú de la misma familia que el anterior, pero de distinta especie; m. Fruto de estos árboles.»

<sup>21</sup> Menéndez Pidal, R., *Manual de Gramática Histórica Española*. Madrid, España-Calpe, Séptima edición, 1944, pp. 194–5

muy usados se comprende que esta confusión de sonidos arraiga poco, pues cuanto más frecuentes se repite una palabra por todos [el estímulo verbal], más ocasiones hay para que a cada instante se rectifiquen los errores que individualmente puedan cometerse al oírla». Seguía indicando Menéndez Pidal: «El error de audición puede ser de tres maneras diversas: confundiendo el punto de articulación (por ejemplo, la /b/ con la /g/), confundiendo la sonoridad y la sordez (por ejemplo /b/ con la /p/ o con la /f /), o confundiendo el modo especial de la abertura articulatoria (por ejemplo, la /b/ con la /m/)»<sup>22</sup>. Son errores en la percepción, en la audición del estímulo.

Cuando nos comunicamos con otro individuo que comparte nuestro lenguaje, la suposición de que nuestro interlocutor se refiere con sus términos a lo mismo a que nosotros nos referimos es una hipótesis empírica y, como tal, incontrastable. Aún más, no hay garantía para un mismo sujeto de que en todo intervalo temporal se refiera con un mismo término al mismo objeto; un sujeto podría verse provocado una vez, por determinada estimulación  $\sigma$ , a asentir a  $s$ , y más tarde, por una recurrencia de  $\sigma$ , a discrepar de  $s$ .

Con el transcurso del tiempo, las primeras oraciones observacionales del sujeto, adquiridas por ostensión, habrán cambiado en algunos aspectos, a través de la presión pública sostenida. Tal vez el sujeto ya no asienta más a 'Pez' a la vista de una ballena, como alguna vez podría haber hecho<sup>23</sup>.

Recurrir a estimulaciones globales, en particular prominentes, como un método operacional para establecer los referentes que asigna un hablante, o una comunidad de hablantes, a una oración observacional, supone que aceptamos una clase de hipótesis empíricas incontrastables (llamadas por Quine "hipótesis analíticas"); podemos mencionar, por ejemplo, que el grupo de hablantes tiene cierta amplitud de memoria, que las pausas que separan los sonidos proferidos y la

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 195

<sup>23</sup> Quine, *Del estímulo...*, op. cit., p. 55.

amplitud del sonido de las emisiones pueden indicar o no, según el caso, ciertas diferencias en las reacciones de los hablantes, que ciertos aspectos culturales pueden influir en el grupo de hablantes al momento de tener sus reacciones ante un estímulo, que se asumen ciertas características comunes perceptivas y motoras por parte de los hablantes, que la comunidad de hablantes tiene algunos hábitos perceptivos distintivos y característicos de esa comunidad, etc. También se asumen otro gran número de cláusulas de excepción entre las que se pueden contar los lapsus de atención ante el estímulo prominente, ciertas limitaciones perceptivas o motoras que puede tener la comunidad de hablantes, etc.

Quine supone que «...la significación es lo que una sentencia tiene en común con su traducción; y traducción (...) se refiere sólo a correlaciones con estimulaciones no-verbales»<sup>24</sup>. Al conformar un manual de traducción, adicionalmente a la gran cantidad de correcciones que se establecen cuando se toman en consideración las distintas hipótesis empíricas y cláusulas de excepción, hay que asumir, según Quine, una “mentalidad prelógica”. Supongamos que asumimos el principio de no-contradicción cuando nuestro interlocutor no lo asume. Con el anterior supuesto restringimos la ontología del individuo en cuestión, amén de que le impondríamos nuestra ontología e ignoraríamos el problema de la prelogicidad. Si no se toma en cuenta este requisito, «una traducción perfeccionista puede hacer que, en la traducción misma, el individuo hable todo lo estúpidamente que uno quiera»; nos dice Quine:

Consideremos como ejemplo el “No hay nada” del castellano (sic). Aficionados a revelar paradojas pueden representar ese uso como una violación a la ley de doble negación. Pero traductores menos fantasiosos recogerán en inglés –por ejemplo– el ‘no’ y el ‘nada’ como mitades en contexto de una sola negación (...) La máxima de traducción que subyace a todo esto dice aproximadamente que las afirmaciones a primera vista falsas con evidencia pueden resultar luego en realidad ocultas diferencias de lenguaje. Esa máxima tiene en nosotros tanta fuerza que hasta nos permite apar-

<sup>24</sup> Quine, *Palabra y...*, op. cit., p. 45.

tarnos del método homofónico, pese a ser éste fundamental ya para la adquisición y uso de la lengua materna.<sup>25</sup>

Recordemos que para Quine «no hay entidad sin identidad»<sup>26</sup>; así no hay significado sin identidad de significado; similarmente, no hay proposiciones ni atributos en tanto sean definidos en función de los significados. No hay sinonimia sin identidad de sinonimia; similarmente no hay analiticidad si se define ‘analítico’ mediante ‘sinónimo’, puesto que esto supone

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 72-3. Indica Andrés Bello: «...ciertas palabras originalmente positivas, como *nada* (*nacida*, subentendiendo *cosa*), *nadie* (*nacido*, subentendiendo *hombre*), *jamás* (*ya más*), a fuerza de emplearse para hacer más expresiva la negación, llevan envuelto el *no* cuando preceden el verbo, y no admiten, por tanto, que entonces se les junte este adverbio: “No tengo nada”, “Nada tengo”; “No ha venido nadie”, “Nadie ha venido”; “No le veré jamás”, “Jamás le veré”. Y como las hemos revestido de la significación negativa que al principio no tuvieron, se ha extendido por analogía la misma práctica aún a las palabras que han sido siempre negativas, como *ninguno*, *nunca*; y se ha hecho una regla general de nuestra sintaxis, que dos negaciones no afirman, colocada la una antes del verbo, y la otra después: “De las personas que estaban convidadas no ha venido ninguna”, o “ninguna ha venido”; “No he dicho nunca tal”, “Nunca he dicho tal”. Y, aún puede suceder que tres o cuatro negaciones equivalen a una sola: “No le ofendí jamás en nada”; “No pide nunca nada a nadie”» Y, como hemos visto, razón tiene Quine al afirmar «que las afirmaciones a primera vista falsas con evidencia pueden resultar luego en realidad ocultas diferencias de lenguaje». Por demás, agrega Bello, en una nota al párrafo 358 (a): «Antiguamente *nada* significaba siempre *cosa*: *nada* no es más que un residuo de la expresión *cosa nada*, cosa nacida, cosa criada, cosa existente. De aquí el usarse en muchos casos en que no envuelve negación: “Piensa usted que ese hombre sirva para nada?” esto es, para alguna cosa. De aquí el emplearse también con otras palabras negativas sin destruir la negación: “Ese hombre no sirve para nada”, es decir, para cosa alguna. Y si tiene por sí solo el sentido negativo precediendo al verbo, no vemos en este sino lo mismo que sucede con otras expresiones indudablemente positivas; así *en mi vida le he visto*, es lo mismo que *no le he visto en mi vida*. De suerte que *nada* no llegó a revestirse de la significación negativa sino por un efecto de la frecuencia con que se le empleaba en proposiciones negativas, donde la negación no era significada por esta palabra, sino por otras a que estaba asociada. La misma suerte ha corrido *nadie*, antiguamente *nadi*, que provino de *nado*, nacido, existente, como *otri* de *otro*. *Nonada* sí que significaba de suyo ninguna cosa, porque era la negación de *nada*, esto es, de *cosa*: “De *nonada* crió Dios el mundo” (Hugo Celso)». Bello, A., “Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos” [1847] en *Obras completas*. Segunda Edición Facsimilar, Fundación la Casa de Bello, Caracas, 1981; Tomo IV.

<sup>26</sup> Quine, *Del estímulo...*, op. cit., p. 50 y p. 89.

dar por definido previamente ‘analítico’, ya que si dos términos son intercambiables por sinonimia, significan lo mismo; pero ‘significar lo mismo’ es tanto como decir que, predicado uno de otro, forman una sentencia analítica<sup>27</sup>. La pregunta común es ¿cómo se logra la identidad intersubjetiva de objetos abstractos?

Las conclusiones de Quine son que el lingüista no traduce por identidad de significaciones estimulativas, sino por aproximación máxima de las mismas<sup>28</sup>. De ahí que la traducción no pueda ser radical (basada en identidad de significaciones estimulativas, en asunciones de prelógica y consecuente imposición de ontología); de tener sentido la traducción, sólo lo tiene en tanto aproximación interpretativa de las diversas peculiaridades de las expresiones del lenguaje a traducir. Por ello se puede afirmar, de manera consecuente, que la noción de referencia objetiva (o, al menos, intersubjetiva) sólo tiene sentido cuando la noción de traducción tiene algún sentido: si no podemos interpretar ni de manera aproximada lo que un hablante extranjero está diciendo ¿cómo podríamos determinar, aún aproximadamente, a qué se refiere?

Como no es posible la traducción radical y la referencia es local y el uso de una palabra como oración observacional, por determinado que sea, no fija la extensión de la palabra en cuanto término, la determinación de la referencia intersubjetiva por medio de significaciones estimulativas es inescrutable<sup>29</sup>. La relatividad ontológica se hace aún más patente en el

<sup>27</sup> Cf. Quine, “Dos dogmas del empirismo” [1951] en *Desde un punto de vista lógico*. Barcelona, Ed. Orbis, 1984 (original inglés 1953).

<sup>28</sup> Cf. Quine, *Palabra y...*, op. cit., p.53.

<sup>29</sup> «...de la región que infectan los hombres monos (*Apemen*) tienen su morada los *Mlch*, que llamaré Yahoos, para que mis lectores no olviden su naturaleza bestial y porque una precisa transliteración es casi imposible, dada la ausencia de vocales en su áspero lenguaje» (...) «El idioma es complejo. No se asemeja a ningún otro de los que yo tenga noticia. No podemos hablar de partes de la oración ya que no hay oraciones. Cada palabra monosilaba corresponde a una idea general, que se define por el contexto o por los visajes. La palabra *nuz*, por ejemplo, sugiere la dispersión o las manchas; puede significar el cielo estrellado, un leopardo, una bandada de aves, la viruela, lo salpicado, el acto de desparramar o la fuga que sigue a la derrota. *Hrl*, en cambio, indica lo



proceso de reificación cuando identificamos los objetos físicos con regiones espacio temporales o cuando asumimos entidades abstractas.

Putnam nos proporciona un cordial e ilustrativo ejemplo:

...el nativo, Karl, ve algo y dice ‘gavagai’. Lo mata, lo lleva a su casa y lo cocina. ¿Por qué a nosotros nos parece tanto más natural traducir ‘gavagai’ como ‘conejo’ y no como ‘parte inseparable de un conejo’? (...) Lo cierto es que encontramos que la *explicación* más simple de la conducta de Karl sería la siguiente: ‘Cree que está viendo un conejo. Quiere un conejo para comer. Así que le dispara’. Pero ‘Cree que está viendo una parte no separada del conejo. Desea algunas partes inseparadas del conejo para separarlas y comerlas. Así que dispara a una de las partes inseparadas del conejo en cuanto las ve’, nos parece absurdo *dada la manera en que estructuramos el espacio explicativo* y lo que nosotros consideramos como clases de casos pertinentes para generalizar, etc. (...) Supongamos que (...) otra cultura -digamos, la marciana- tiene expresiones cortas para ‘partes inseparadas de un conejo’ y ‘parte separada de conejo’ (suponiendo, desde luego, que nuestro manual de traducción sirve para los marcianos) y que las partes son de *gran interés* para ella (tal vez porque sus individuos son muy *pequeños* y las partes del conejo, de los árboles, etc., les resultan mucho más evidentes que los árboles y los conejos completos, de los que poseen una concepción menos importante), pero carecen de expresiones cortas para conejos completos porque conejos, gatos, perros, etc., completos, no son de gran interés en la vida cotidiana de los marcianos. Entonces, a ellos bien podría parecerles que la traducción más “natural” de ‘gavagai’ es la expresión marciana [corta] que nosotros traducimos como ‘parte inseparable de conejo’ (Un marciano amigo mío ha sugerido que ‘tronco de conejo’ expresaría mejor la forma marciana de pensar que la pomposa ‘parte no separada de conejo’). En suma, la “indeterminación de la traducción” (y de la referencia) resulta verosímil *en tanto* derive de la relatividad del interés de la explicación<sup>30</sup>.

---

apretado, lo denso; puede significar la tribu, un tronco, una piedra, un montón de piedras, el hecho de apilarlas, el congreso de los cuatro hechiceros, la unión carnal y un bosque. Pronunciada de otra manera o con otros visajes, cada palabra puede tener un sentido contrario. No nos maravillemos con exceso; en nuestra lengua, el verbo *to cleave* vale por hendir y adherir». (Borges J. L., “El informe Brodie” en *Obras Completas*, op. cit., pp. 1075-1078) Mejor ejemplificada no puede quedar la tesis de la *imposibilidad de la traducción radical* o de la *inescrutabilidad de la referencia* mediante significados estímulo.

<sup>30</sup> Putnam, H., *El significado y las ciencias morales* [1978]. México, UNAM, 1991, pp. 58-9.

§3. *NUEVAS TEORÍAS, NUEVOS ESTÍMULOS.*  
*EL CONTINUO CIENCIA-FILOSOFÍA.*

De acuerdo con las tesis derivadas de la teoría del significado estímulo, Quine pone en duda el programa empirista primigenio de reconstruir el *corpus* científico a partir de un lenguaje sensorial. En efecto, si la referencia específica y objetiva de términos extranjeros o pertenecientes a teorías distintas es inescrutable mediante significaciones estimulativas, es falsa la creencia casi universal en que las referencias de los términos en lenguajes diferentes pueden compararse objetivamente mediante un lenguaje sensorial.

Si hubiera una sistematización óptima,  $\mathcal{Q}$ , aunque desconocida, de la ciencia, adecuada a los impactos nerviosos recibidos por la humanidad en lo pasado, lo presente y lo futuro, de modo que se pudiera definir la verdad entera como incógnita  $\mathcal{Q}$ , no por eso tendríamos una definición de la verdad de sentencias concretas. No podríamos decir, derivativamente, que una sentencia concreta,  $\mathcal{S}$ , sería verdadera si ella misma o una traducción de ella perteneciera a  $\mathcal{Q}$ , porque, en general, no tiene sentido identificar una sentencia de una teoría con una sentencia  $\mathcal{S}$  dada independientemente de  $\mathcal{Q}$ . Si no está condicionada muy firme y directamente a alguna estimulación sensorial, una sentencia  $\mathcal{S}$  carece de sentido excepto respecto de su propia teoría; pero interteóricamente es un sinsentido<sup>31</sup>

Nuestras propias teorías y creencias están insuficientemente determinadas en general por la totalidad de la evidencia sensible posible por toda la eternidad, igual que la traducción radical de sentencias está insuficientemente determinada por la totalidad de las disposiciones al comportamiento verbal<sup>32</sup>.

Hemos indicado en la primera parte que lo que hace a una oración observacional o no depende de la comunidad de personas que se interrogan y, aunque esta afirmación parece baladí, considérese que la oración ‘hay variaciones de brillo en la superficie de Betelgeuse’, bajo una estimulación perfeccionada por medio de un interferómetro es una oración ob-

<sup>31</sup> Quine, *Palabra y...*, op. cit., p. 37.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 91.

servacional para un grupo de físicos, mientras que la oración ‘hay una corriente de éter’ puede no ser observacional, bajo la misma estimulación perfeccionada por el interferómetro, para el mismo grupo de físicos (al menos está registrado que Michelson y Morley “a la luz” de la estimulación perfeccionada del interferómetro, un diagrama de franjas claras y oscuras, disintieron de la última oración mencionada). «La noción de significación estimulativa (...) permite aislar una especie de alcance empírico neto de cada sentencia suelta, sin apelación a la teoría que la contiene, y ello sin perder lo que la sentencia debe a dicha teoría»<sup>33</sup>. Así, sería erróneo argüir que Quine reduce las oraciones observacionales a lo “inmediatamente dado”, “a hechos anteriores a toda interpretación teórica”. Desde el escorzo quineano las oraciones observacionales están representadas por los mismos asentimientos ante estímulos de la mayoría de los miembros de una comunidad de hablantes y esto es independiente de si el estímulo se reproduce sin la utilización de instrumentos de medición o con ellos; en todo caso nuestros asentimientos o disentimientos se causan por ostensión directa: si hay una asociación entre la oración y los estímulos, aunque éstos “se presenten” por medio de un microscopio electrónico o una cámara de Wilson.

Si se hacen cada vez más específicas las oraciones observacionales, mediante el cúmulo teórico y la ampliación de nuestras estimulaciones gracias al uso de los instrumentos de medición, también se hacen más específicas las oraciones categóricas observacionales que las contengan. La idea es que las categóricas observacionales proporcionen, a la luz de la teoría, las condiciones de prueba, que normalmente son una clase de oraciones observacionales que expresan procedimientos operacionales, para otra u otras oraciones observacionales que se pretenden predecir. Como la clase de estímulos del antecedente de la categórica observacional, en principio, se puede reproducir hasta que se esté satisfecho, se garantiza la verdad del antecedente. Lo que es relevante o no

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 47.

para la verdad de la oración observacional son las condiciones ante las cuales un sujeto asiente o disiente a causa de algunos estímulos y no su verificación o contrastación con “la empírea”, con los “hechos”; lo peor que puede ocurrir es que no se pueda asentir ante la categórica observacional de prueba porque aún no están dadas todas las condiciones de laboratorio especificadas, con lo cual simplemente no procedemos, la cláusula de prueba no ha sido satisfecha, no podemos asentir a ella ante los estímulos presenten, no se satisfacen nuestras expectativas. Así, hay una clase de importantes hipótesis empíricas que se realizan en el contexto de una teoría y que tienen la forma de una categórica observacional; éstas se constituyen como los puntos de control empírico de la teoría.

Por ejemplo, son categóricas observacionales la ley de Boyle y Mariotte que afirma: “Si un gas se mantiene a temperatura constante, su volumen es inversamente proporcional a su presión” y “Si se comprime un gas hasta la mitad de su volumen inicial, se duplica la presión”; también lo es la ley de Charles y Gay Lussac que dice “el volumen de un gas es directamente proporcional a su temperatura absoluta, si la presión se mantiene constante” y “si se calienta un gas hasta una temperatura dos veces mayor que la inicial (en grados Kelvin), el volumen se duplica”. Las anteriores categóricas son puntos de control empírico, por ejemplo, de la llamada ecuación de estado de los gases ideales o para la ecuación de Van der Waals de la teoría cinética de los gases y para otras tantas ecuaciones que se han propuesto como especificaciones de la ley de los gases ideales. Lo interesante es que las distintas ecuaciones de los gases tienen que representar adecuadamente tanto la ley de Boyle y Mariotte y la ley de Gay Lussac, caso contrario no serían aceptadas. Otros ejemplos se obtienen de las distintas e infinitas categóricas observacionales que se obtienen a partir de la segunda ley de Newton en mecánica clásica por medio de sus diferentes formas especiales: «Para el caso de la caída libre,  $f = ma$  se convierte en  $mg = md^2s/dt^2$ ; para el péndulo simple se transforma en  $mg \operatorname{sen}\theta = -md^2\theta/dt^2$ ; para una pareja de osciladores armónicos que

actúan uno sobre otro se convierte en dos ecuaciones, la primera de las cuales puede escribirse así:  $m_1 d^2 s_1 / dt^2 + k_1 s_1 = k_2 (s_2 - s_1 + a)$ ; y para situaciones más complejas, tales como las del giróscopo, toma otras formas, cuyo parecido familiar con  $f = ma$  es todavía más difícil de descubrir»<sup>34</sup> Creo que la mayoría los miembros de una comunidad de físicos “verían”, en cada especificación de la segunda ley de Newton, las categóricas observacionales y sus respectivas oraciones observacionales de prueba y predicción, los puntos de control empírico de la segunda ley Newton y, en general, de la mecánica clásica de partículas.

Los ejemplos anteriores no sugieren la existencia de experimentos cruciales en la ciencia, sólo bastan experimentos y éstos se pueden representar por categóricas observacionales. Quizá Quine no tome ninguna posición al respecto porque la historia de cómo se desarrollan las teorías científicas permanece tan inescrutable como la determinación de la referencia. En todo caso podemos mostrar distintas cadenas de reificación de una teoría dentro de su contexto de justificación y no de descubrimiento.

No podemos decir coherentemente que en la propuesta de Quine hay algún criterio de “sentido empírico”, si se exige que éste último sea un criterio independiente de las teorías científicas. Aún más, todo intento de postular un criterio de sentido empírico está condenado al fracaso, si se formula en función de ficciones tales como “hechos atómicos” o “directamente observables” o de “lo inmediatamente dado” que suponen, todas ellas, una independencia a toda interpretación teórica y una intersubjetiva escrutabilidad de la referencia; reparten el pastel y luego lo cortan. Para Quine lo que hay sólo se puede determinar parcialmente hasta que los términos considerados se encuentren dentro del marco de una teoría, así se recorre el dominio de las variables y se determina sobre qué se cuantifica; tenemos el pastel, luego, lo cortamos.<sup>35</sup>

<sup>34</sup> Kuhn, T., “Postdata: 1969” en *La estructura de las revoluciones científicas* [1962], México, F.C.E., 1992, p. 289.

<sup>35</sup> Es un dechado para el análisis filosófico el tratamiento de los términos singu-

...insisto en que considero las variables y la cuantificación como evidencia de lo que una teoría dice que hay, no como evidencia acerca de lo que hay; pero este punto se pasa a veces por alto<sup>36</sup>.

Como empirista sigo concibiendo el esquema conceptual de la ciencia como un instrumento destinado en última instancia a predecir la experiencia futura a la luz de la experiencia pasada. *Introducimos con razón conceptualmente los objetos físicos en esta situación porque son intermedios convenientes, no por definición en términos de experiencia, sino irreductiblemente puestos con un estatuto epistemológico comparable al de los dioses de Homero.* Yo por mi parte, como físico lego que soy, creo en los objetos físicos y no creo en los dioses de Homero, y considero un error

---

lares como términos generales y la consecuente formulación de Quine de su criterio de compromiso ontológico. Brevemente la argumentación es la siguiente: la ‘designación’ es referencia por medio de un término singular: «‘Sócrates’ designa a Sócrates»; la ‘denotación’ es referencia por medio de un término general, o predicado: «‘conejo’ denota a cada conejo». La designación se explica mediante el conocido expediente de equipararla con la denotación, esto es, eliminando los términos singulares a favor de los términos generales con la finalidad de llenar vacíos veritativos. Por ejemplo, en la oración ‘Pegaso vuela’, que carece de variables ligadas y que no es, en principio, ni verdadera ni falsa, se puede tratar el término ‘Pegaso’ como un término general, de modo que el ser sea el ser de una variable ligada, proporcionando la siguiente forma canónica que elimina la laguna veritativa de la oración original: ‘ $(\exists x)(x = \text{Pegaso} \wedge x \text{ vuela})$ ’, la cual es falsa. En general, sea ‘ $a$ ’ un término singular y sea ‘ $Fa$ ’ la representación de una oración que contiene el término singular en cuestión. Quine propone parafrasear ‘ $Fa$ ’ como ‘ $(\exists x)(Fx \wedge a = x)$ ’ y trata a la identidad con su parte izquierda ‘ $a = x$ ’ como un nuevo término general o de predicado, digamos ‘ $Gx$ ’, que representa a un predicado que denota a un sólo individuo: «la cosa llamada ‘Pegaso’», «el hombre llamado ‘Sócrates’», auténticos términos generales. Aunque podría parecer una caracterización *ad hoc* el tratamiento de la designación como denotación, las ventajas son específicas: la mencionada intención de llenar lagunas veritativas, de por sí de una gran utilidad en el tratamiento de ciertos contextos donde los nombres no nombran nada, se logra trasladando el problema ontológico, que clásicamente recaía sobre los nombres, a las variables: «una teoría asume una entidad si y sólo si esta entidad debe incluirse entre los valores de las variables para que los enunciados afirmados en la teoría sean verdaderos» Quine, “Acerca de lo que hay” [1948] en *Desde un punto ...*, op. cit., p. 154. Se logra mayor economía en los análisis porque las leyes de la lógica se simplifican al no utilizarse las eliminaciones de los cuantificadores y su respectiva ejemplificación por medio de términos distintos a las variables; con ello se eliminan, colateralmente, los supuestos de existencia que se aplican mediante la eliminación del cuantificador existencial o mediante la introducción del generalizador.

<sup>36</sup> Quine, *Palabra y ...*, op. cit., p. 252 (nota al pie).

científico orientar su creencia de otro modo. Pero en cuanto a fundamento epistemológico los objetos físicos y los dioses difieren sólo en grado, no en esencia. Ambas suertes de entidades integran nuestras concepciones sólo como elementos de cultura. El mito de los objetos físicos es epistemológicamente superior a muchos otros mitos porque ha probado ser más eficaz que ellos como procedimiento para elaborar una estructura más manejable en el flujo de la experiencia<sup>37</sup> (resaltado nuestro).

No hay “realismos”, o “reduccionismos”, o “concrecionismos”, todos son formas de “esencialismos”; si hay esencias, no hay un procedimiento efectivo para determinarlas porque su referencia es inescrutable ¡y sobre todo con ellas! en tanto se asume que la esencia precede a la existencia. Si las postulamos no podemos suponerlas como precedentes a la existencia. Una dificultad insuperable.

Se ha criticado al naturalismo epistemológico de Quine que aunque el recurso a la psicología y a la biología evolucionista son suficientes para explicar los mecanismos de percepción y cierto conocimiento ordinario, tales recursos no bastan para explicar el conocimiento que nos proporcionan las teorías físicas “maduras” en tanto éstas asumen la existencia de ciertas entidades inobservables, así como la utilización de ciertos instrumentos técnicos para sus observaciones<sup>38</sup>. Este punto parece bastante rebatible si recordamos la tesis de Quine según la cual las categóricas observacionales son nuestras primeras leyes científicas y nuestras primeras teorías del mundo, en tanto expresan cadenas causales que parten de estímulos a una teoría del mundo y que siempre podemos retrotraernos a esos puntos de control empírico. En cuanto a los míticos “objetos inobservables” (puntos de masa, superficies sin fricción, sistemas aislados, etc.) Quine a propuesto un extenso análisis de los mismos y una solución basada en la teoría de límites:

<sup>37</sup> Quine, “Dos dogmas...”, op. cit., p. 79.

<sup>38</sup> Cf., e.g., Campbell, D., “Science Policy from a Naturalistic Sociological Epistemology” en Asquith y Kitcher (comps.): *PSA*, 1984, vol. 2, East Lansing, PSA, p.15; Roth, F., *Meaning and Method in the Social Science*. Ithaca, Cornell U.P., 1987, p. 72; Hesse, M., *Revolutions and Reconstructions in the Philosophy of Science*. Brighton, Harvester, 1980, p. 52.

Cuando se afirma que los puntos de masa se comportan de tal o cual modo, hay que entender que se está diciendo, a grandes rasgos, lo siguiente: las partículas de la masa dada se comportan tanto más de ese modo cuanto menor es su volumen. Y cuando se dice que un sistema de partículas aislado se comporta de tal o cual modo, hay que entender: un sistema de partículas se comporta tanto más de ese modo cuanto menor es la proporción de energía que se le transfiere del mundo externo o que él transfiere a éste.<sup>39</sup>

Los autores referidos también critican a Quine que no ha tomado en consideración a la sociología y los aspectos sociológicos en ellas descritas. A esto se puede replicar que Quine, quizá, no apela a ninguna teoría sociológica porque sostiene como criterio de científicidad de una teoría su poder predictivo y explicativo expresado por las categóricas observacionales. Creo que por esa razón le da privilegio a ciertos resultados neurológicos, psicológicos y biológicos sobre algunas especulaciones sociológicas. Tal vez los puntos de control empírico en sociología, las categóricas observacionales, sean la excepción y no la regla.

Hemos visto que en el núcleo mismo de la definición de significado estímulo juega un papel primordial las nociones de asentimiento y disasentimiento; además, las conectivas oracionales pueden caracterizarse completamente en términos de dichos asentimientos y disasentimientos<sup>40</sup>. Hintikka ha indicado<sup>41</sup> que si revisamos tales caracterizaciones de las conectivas oracionales, notamos que el tratamiento de Quine no difiere de las habituales definiciones veritativo-funcionales, por lo que, afirma Hintikka, se logra una traducción radical de las

<sup>39</sup> Quine: *Palabra y...*, op. cit., p. 258.

<sup>40</sup> En efecto, «El criterio semántico de la negación consiste en que convierta toda sentencia corta a la que el indígena asentiría en una sentencia de la cual discrepara, y viceversa. El de la conjunción consiste en que produzca compuestos a los cuales (si las sentencias componentes son cortas) el indígena esté dispuesto a asentir siempre y sólo si estaba dispuesto a asentir a cada componente. El de la disyunción es parecido, cambiando dos veces el asentimiento por la discrepancia». *Ibid.*, p. 71.

<sup>41</sup> Hintikka, J., *Lógica, juegos del lenguaje e información: temas kantianos de filosofía de la lógica*. Madrid, Tecnos, 1976, cap. IV.



conectivas oracionales en términos de significados estímulo. Entonces, se pregunta Hintikka, ¿qué aspectos de un lenguaje expresan la imposibilidad de la traducción? Lo que hace patente el ejemplo de Putnam, a finales de la sección anterior, es que el cariz del lenguaje que no es susceptible de traducción radical está referido, en gran parte, a aquellas expresiones que reflejan *la manera en que una comunidad estructura el espacio explicativo* y a aquellas que expresan lo que tal comunidad considera como *clases de casos pertinentes para generalizar*; canónicamente: el rango que tienen las variables de los cuantificadores. En efecto, Quine no puede proporcionar tal caracterización del rango de las variables de los cuantificadores en términos de significados estímulo, porque, como se ha visto, una conclusión inevitable es que la referencia intersubjetiva es inescrutable. Hintikka se muestra de acuerdo con tal conclusión de Quine, no obstante, el trata de mostrar que tal elección de asentimientos y disentimientos, como método conductual para la determinación parcial y operacional de la extensión que un grupo de individuos le asigna a una oración observacional, es insuficiente y que puede ser sustituidos por otros métodos comportamentísticos. Tal insuficiencia se muestra, según Hintikka, en la imposibilidad que proporciona el método de asentimientos y disentimientos para la traducción radical de parte de lo que expresa la cuantificación, en particular, aquella parte de las expresiones cuantificadas que no están referidas al rango de las variables de los cuantificadores, esto es, a aquellas partes de las oraciones que representan el ‘todo...’ de ‘todo x’ y el ‘hay al menos...’ de ‘hay al menos un x’. «Formalmente, podríamos hacer la observación diciendo que podemos traducir radicalmente el ‘ $\exists$ ’ y el ‘ $\forall$ ’ de los cuantificadores ‘ $(\exists x)$ ’ y ‘ $(\forall x)$ ’ sin ser capaces de decidir cuál ha de ser el estilo apropiado de la variable ‘x’, o qué se supone que tiene como rango. No se debe confundir la traducción de cuantificadores con la traducción de las variables asociadas con ellos»<sup>42</sup>. La tesis de Hintikka es, entonces,

---

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 111.

que si cambiamos la elección de Quine del estudio de las conductas básicas de respuestas de un indígena por el estudio de otras conductas, como buscar y encontrar, es posible caracterizar hasta la cuantificación la traducción radical manteniendo la indeterminación de la referencia, esto es, la indeterminación del rango de valores que tienen las variables de los cuantificadores. Un ejemplo de Hintikka puede aclarar el panorama: «...podemos observar a un nativo escudriñando su entorno, examinando cuidadosamente diversos animales peludos de tamaño medio que se encuentra, etc. Finalmente se topa con un conejo y vuelve felizmente a casa a informar a sus iguales. Podemos tener presente aquí toda la indeterminación que Quine advierte en cuanto a qué era lo que el nativo buscó y encontró en el último análisis: conejo, parte no aislada de conejo, una porción de conejo goodmanesca, etc. No obstante, esta indeterminación no afectará en lo más mínimo a mi afirmación de que él estaba buscando algo y que el hecho de encontrarlo le hizo creer en la existencia de lo que había estado buscando, sea lo que fuere»<sup>43</sup>.

Pues bien, lo que Hintikka está cuestionando a Quine es «...que no hay ninguna razón para pensar que nociones basadas en asentimientos y disentimientos estén cerca de agotar lo que es empíricamente determinable en el lenguaje y que la selección por parte de Quine de estas dos para especial atención es sumamente arbitraria»<sup>44</sup>. Según atestigua Hintikka, esta crítica también fue establecida por Chomsky y que «...en respuesta a Chomsky, Quine ha dicho que él es “libre de seleccionar, de entre esa totalidad [de disposiciones de habla], cualesquiera disposiciones que sean más favorables a mi propósito de distinguir significados ostensivos”»<sup>45</sup>. Pero esta respuesta, según Hintikka, no parece concluyente pues lo que está en duda es, precisamente, que las disposiciones de asentir y disentir sean de hecho particularmente bien adecuadas con

---

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 110-11.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 114.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 114.

el propósito de distinguir lo que es determinable empíricamente en los lenguajes naturales.

Ciertamente parece que Quine asume la hipótesis empírica de que es muy improbable encontrar una comunidad de hablantes, una tribu, que no tenga algunas expresiones básicas de asentimiento y disentimiento. También es claro que Quine no presupone intenciones, creencias, planes, casos imaginarios u otras entidades mentales sospechosas para su estudio del significado estímulo. No está hablando de la “vida mental” de un hablante o nativo sino de su conducta ante ciertos estímulos. Habla del reconocimiento de ciertos gestos o expresiones que pueden ser identificados como asentimientos o disentimientos. El ejemplo que utiliza Hintikka para sugerir que sí es posible una traducción radical de los cuantificadores apela a las intenciones y creencias de los sujetos de estudio (“...el nativo está *buscando* algo y el (...) hecho de *encontrarlo* le hizo *creer* en la existencia de lo que estaba *buscando*”). Tal proceder es contrario a la posición extensionalista de Quine y presupone la aceptación de intenciones. Si esto es así, lo que la crítica de Hintikka estaría mostrando es que si aceptamos intenciones, el método de Quine, basado en asentimientos y disentimientos, no puede dar cuenta de ellas como partes empíricamente determinables del lenguaje a objeto de estudio. Esta sería una posición bastante conciliadora y con ello estaría de acuerdo Quine.

Una consideración final. El lenguaje utilizado por Quine no es un lenguaje ni fenomenalista, ni fisicalista, ni reísta: si fuese un lenguaje fenomenalista o fisicalista no podría ejemplificar lo que es una oración observacional hasta tanto no se reduzca una oración dada a su correspondiente oración equivalente dentro del lenguaje fenomenalista o fisicalista, pero tal reducción está excluida por la imposibilidad de la traducción radical; no es un lenguaje reísta porque no establece previamente qué tipos de cosas hay en el mundo, qué cosas corresponden a los términos del lenguaje o a las oraciones observacionales como *denotata* independientemente de la teoría que los contiene, pues tal posibilidad está excluida por

la inescrutabilidad de la referencia intersubjetiva mediante significaciones estimulativas. Es cierto que Quine abogó a favor de cierta ficción como los datos sensibles o los objetos físicos, pero sólo mediante criterios de utilidad teórica y epistémica, dado el carácter relativamente directo de la asociación entre oraciones de cierto tipo y los estímulos; por algo hay que comenzar. Pero su lenguaje conductista, y es lo menos que se espera, adolece de la indeterminación de la traducción y de la referencia. Ésta es manifiesta cuando resaltamos que en todo momento usa oraciones y no términos: la teoría del significado estímulo de oraciones observacionales no resuelve en modo alguno qué partes de la oración deben considerarse como un término que designa objetos físicos o datos sensibles. La consideración es meta-meta-lingüística. No se entienda lo dicho como una crítica, sino como una muestra de cierta consistencia máxima en la propuesta de Quine. Vemos, pues, que Quine plantea una alternativa ante lo que parecía una insuperable dicotomía entre lenguajes fenomenalistas o fisicalistas y reístas para el análisis epistemológico: la utilización del propio lenguaje de la ciencia con aquellas evidencias de lo que las teorías dicen que hay, todo ello conforme a la aplicación del criterio de compromiso ontológico; «...yo veo a la filosofía no como una propedéutica *a priori* o labor fundamental para la ciencia, sino como un continuo con la ciencia. Veo a la filosofía y a la ciencia como tripulantes de un mismo barco -un barco que, para retornar, según suelo hacerlo a la imagen de Neurath, sólo podemos reconstruir en el mar y estando a flote con él. No hay posición de ventaja superior, no hay filosofía primera. Todos los hallazgos científicos, todas las conjeturas científicas que son plausibles al presente, son, desde mi punto de vista, tan bienvenidas para su utilización dentro de la filosofía como fuera de ella»<sup>46</sup>. Es posible una forma de empirismo sin dogmas.

Instituto de Filosofía  
Universidad Central de Venezuela

---

<sup>46</sup> Quine, *La relatividad...*, op. cit., p. 162.

ROBERTO R. BRAVO

## EL COMPROMISO ONTOLÓGICO DE LOS LENGUAJES NATURALES\*

**Resumen:** Se establece una distinción entre dos sentidos del criterio de compromiso ontológico propuesto por Quine: descriptivo y normativo. A partir de ello, se intenta determinar el compromiso ontológico del lenguaje natural haciendo uso del criterio de Quine en sentido descriptivo, esto es, al margen de interpretaciones normativas del lenguaje. Esto produce un alejamiento de las posiciones de Quine, revelando características del lenguaje natural debidas a la intensionalidad, que permiten fundamentar el compromiso ontológico de los lenguajes naturales en los nombres propios, de donde se extiende a los términos cuantificados. De este modo queda completado y adaptado el criterio de compromiso ontológico para el caso de los lenguajes naturales.

**Abstract:** A distinction is made between two senses: descriptive and normative, of Quine's criterion of ontological commitment. The ontological commitment of natural language is then investigated by using Quine's criterion in the descriptive sense, i.e., excluding normative interpretations of language. As a result, a position far from Quine is reached, as natural language shows intensional features which suggest the founding of ontological commitment on proper names, from which it extends to quantified terms. In this way, the criterion of ontological commitment is completed and adapted for natural language.

---

\* Una versión preliminar de este trabajo fue presentada como ponencia en las Segundas Jornadas de Investigación del Departamento de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Escuela de Filosofía, UCV, en el mes de mayo de 1999.

Es sabido que Quine establece su criterio de compromiso ontológico mediante el recurso a la teoría de las descripciones de Russell, que traslada el componente descriptivo de cualquier oración denotativa, del sujeto al predicado. Quine destaca que la referencia objetual de la frase descriptiva resultante de la transformación russelliana recae sobre "...variables de cuantificación, esto es, palabras como 'algún', 'ningún', 'todo'..., [las cuales] refieren a entidades de un modo genérico, con un tipo de intencionada ambigüedad que les es peculiar".<sup>1</sup>

Un ejemplo típico es 'El autor de *Waverley* fue un poeta', que en la traducción de Russell se convierte en 'Algo escribió *Waverley* y fue un poeta, y ninguna otra cosa escribió *Waverley*', donde ha desaparecido la referencia al conocido autor de *Waverley* en favor de *algo*—mejor que *alguien*, a decir de Quine, y de Russell quien explícitamente advierte que "la variable  $x$  [expresión simbólica del pronombre 'algo'], es total y esencialmente indeterminada".<sup>2</sup>

Tratándose de nombres propios, "el argumento de Russell no se aplica inmediatamente", como advierte Quine: "No obstante, es fácil conseguir su aplicación: Nos basta con reformular [el nombre] como descripción, de cualquier modo que parezca adecuado para individualizar nuestra idea".<sup>3</sup> Así, 'Pegaso' se convierte en la frase descriptiva 'el caballo alado capturado por Belerofonte', susceptible ahora de tratamiento según el modelo de Russell. Si el nombre en cuestión fuera tan oscuro o tan básico que dicha transformación se dificultara, siempre sería posible, a decir de Quine, el expediente artificial de transformar el nombre en predicado *ad hoc*: 'la cosa que es Pegaso', 'la cosa que pegasea'.<sup>4</sup>

Quine da un paso adelante en el ejercicio propuesto por

<sup>1</sup> Quine, W. V. O., "Acerca de lo que hay", en *Desde un punto de vista lógico* (1953), Barcelona, Orbis, 1984, p. 32.

<sup>2</sup> Russell B., "Sobre el denotar" (1905), en *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, p. 31 [paréntesis mío].

<sup>3</sup> Quine, *op. cit.*, p. 33.

<sup>4</sup> *Id.em.*

Russell y responde al problema de las entidades aludidas por el discurso afirmando que “ser asumido como entidad significa pura y simplemente ser asumido como valor de una variable”.<sup>5</sup> Es su conocido criterio de compromiso ontológico:

...Hoy contamos con un criterio [...] explícito para decidir cuál es la ontología con la que está comprometida una determinada teoría o una determinada manera de hablar: una teoría está obligada a admitir aquellas entidades —y sólo aquellas— a las cuales tienen que referirse las variables ligadas de la teoría para que las afirmaciones hechas en ésta sean verdaderas.<sup>6</sup>

Quiero señalar que el criterio formulado por Quine presenta dos vertientes. Una descriptiva, que permite discriminar diversos tipos de lenguaje en función de sus términos cuantificados, sean éstos argumentos de funciones, las funciones mismas, atributos, relaciones o clases; es lo que parece desprenderse de afirmaciones como éstas:

Cuando decimos que hay números primos mayores que un millón nos comprometemos con una ontología que contiene números; cuando decimos que hay centauros nos obligamos a sostener una ontología que contiene centauros; y cuando decimos que Pegaso es, nos sometemos a una ontología que contiene a Pegaso...»<sup>7</sup>

...Cuando decimos que algunas especies zoológicas son cruzables, nos estamos comprometiendo a reconocer como entidades las especies mismas, por abstractas que sean. Así quedamos, al menos, comprometidos mientras no arbitremos algún expediente para parafrasear el enunciado de tal modo que resulte que la aparente referencia de nuestra variable ligada a las especies era una manera de decir inesencial y evitable.

La matemática clásica, como ilustra claramente el ejemplo de los números primos mayores que un millón, está comprometida hasta el cuello en una ontología de entidades abstractas.<sup>8</sup>

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 40.

Esta última cita, no obstante, sugiere ya un uso normativo del criterio, que consistirá en adscribir al modo de hablar una determinada interpretación conforme a la traducción lógica del enunciado. Lo que, dada la consabida ambigüedad de las expresiones lingüísticas, da pie a diversas formulaciones. Un enunciado como ‘cinco es un número’ puede expresarse, por ejemplo, como

(1)  $(\exists x) x \text{ es un número } (y x = a)$ ,

o bien

(2)  $(\exists F) F(a)$ ,

o

(3)  $(\exists \alpha) a \in \alpha$ ,

lo que se interpretará respectivamente como una asunción de compromiso ontológico respecto a (1) individuos, (2) funciones o propiedades, o (3) clases, según la variable que se cuantifique en cada caso. En este uso del criterio, la elección de la forma lógica que se declara correspondiente al enunciado lingüístico revela la posición ontológica de quien la asume. En Quine, la interpretación de los enunciados lingüísticos según el modelo de la teoría de las descripciones, suprimiendo “la aparente referencia de la variable ligada” a entidades abstractas tales como propiedades o clases, sirve a fines de su declarado nominalismo.<sup>9</sup> Baste recordar brevemente su conocido ejemplo acerca de “la perreidad y la blancura”:<sup>10</sup>

Cuando decimos que algunos perros son blancos,  $(\exists x) (x \text{ es un perro} \cdot x \text{ es blanco})$ , no nos comprometemos a admitir entidades abstractas tales como la perreidad o la clase de las cosas blancas. Es por tanto erróneo construir las palabras ‘perro’ y ‘blanco’ como nombres de tales entidades...<sup>11</sup>

...O su insistencia en interpretar las variables proposicionales, predicativas y de clases como meras *letras esquemá-*

<sup>9</sup> Véase el célebre artículo de Goodman – Quine, “Steps toward a Constructive Nominalism” (1947), en *Journal of Symbolic Logic*, #12, pp. 105-122.

<sup>10</sup> En “Acerca de lo que hay”, *op. cit.*, pp. 39-40, más desarrollado en “La lógica y la reificación de los universales”, *ibidem*, pp. 166-168.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 167.



*ticas*, para evitar el “desenfrenado platonismo” de admitir como entidades clases, atributos e incluso proposiciones,<sup>12</sup> así como su consecuente imputación de valor puramente instrumental (y, por tanto, prescindible en principio, aun a costa de complicadas paráfrasis lógicas) de la cuantificación de orden superior.<sup>13</sup>

En la aplicación de su criterio de compromiso ontológico, Quine ha hecho indudable causa a favor de un formal y eficiente, si bien a veces negado, nominalismo,<sup>14</sup> por más que haya señalado en varias ocasiones la distinción entre el problema metafísico de *lo que* hay y el lógico de lo que el lenguaje —alguna forma de lenguaje— *dice* que hay; o entre el impreciso uso habitual del lenguaje y su más o menos conveniente o arbitraria traducción lógica. Su uso del criterio ha sido normativo. Y aunque haya advertido, también repetidas veces, que la elección entre ontologías rivales es asunto de conveniencia o simplicidad (dada la imposibilidad de determinar la validez absoluta de cualquier esquema conceptual acerca de la realidad), haciendo con ello expresión de tolerancia epistemológica, de su argumentación general se desprende el rechazo a toda entidad distinta de las expresadas por las variables de cuantificación de primer orden.

Estas entidades, al margen de cualquier elección pragmática de un dominio de objetos como campo de recorrido de las variables cuantificadas,<sup>15</sup> no son, lingüísticamente, entes de algún tipo, sino, como ya se ha dicho, simplemente ‘algo’, es decir, ‘cosas’, ‘objetos’ indefinidos, únicos habitantes genuinos

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 159 ss. Véase además Quine: *Los métodos de la lógica* (1950). Barcelona, Ariel, 1962, o *Lógica elemental* (ed. rev., 1980). México, Grijalbo, 1983 (*pari passum*).

<sup>13</sup> Cf., en particular, “La lógica y la reificación de los universales”, *op. cit.*, pp. 184-187; o Quine: *Filosofía de la lógica* (1970), Madrid, Alianza, 1977 (*pari passum*).

<sup>14</sup> En una nota a pie de página en *Palabra y objeto* (1959), Barcelona, Labor, 1968 (pp. 252-3), Quine, en defensa de la acusación de nominalismo, remite a sus tesis de *Desde un punto de vista lógico*, donde hace las aclaraciones aludidas a continuación.

<sup>15</sup> Cf. Quine, *Palabra y ...*, *op. cit.*, capítulo 7: “Decisión óntica”.

del universo quineano.

----

Conviene tener presente que la aplicación del criterio de compromiso ontológico en sentido descriptivo (respondiendo a lo que el lenguaje dice que hay) a la transformación ruse-lliana de un enunciado originalmente formulado en lenguaje ordinario (i.e., al resultado de la aplicación del criterio en sentido normativo) no responde el problema de las entidades supuestas por el discurso, sino las del lenguaje normado propuesto como traducción. Queda en pie, por tanto, la cuestión de cuál es el compromiso ontológico del lenguaje natural.

De lo que se trata es, pues, de la aplicación del criterio en sentido descriptivo al lenguaje natural, por lo que me abstendré de *interpretar* “a la Russell” las expresiones del lenguaje ordinario, partiendo, en cambio, de la observación del propio lenguaje. Actitud que se justifica en la medida en que el lenguaje natural o, mejor, los lenguajes naturales son hechos empíricos, de génesis y desarrollo histórico, no prescriptivo.<sup>16</sup> Este camino, inspirado por la aplicación no normativa del criterio de compromiso ontológico propuesto por Quine, terminará por alejarnos en varios aspectos de las posiciones de Quine.

Empezaré por advertir que la profusa aplicación de la navaja de Occam de que hace gala Quine, en una declarada búsqueda de simplicidad ontológica, no sólo es contraria al lenguaje natural por la barroca superabundancia óptica de éste último (objetos, hechos, atributos, relaciones, conceptos, conceptos de conceptos...), sino porque en la formulación lingüístico-descriptiva de sus términos, es común en el lenguaje natural distinguir entre tipos de cosas, mediante variables (como son, en general, los términos del lenguaje que no

---

<sup>16</sup> La lingüística, desde Saussure, reconoce ampliamente la primacía del habla sobre la gramática: primero aparece el lenguaje; después los estudiosos describen (no estipulan) sus reglas. Aunque tal descripción se ha entendido muchas veces en sentido normativo (las “reglas del buen hablar”), el desarrollo histórico de las lenguas muestra la improcedencia de esa interpretación.

son nombres propios) de rango limitado. Examinemos la recorrida sentencia ‘Todo hombre es mortal’, en su habitual traducción lógica, sostenida por Russell y por Quine:

(x) ( $x$  es hombre  $\rightarrow$   $x$  es mortal)

Como sabemos, el término argumental de la frase descriptiva del enunciado, ‘hombre’, se ha transformado en su formulación lógica en la variable indefinida  $x$ , de mayor grado de indeterminación, como notoriamente advierten tanto Russell como Quine. Pero ello evidencia el carácter de interpretación que la traducción reviste: el enunciado original no contiene un término indefinido semejante a  $x$ , que correspondería a *algo* o *alguna cosa* en el lenguaje ordinario. Si fuéramos a “retraducir” la expresión lógica al lenguaje natural obtendríamos algo así como ‘Todo *lo* que es hombre es mortal’ o ‘Si *algo* es hombre es mortal’, cuyo sujeto pronominal es de mayor alcance que el término ‘hombre’. La referencia directa del sujeto de la expresión lingüística ha pasado de variar sobre el “tipo de cosa” a la que se aplica el término ‘hombre’ a todo ámbito de “cosas”, incluyendo hombres; la traducción ha ampliado el universo del discurso.

Una consecuencia de la existencia de variables de rango limitado, o variables definidas, en el lenguaje natural, es que expresiones sinónimas del tipo ‘árbol’ y ‘cosa que es árbol’, resultante de la transformación russelliana de aquélla, revelan, a despecho de su obviamente idéntico contenido extensional, una distinta configuración del universo de discurso: mientras la aplicación del término ‘árbol’ varía sobre un único rango especificado del dominio de referencia, ‘cosa que es árbol’ envuelve la operación de acotar el campo de aplicación del término indefinido ‘cosa’, mediante el alcance del término ‘árbol’. Para decirlo extensionalmente, ‘cosa que es árbol’ expresa una subclase de ‘cosa’, mientras que ‘árbol’ refiere directamente a esa clase. La estructura del universo de referencia expresada en la forma del discurso es un contenido

semántico adicional a la denotación. Es un contenido intensional.

Ahora bien, si no es lo mismo *t'* que 'cosa que es *t'*' —cuando es relevante el contenido intensional—, entonces no es lícita la atribución al lenguaje natural del compromiso ontológico dictado por la interpretación de sus enunciados al estilo de la teoría de las descripciones, alterando la intensionalidad de la expresión lingüística (a menos, desde luego, que convenga una interpretación puramente extensional, como puede ser a determinados fines científicos, lo que comporta un uso normativo del criterio).

Avancemos un poco más. Hemos visto que el lenguaje natural reconoce, además de “cosas” designadas por variables indefinidas: 'cosa', 'objeto', 'algo', etc., diversos “tipos de cosas” designadas por términos (variables) de rango limitado: 'hombre', 'árbol', 'autor', 'perro'... Pero, ¿reside el compromiso ontológico del lenguaje —como propone Quine— en sus términos cuantificados? ¿Cuáles son las razones que aduce Quine en respaldo de su criterio? Primordialmente, ¿requiere fundamentación un criterio?

Un criterio es una estipulación. En relación con un sistema es una norma primitiva, incluso previa al establecimiento mismo de las reglas de formación u operación del sistema. No obstante, se espera que responda intuitivamente al objetivo o necesidad que lo motiva, y suele justificarse extrasistémicamente apelando a consideraciones expresadas, por lo común, en lenguaje ordinario, inanalizado. Quine asienta su criterio de compromiso ontológico en términos como éstos:

Concedo mucha importancia a la distinción tradicional entre términos generales y términos singulares abstractos [...]; la distinción tiene relevancia ontológica: el uso del término general no nos obliga sin más a admitir en nuestra ontología la correspondiente entidad abstracta; en cambio, el uso del término singular abstracto, sujeto al comportamiento típico de los

términos singulares [cuantificados], [...] nos obliga directamente a admitir una entidad abstracta denotada por el término.<sup>17</sup>

La conexión entre cuantificación y entidades ajenas al lenguaje, sean universales o particulares, consiste en el hecho de que la verdad o la falsedad de un enunciado cuantificado depende generalmente en parte de lo que admitamos en el campo de entidades a que apelan frases como ‘cierta entidad  $x$ ’ y ‘toda entidad  $x$ ’, que es el campo de valores de la variable.<sup>18</sup>

Para mostrar que un objeto dado es requerido en una teoría, lo que hemos de mostrar es ni más ni menos que para la verdad de la teoría se requiere que este objeto esté entre los valores que constituyen el rango de las variables ligadas.<sup>19</sup>

[...]

Otro modo de decir qué objetos requiere una teoría es decir que hay aquellos objetos de los que algunos predicados de la teoría han de ser verdaderos en orden a que la teoría sea verdadera. Pero esto es lo mismo que decir que hay los objetos que han de ser valores de las variables en orden a que la teoría sea verdadera.<sup>20</sup>

Es decir, las entidades que involucra nuestro discurso son las explícitamente mencionadas por los términos cuantificados (la singularización es un caso particular de cuantificación), ya sean concretos o abstractos, porque ésas son las que se hallarán —las que esperamos que se hallen— en el universo de referencia de los enunciados verdaderos del lenguaje. Los demás términos operan meramente como instrumentos clasificadores, organizadores u ordenadores de aquéllos, dejando indeterminada la cuestión de la existencia, en su condición de esquemas (en la óptica de Quine) o, en general, de términos libres. Si se acepta esta justificación intuitiva del criterio, una ligera reflexión bastará para descubrir la copiosa referencialidad óptica del lenguaje natural, dada su flexibilidad para reformular términos predicativos como variables

<sup>17</sup> Quine, “Identidad, ostensión e hipóstasis”, en *Desde un punto ...*, op. cit., p. 119 [paréntesis mío].

<sup>18</sup> “La lógica y ...”, op. cit., p. 154.

<sup>19</sup> Quine, “Existencia y cuantificación”, en *La relatividad ontológica y otros ensayos* (1969), Madrid, Tecnos, 1986, p. 125.

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 125-6.

cuantificadas (singularizadas): ‘Algunos perros son blancos’ da origen a ‘La *blancura* de algunos perros’, ‘Cándido ama a Cunegunda’ a ‘El *amor* de Cándido por Cunegunda’, ‘Existen temas complejos’ a ‘La *complejidad* de ciertos temas’, y aun a ‘La *existencia* de temas complejos’, a ‘La *existencia* de la complejidad de los temas’, a ‘La *temática* de la complejidad’, etc. El intercambio de funciones gramaticales en la relación de predicación es aplicable, virtualmente, a cualquier término del lenguaje natural: sustantivos y adjetivos son, en general, verbalizables, mientras verbos, adjetivos y adverbios son sustantivables, lo que genera la multiplicidad ontológica que Quine reduce prescindiendo tanto de la cuantificación de orden superior como de nombres propios y de variables definidas en la interpretación lógica del lenguaje.<sup>21</sup>

En un lenguaje normado, la conversión de distintos modos de designación a la forma cuantificacional más simple (incluyendo la eliminación de términos constantes y de variables de rango limitado a favor de variables cuantificadas de máximo grado de generalidad, especificadas por letras predicativas) no tiene nada que objetar. La aceptación del criterio conducirá a mostrar el compromiso ontológico del lenguaje caracterizado, entre otras cosas, por la presencia de esta regla reductiva. Pero en un uso descriptivo, donde no procede la reducción ontológica por vía normativa, cabe preguntarse, en principio, si el criterio de compromiso ontológico propuesto por Quine vale sin más para el lenguaje natural. Y aun podría suceder, si decidiéramos aceptar las razones presentadas por Quine, que las pautas de transformación sintáctica dictadas por el uso, causantes de la abigarrada ontología del lenguaje, partieran de una forma básica de la cual la sustantivación (singularización, cuantificación) de términos de diverso tipo sería una extensión; con lo que el criterio formulado por Quine sería insuficiente en la determinación del compromiso ontológico de los lenguajes naturales. De manera más radical: ¿podría fundamentarse un criterio de compromiso ontológico

<sup>21</sup> Véase, además de los ejemplos presentados, Quine, *Filosofía de ...*, op. cit., pp. 56-58; también “Existencia y ...”, op. cit., pp. 123-127.

del lenguaje natural sobre una base más propiamente lingüística? ¿Qué relación tendría ese criterio lingüístico con el propuesto por Quine?

La orientación esencial del criterio de compromiso ontológico es responder a la pregunta de las entidades supuestas por el lenguaje. ¿Qué entidades, si las hay, supone el lenguaje natural de modo irreductible? Un lingüista como Lyons escribe:

La noción de “cuantificación” es inherente a la estructura léxica de todas las lenguas humanas, puesto que el reconocimiento de *lo que probablemente constituye una categoría primaria universal de la lengua, el nombre*, presupone la “individuación” y la enumeración de personas, animales y, por lo menos, de un cierto número de objetos perceptivamente discretos.<sup>22</sup>

A lo que agrega, comparando la categorización lingüística de la gramática clásica con la moderna:

Mientras los términos universales [generales] se encuentran tanto en posición de sujeto como en posición de predicado en proposiciones bien formadas, los términos particulares [singulares] se limitan a la posición de sujeto.<sup>23</sup>

Lyons señala que “los nombres más típicos son los que denotan personas y cosas individuales”, siendo el término que designa la persona individual en las oraciones más simples del tipo sujeto-predicado, el más idóneo para la definición básica de sujeto.<sup>24</sup>

Bach reafirma esta posición, de manera aun más explícita:

<sup>22</sup> Lyons, J., *Introducción en la lingüística teórica* (1968). Barcelona, Teide, 1975, p. 296 (*cursivas* mías).

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 351 [paréntesis míos]. Por “proposiciones bien formadas” entiende Lyons, en principio, proposiciones de estructura sintáctica mínima típica —esto es, del tipo más simple sujeto-predicado: “un nominal y un verbo”— que después “...se amplían a oraciones de estructura sintáctica más compleja”. Cf. *Ibid.*, p. 352.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 351-2.

Algunos universales semánticos son tan básicos que resulta fácil pasarlos por alto. Por ejemplo, todas las lenguas parecen tener una categoría básica correspondiente a los nombres de individuos, y parecen existir límites definidos a los tipos de “cosa” que pueden recibir esos nombres individuales o propios. Así, un “lenguaje” como el del filósofo W.V.O. Quine, en los que los nombres propios quedan eliminados a favor de los “predicados” individuales (las oraciones que contienen *Pegaso* se analizan en oraciones que contienen la fórmula  $x \textit{pegasea}$ ) parece muy innatural a un lingüista.<sup>25</sup>

Hay, pues, un límite, lingüísticamente hablando, al intercambio de funciones gramaticales entre los términos de la predicación: frente a la abundante sustantivación de adjetivos, verbos y adverbios del lenguaje natural, y la adjetivación y verbalización de sustantivos, los nombres propios permanecen como constantes irreductibles; son los términos argumentales primarios que no pueden ser expresados como predicados de otros términos argumentales.<sup>26</sup> Resulta ahora más claro que la predicación *ad hoc* del nombre propio propuesta por Quine, dictaminando su prescindencia teórica, impone la disolución del sujeto óntico del lenguaje natural, creando de esa manera un lenguaje normado como sustituto lógico del lenguaje ordinario.

Pero si la categoría básica de la predicación en los lenguajes naturales es el nombre propio, indefectiblemente término argumental (destinado en oraciones de estructura sintáctica mínima típica a la función de sujeto), ello confirma por otra parte la aseveración quineana de que el compromiso ontológico del lenguaje reside en sus términos cuantificados. En efecto, el nombre propio es una constante individual, instancia de singularización, el más restrictivo caso de cuantifi-

<sup>25</sup> Bach E., *Teoría sintáctica* (1974), Barcelona, Anagrama, 1976, p. 376.

<sup>26</sup> Otra cosa es el fenómeno de la derivación, por ampliación, restricción o préstamo semántico, en el que un nombre propio puede dar origen a un nombre común, adjetivo o verbo. Estos casos son bien conocidos, y proceden principalmente por metáfora o metonimia: Cicerón: cicerón (guía); Pasteur: pasteurizar, pasteurizado. Cf. Ullman S., *Semántica* (1962). Madrid, Aguilar, 1976, pp. 87-90. Este proceso semántico no involucra transformación de la función argumental del nombre propio que, como tal, es siempre sujeto.



cación. Por extensión, entonces, podemos fundamentar el compromiso ontológico de los lenguajes naturales en los términos cuantificados, de los cuales el nombre propio representa la base primaria argumental,<sup>27</sup> adaptando y completando así el criterio de Quine para el caso de los lenguajes naturales.

La diferencia respecto a la lógica es que mientras ésta, como lenguaje normado, puede aspirar a la simplificación ontológica, el lenguaje natural en cambio expresa irreductiblemente su compromiso existencial en los términos argumentales constituidos por nombres propios, de donde se extiende a las variables de cuantificación, incluyendo, como hemos visto, variables de rango limitado de las que abundan los lenguajes naturales.

La expresión formalizada más adecuada del enunciado del lenguaje ordinario ‘algunos perros son blancos’, sería, pues, algo así como:

$(\exists p) p$  es blanco,

manteniendo la predicación sobre la variable definida del lenguaje natural ‘perro’, ya que la expresión original, contrariamente a Quine (y a Russell), no dice que “algunas cosas que son perros son blancas”,<sup>28</sup> sino, literalmente, que algunos *perros* son blancos; el enunciado del lenguaje natural no habla acerca de “cosas que son perros”, sino acerca de perros, tipo específico de “cosa”. De manera similar, ‘el autor de *Waverley* fue un poeta’ no hace referencia, en el lenguaje ordinario, a “algo”, ni siquiera a “alguien” que escribió *Waverley*, sino, precisamente, al *autor* de *Waverley*, como reconocerá con obvedad cualquier hablante; y ‘Pegaso’ no alude

<sup>27</sup> El profesor Ezra Heymann me ha referido que para Coseriu (según le comunicara éste personalmente) el nombre común precede, conceptualmente, al nombre propio, ya que, al parecer, todo lo que puede recibir un nombre propio puede ser expresado por un nombre común, pero no a la inversa, de donde la base argumental del lenguaje natural sería más bien el nombre común. Creo, no obstante, que la conclusión no procede, y que las relaciones de subsunción y de precedencia son independientes.

<sup>28</sup> Quine, ‘Acerca de ...’, op. cit., p. 40.

a “la cosa que es Pegaso” sino a *Pegaso* mismo, entidad (o supuesta entidad) irreductible del dominio.<sup>29</sup> Otra cosa, como ya se ha dicho, es la transcripción de las expresiones al lenguaje lógico para ciertos fines, lo que las aleja de su significación en el uso ordinario.

Vale advertir (contra lo que podría inferirse de una lectura poco atenta de la argumentación de Quine<sup>30</sup>) que la formalización de ‘algunos perros son blancos’ como ‘ $(\exists p) p$  es blanco’, cuantificando la variable definida ‘ $p$ ’, no comporta la reificación del término ‘perro’ como nombre de clase o atributo, de idéntica manera a como la cuantificación de la variable indefinida ‘ $x$ ’ en el esquema lógico ‘ $(\exists x) (x$  es un perro •  $x$  es blanco)’ no comporta su reificación como “la clase de las cosas” o “la cosidad”. Ambos términos cuantificados, en uno y otro caso, son variables individuales a menos que se interpreten, expresa o inadvertidamente (como previene Quine, recomendando por ello una denominación explícita<sup>31</sup>) como nombres de las correspondientes entidades abstractas. La diferencia está en el respectivo alcance de la variable argumental, típicamente más reducido en el lenguaje natural, evidenciando que el compromiso ontológico de este último, ya en primer orden, es mayor que el de la lógica del mismo nivel: no sólo decimos que existen “cosas” con determinadas propiedades, sino, por expresarlo de algún modo, “tipos específicos de cosas”, *determinadas* entidades. Las variables definidas son tales que un cierto número de ellas cubrirá, en general, el campo semántico de una variable indefinida. En consecuencia, el compromiso ontológico de los lenguajes naturales será mayor en la medida en que sea más

<sup>29</sup> El reconocimiento del nombre propio como fundamento de la cuantificación en los lenguajes naturales parece dejar abierto el problema planteado por la inexistencia de Pegaso. Éste, sin embargo, es otro problema: Pegaso tiene que encontrarse en el universo de referencia de los enunciados que contienen el término ‘Pegaso’ *para* que dichos enunciados sean verdaderos, que es la idea del compromiso ontológico. Otra cosa es que los enunciados del lenguaje *sean* verdaderos o falsos, lo que es de muy distinta naturaleza y determinación.

<sup>30</sup> Cf. Quine, ‘La lógica y ...’, *op. cit.*, p. 167.

<sup>31</sup> *Id.em*

amplio su vocabulario de variables definidas, a lo que deberá sumarse el empleo de nombres propios, y la capacidad sintáctica de sustantivar (cuantificar) términos predicativos de diverso orden.

La reducción de la multiplicidad ontológica en lenguajes normados es válida en la medida en que todas esas expresiones (las que involucran nombres propios o variables definidas, y las que cuantifican términos predicativos) “dicen lo mismo” —esto es, extensionalmente— que expresiones conformadas exclusivamente por la forma cuantificacional más simple. Hay que advertir, sin embargo, que la sola equivalencia extensional deja fuera de consideración la configuración ontológica del universo de discurso, como hemos visto. Cuando este componente es relevante, la formulación lógica del enunciado debe conservar la referencialidad óntico-estructural del lenguaje natural.

¿A qué fines sirve la interpretación del lenguaje natural aquí esbozada? Hay que reconocer que la interpretación de los enunciados del lenguaje en el esquema lógico aceptado por Russell y por Quine conviene a los fines generales de la ciencia: actividad de descubrimiento, donde la determinación de los objetos de estudio se halla en constante revisión, en función de propiedades, o hechos, que son continuamente investigados. En tales condiciones, es mejor hablar de “cosas” que son P, Q..., etc., ya que los predicados P, Q..., pueden variar dependiendo del avance del conocimiento, a medida que se va modificando nuestro concepto de las cosas a las que se aplican. Muy diferente, por ejemplo, es la general representación del mundo de una comunidad hablante (también, notoriamente, objeto de interés científico), cuyos componentes culturales y sociales expresan una determinada visión de la realidad: una ontología, una epistemología de cosas y situaciones consustanciales al grupo humano a través de su historia; concepciones implícitas en el uso ordinario del lenguaje, que resultan más apropiadamente expresadas en lenguaje formal mediante el empleo de términos constantes y variables de rango limitado así como ilimitado, según el campo de apli-

cación, junto con la cuantificación de diverso orden, reflejando paralelamente a la denotación una cierta interpretación o configuración del mundo.

Universidad Central de Venezuela

GERMÁN GUERRERO PINO

## EL MÉTODO CIENTÍFICO EN QUINE

**Resumen:** En este trabajo se presenta y analiza el método científico según Quine. En la primera parte se aclara que el método científico para Quine no puede ser entendido de una manera rigurosa, como un juego de reglas o normas que permitan un conocimiento veraz del mundo, sino que busca los elementos esenciales de la actividad científica; estos elementos guían de una manera pragmática el desarrollo, evaluación y elección de teorías. En la segunda parte de este trabajo se presenta la idea de Quine sobre la simplicidad y la importancia de este principio en el desarrollo, evaluación y elección de teorías. La última parte muestra el paralelismo que es posible establecer entre las concepciones de Quine y Kuhn sobre el método científico.

**Abstract:** This paper presents and analyzes the Quine's scientific method which one could characterize in general in the following terms: like hypothetical-deductive, and component by the judgment of prediction, simplicity and preservative. In the first part is made clear that the scientific method for Quine can not be understand in a rigorous way, like a set of rules or norms, which allow to come to the world's knowledge certainly, by the way the Quine's scientific method, looks for the essentials elements of the scientific activity; this elements guide in a pragmatic way the development, evaluation and election of theories. In the second part, this paper presents the Quine's idea about simplicity and its importance in the development, evaluation and election of theories. The last part of this paper is about the parallel that is possible to stablish between the conceptions of Quine and Kuhn about the scientific method.

### *1. INTRODUCCIÓN*

Debemos comenzar por preguntarnos: ¿cuál es la importancia de hablar del método en este autor y en esta época

cuando se supone que este tema ya está superado? En cuanto a lo segundo, es necesario advertir de entrada que si bien la creencia en un procedimiento universal y absoluto, constituido por reglas fijas e inamovibles que rijan la actividad científica, se ha desechado, no por ello la indagación filosófica por la metodología característica de la ciencia ha desaparecido. Dado el interés que este tema siempre ha suscitado y la importancia que tiene en la comprensión del quehacer científico, en lo que concierne a los procedimientos y criterios para la elaboración, evaluación y aceptación de teorías, continúa siendo aún un punto de discusión y reflexión en la filosofía de la ciencia, llegando así a propuestas novedosas como las de Thomas Samuel Kuhn.

En segundo lugar, y con el objeto de precisar el enfoque que privilegia el presente escrito, las reflexiones sobre el método científico constituyen una parte importante y vertebral en el pensamiento del filósofo norteamericano Willard Van Orman Quine (1908- ). Considero que a lo largo de la obra de Quine se pueden detectar tres ámbitos en los cuales el análisis del método se vuelve pertinente: en primer lugar, sus ideas sobre el método tiene un lugar principal a la hora de justificar sus pretensiones de naturalizar la epistemología y de pensar la filosofía formando un continuo con la ciencia de la naturaleza; en segundo lugar, y en un sentido más particular que el anterior, la importancia del método también se hace presente en el holismo moderado que defiende sobre la evidencia sensorial para las teorías empíricas, tesis que tiene relación con el problema ya clásico de la filosofía de la ciencia sobre la evaluación y elección de teorías; y, en tercer lugar, si bien la clarificación del método en las ciencias no es un problema que Quine asuma como central en sus planteamientos epistemológicos, pues no dedica un espacio especial para profundizar en las diferentes concepciones que han dominado este tema y mostrar así la plausibilidad de su punto de vista, considero, como se va a mostrar, que en sus trabajos hay una concepción novedosa sobre el méto-

do dominante en la ciencia de la naturaleza y en el conocimiento común u ordinario.

### ***1. HOLISMO MODERADO Y MÉTODO CIENTÍFICO***

El tema del método en las ciencias es espinoso y Quine es consciente de ello. Aquel ideal de precisión, de un procedimiento seguro que permita develar los secretos ocultos por la naturaleza, está presente desde los mismos orígenes de la ciencia y la filosofía, dicho ideal no es más que la creencia en un único camino para acceder al conocimiento de la naturaleza, la creencia en *el* método científico, en un METODO con mayúsculas. Pero el recurso a la historia de la ciencia muestra qué tan equivocada es esta idea. La historia de la ciencia es muy instructiva en este sentido puesto que muestra la gran diversidad de procedimientos en el trabajo científico y la multiplicidad de recursos que el científico pone a su alcance; y esto no sólo es cierto cuando se comparan dos hombres de ciencia sino que también se presenta en un mismo científico al estar trabajando en diferentes campos. Una ilustración del último caso se encuentra en Newton, quien hizo aportes tanto a la mecánica como a la óptica bajo procedimientos que no se asemejan del todo. Tanto los *Principia Mathematica* (1687) y la *Optica* (1704) de Newton en su forma de presentación general parecen poseer la forma de una teoría axiomática inspirada en los *Elementos* de Euclides; la estructura general en ambos escritos es la siguiente: definiciones, axiomas o leyes, y proposiciones o teoremas. La diferencia sustancial radica en que mientras que las proposiciones o teoremas presentes en los *Principia* son demostrados deductivamente a la manera matemática, las demostraciones de las proposiciones de la *Optica* se fundamentan en la diversidad de experimentos montados por Newton<sup>1</sup>. Es decir que los *Principia* se inscriben perfectamente dentro de, en términos de Kuhn, la tradición

---

<sup>1</sup> Para una presentación general de la concepción de Newton sobre el método, ver mi escrito "El lugar de Dios en la filosofía natural de Newton" en *Praxis Filosófica*. Escuela de Filosofía, Universidad del Valle, Nueva serie, No. 6 / Marzo de 1997.

de las ciencias clásicas y la *Optica* no hace parte completamente de esta tradición sino que es el resultado de la yuxtaposición de esta tradición con la tradición baconiana<sup>2</sup>.

Cuando Quine habla de método científico, lo cual hace de manera reiterativa en distintos escritos, su pretensión no es proponer la lógica subyacente a la investigación -lo que permitiría, entre otras cosas<sup>3</sup>, una mayor efectividad por parte de la ciencia- sino, por el contrario, describir aquellos criterios dominantes en el quehacer científico que han orientado y seguirán orientando a los hombres de ciencia en la búsqueda de una explicación más profunda de la naturaleza o, en otras palabras, para decirlo de manera menos rimbombante, para “vérselas con el mundo”. Precisando un poco más, para Quine el método científico

...se resume en una palabra, aun cuando ésta sea una palabra de dos sentidos: hipotético-deductiva. Primero, pensamos en una teoría; en un conjunto de hipótesis. De hecho, en su mayoría, nos habrá sido proporcionada por nuestros predecesores; podremos haberle cambiado una hipótesis, o añadido otra. Entonces, a partir de esta teoría, deducimos las observaciones que esperamos hacer, conforme a diversas condiciones observables. Si tal expectativa se frustra, volvemos a la teoría, para revisarla, si es posible. En caso contrario, seguimos creyendo en ella<sup>4</sup>.

Esto es en términos generales, pero es necesario hacer una observación al respecto. El concepto de teoría con que trabaja Quine no es nada complicado frente a propuestas más elaboradas como la de Kuhn y el estructuralismo metacientífico de Stegmüller y Moulines. Para Kuhn las teorías no incluyen solamente el aspecto formal y de interpretación aso-

<sup>2</sup> Kuhn plantea que: “...aunque los *Principia* se apegan a la tradición de las ciencias clásicas, la *Optica* no es de ninguna manera inequívocamente baconiana. Como su materia de estudio fue la óptica, campo ya desarrollado, Newton fue capaz de yuxtaponer constantemente experimentos seleccionados a la teoría, y sus logros resultan precisamente de esas yuxtaposiciones”. *La tensión esencial*. Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. 75.

<sup>3</sup> “Entre otras cosas”, porque dicha lógica de la investigación permitiría, por ejemplo, diferenciar entre ciencia y no ciencia.

<sup>4</sup> Magee, B. *Los hombres detrás de las ideas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 186.



ciado con él, que han sido los tradicionalmente considerados, sino que incluye muchas más cosas, todas ellas presentes en su concepto de paradigma o matriz disciplinar<sup>5</sup>. De todas formas Quine considera que para su propósito de determinar los aspectos dominantes en la evidencia para las teorías de la naturaleza es suficiente partir de una idea tan sencilla como la de entender una teoría como un conjunto de hipótesis o que, por lo menos, puede expresarse como una conjunción de hipótesis; en otras palabras, una teoría en últimas se expresa mediante un conjunto de enunciados.

¿Pero qué es lo que plantea Quine sobre la evidencia de las teorías de la naturaleza? En este lugar no podemos adentrarnos en todos los detalles de la teoría de la evidencia sensorial de Quine, para una exposición que destaca sus diferentes aspectos remito a los lectores a mi escrito *Teoría de la evidencia y holismo moderado en Quine*. Una de las ideas más penetrantes de Quine, y que puede ser considerada como la conclusión final de sus planteamientos sobre la evidencia, está expresada en su tesis llamada *holismo moderado*, enunciada ya a comienzos del presente siglo por Pierre Duhem. Esta tesis tiene que ver, en términos de las anteriores palabras finales de Quine, con la revisión de que es susceptible una teoría cuando sus predicciones no encajan con la experiencia (con la observación); es decir, el holismo tiene que ver con el mecanismo de refutación de una hipótesis y no con el mecanismo de admisión de la misma.

¿Cómo se originan las hipótesis científicas? Posiblemente esta pregunta no admita una única respuesta, pues su indagación toca con asuntos históricos y psicológicos que difícil-

---

<sup>5</sup> “Los propios científicos dirían que comparten una teoría o conjunto de teorías, y yo quedaré satisfecho si el término, a fin de cuentas, puede volver a aplicarse para ese uso. Sin embargo, tal como se emplea en la filosofía de la ciencia el término “teoría”, da a entender una estructura mucho más limitada en naturaleza y dimensiones de la que requerimos aquí. Mientras el término no quede libre de sus actuales implicaciones, resultará útil aportar otro, para evitar confusiones. Para nuestros propósitos presentes sugiero “matriz disciplinar”...”. Kuhn, T. S. *La estructura de las revoluciones científicas*. Posdata: 1969. México, Fondo de Cultura Económico, 1971, p. 279.

mente pueden entrar en consideración en el presente contexto, sin que esto invite a invalidar este tipo de indagaciones. Lo importante a destacar en este momento es que la formulación de hipótesis es un momento crucial en la construcción de teorías y que, de una u otra forma, estas surgen a partir de experiencias anómalas surgidas en el ámbito teórico o experimental, que no encajan dentro del acervo de teoría que se está incrementando. El caso es, entonces, cuando la teoría, con la nueva hipótesis, implica una predicción que no se cumple, es decir cuando un experimento u observación arroja un resultado contrario a la teoría. Ante esta situación el hombre de ciencia normalmente se inclina por dejar de lado la nueva hipótesis, pero lo cierto es que lo que pone de manifiesto el experimento, desde un punto de vista puramente lógico, es que por lo menos una de las hipótesis que componen la teoría es falsa, pero el experimento mismo no dice cuál. En otras palabras, puesto que una teoría se entiende como conjunción de enunciados, la refutación de una teoría por parte de la experiencia disponible no dice de manera particular cuál es el elemento, la oración, de la teoría que hay que modificar; la refutación no determina de manera unívoca cuál de las hipótesis es falsa. Siendo esto así, la conclusión que Quine extrae es la siguiente:

Si nos vemos forzados a desdecirnos de esa conjunción de oraciones, las posibles soluciones no se limitan a la consistente en retirar la hipótesis en disputa: en vez de eso, podríamos desdecirnos de alguna otra oración del conjunto. En esto consiste la importante doctrina que llamamos holismo<sup>6</sup>.

Cuando el hombre de ciencia interpreta la refutación de la teoría como negación de la hipótesis nueva es porque lo único que está poniendo en cuestión es la hipótesis, asumiendo

<sup>6</sup> Quine, W., *La búsqueda de la verdad*. Barcelona, Crítica, 1992, p.34. En *Filosofía de la lógica*. Quine enuncia de manera más sintética el holismo en los siguientes términos: “lo susceptible de evidencia favorable o contraria en la observación y en la experimentación es la teoría tomada en su conjunto, no una u otra de las hipótesis sueltas”. Madrid, Alianza Editorial, S. A., 1973, p. 27.

do el resto de la teoría como verdadera; pero es igualmente lógico mantener la hipótesis y modificar cualquiera de los otros elementos componentes de la teoría. En síntesis, ¿cuál es la transformación que Quine está produciendo en relación con la evidencia empírica? La idea dominante en la filosofía de la ciencia –el Positivismo Lógico–, antes de Quine, era: cada enunciado observacional es susceptible de una verificación directa independientemente de los demás enunciados de la teoría, y la comprobación de cada enunciado teórico, descontando a los demás, recae sobre la verificación de los enunciados de observación que implica. En tanto que para Quine, de acuerdo con la tesis del holismo anteriormente formulada, el contenido empírico no lo posee cada enunciado por separado sino el sistema teórico tomado como un todo.

Pero esta última observación no debe ser entendida como si Quine defendiese un holismo radical o total; el holismo que él defiende es moderado. Es moderado o relativo puesto que Quine considera que existe un grupo de oraciones, las oraciones observacionales, vinculadas estrechamente con la estimulación sensorial, a las cuales es posible adjudicarles un contenido empírico independiente del sistema. Además, es claro que la comprobación de una teoría empírica se hace a través de sus predicciones, y estas predicciones versan sobre estimulaciones sensoriales que están asociadas con las oraciones observacionales implicadas por la teoría<sup>7</sup>. Quine escapa a través de las oraciones observacionales al muy conocido eslogan: “la observación está condicionada teóricamente” o, lo que es lo mismo, “lo que se observa depende de la teoría”; que lleva directamente a un holismo radical que circunscribe todo a la teoría, despojándola de cualquier elemento empírico en su elaboración y para su evidencia. De manera más precisa, un holismo radical, expresado en los términos anteriores, parece llevar a una contradicción: puesto que es claro que las teorías de la naturaleza se comprueban en la experiencia –tomando este último término en un sentido amplio–, pero, de

---

<sup>7</sup> En mi artículo “Teoría de la evidencia y holismo moderado en Quine” se hace una presentación detallada del concepto de oración observacional.

acuerdo con esta tesis, la observación depende de la teoría. Para Quine las oraciones de observación evitan este tipo de contradicción; de acuerdo con él, la penetración al cuerpo teórico debe hacerse por alguna parte y el lugar más indicado son las oraciones observacionales, ellas se constituyen en el eslabón de la cadena que une el mundo con la teoría: las estimulaciones sensoriales que llegan a nuestras terminaciones nerviosas son recogidas por las oraciones de observación y estas, a su vez, impregnan de contenido empírico al cuerpo teórico a través de los términos que comparten.

### 3. SIMPLICIDAD Y CONSERVADURISMO

El holismo nos dice que cuando una predicción de una teoría no está de acuerdo con la experiencia, lo que verdaderamente resulta refutado es el sistema teórico y no una hipótesis en especial. Luego nos hace falta responder a: ¿cómo proceder a abortar la refutación de la teoría?, y ¿cuáles son los criterios para emprender la revisión del cuerpo teórico? De acuerdo con Quine: “no existe una receta para lograr esto, pero lo cierto es que la búsqueda de la mayor simplicidad y de la menor mutilación posibles son dos máximas que intervienen en la lucha de la ciencia por justificarse mediante sus predicciones”<sup>8</sup>. De tal manera que, de acuerdo con la cita anterior, los criterios para emprender una revisión de la teoría, con el propósito de abortar la refutación, pueden ser reducidos a tres: el éxito en la predicción, la máxima de la mutilación mínima -conservadurismo- y la simplicidad -sencillez- de la teoría resultante. Quine inscribe dichos criterios en lo que él llama *el método científico*.

El científico cuando se encuentra frente a la imposibilidad de resolver ciertos problemas o anomalías a través de la teoría que está implementando, recurrirá entonces a los criterios de simplicidad y conservadurismo para resolverlos, ya sea involucrando una nueva hipótesis dentro del cuerpo teórico dominante o proponiendo una nueva teoría. Como ex-

<sup>8</sup> Quine, W., *La búsqueda de ...* op. cit., p. 37.

pondremos a continuación, estos criterios, desde la perspectiva de Quine, no son susceptibles de una interpretación lógica y rígida que hagan las veces de una fórmula o tabla de salvación, sino que por el contrario gozan de cierta ambigüedad o subjetividad que toca terreno psicológico, pero esto no los hace menos importantes. Cuando Quine habla del método científico se aleja de posturas logicistas para defender que en últimas lo que se mueve al interior de la ciencia son criterios pragmáticos. “Todo hombre recibe una herencia científica más un continuo y graneado fuego de estímulos sensoriales; y las consideraciones que le mueven a moldear su herencia científica para que recoja sus continuos estímulos sensoriales son, si racionales, pragmáticas”<sup>9</sup>.

Teorías que se encuentren en conflicto y teorías que realicen ajustes en su interior mediante la introducción de nuevas hipótesis, muestran en últimas sus bondades a través de predicciones mediante las oraciones de observación, puesto que estas últimas, como hemos visto, están asociadas con nuestra estimulación sensorial; en otras palabras, en cuanto al aspecto predictivo de las teorías se tiene que el tribunal de las disputas científicas es la excitación de los receptores nerviosos. El hombre de ciencia no convertirá como parte de su trabajo las estadísticas de predicción de diferentes teorías, pero a largo plazo la teoría que haya demostrado un mayor poder predictivo será la que termine dominando. En las palabras elocuentes de Quine:

...los conceptos son lenguaje, y la finalidad de los conceptos y del lenguaje es la *eficacia* en la comunicación y en la predicción. Tal es el deber último del lenguaje, de la ciencia y de la filosofía, y en relación con ese deber debe apreciarse en última instancia un esquema conceptual<sup>10</sup>.

Pero sólo el aspecto utilitario del éxito en las predicciones no constituye el motor de la ciencia. Es posible, por una parte, encontrar teorías en competencia que ofrezcan el mismo ran-

<sup>9</sup> Quine, W. “Dos dogmas del empirismo” en *Desde un punto de vista lógico*. Barcelona, Ediciones Orbis, S. A., 1984, p. 81.

<sup>10</sup> *Ibid*, p. 123. La cursiva es mía.

go de predicciones en donde el criterio dejaría de funcionar, en su remplazo la máxima de la simplicidad permitiría dirimir el conflicto; y, por otra, el mismo hombre de ciencia se impondría la simplicidad en la formulación de la teoría: “cuando la elegancia –comenta Quine– no es lo decisivo, podemos buscarla por sí misma, y debemos hacerlo como poetas”<sup>11</sup>.

El criterio de simplicidad tiene una larga historia que se remonta a la muy conocida formulación de la *Navaja de Occham*, según la cual “es superfluo trabajar con más entidades cuando es posible trabajar con menos”. El mismo Newton hace eco de la máxima en la primera regla para filosofar cuando dice: “no debemos admitir para las cosas naturales más causas que las verdaderas y suficientes para explicar sus fenómenos”<sup>12</sup>. Mach se refiere a lo mismo cuando habla del criterio de economía: “la mayor frecuencia, el predominio de los elementos estables (para mí más importantes), sobre los variables, penetra en la economía, en parte instintiva, en parte voluntaria, del sistema de representaciones y de los signos representativos empleados habitualmente por el pensamiento y el idioma”<sup>13</sup>. Einstein martilla sobre lo mismo cuando dice que “el objetivo de la ciencia es una comprensión tan *completa* como sea posible de la conexión entre experiencias sensoriales en su totalidad y el logro de ese objetivo *mediante el uso de un mínimo de conceptos primarios y de relaciones*”<sup>14</sup>. Poincaré enfatiza el mismo aspecto: “es claro que un hecho cualquiera puede generalizarse de infinidad de maneras, y se trata de elegir; la elección sólo puede ser guiada por consideraciones de simplicidad”<sup>15</sup>. Y, finalmente, Russell hace gala

<sup>11</sup> *Ibid.*

<sup>12</sup> Newton, I., *Principios matemáticos de la filosofía natural y su sistema del mundo*. Madrid, Editora Nacional, 1982, p. 657.

<sup>13</sup> Mach, E., *Análisis de las sensaciones*. Madrid, Daniel Jorro, Editor, 1925, p. 3.

<sup>14</sup> Einstein, A., *Sobre la teoría de la relatividad y otras aportaciones científicas*. España, Sarpe Editores, 1981, p. 102. La cursiva es del original.

<sup>15</sup> Poincaré, H., *Filosofía de la ciencia*. México, D. F., Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1984, p. 45.

de la simplicidad al plantear que “la máxima suprema del filosofar científico es esta: siempre que sea posible, las construcciones lógicas han de sustituir a las entidades inferidas”<sup>16</sup>. Más recientemente el físico Steven Weinberg pretende defender que es posible hablar de belleza en las teorías, caracterizándola de la siguiente manera: “La simplicidad es parte de lo que yo entiendo por belleza, pero se trata de una simplicidad de ideas, no de la simplicidad de tipo mecánico que puede medirse contando ecuaciones o símbolos”<sup>17</sup>. En relación con la mecánica de Newton y la teoría de la relatividad de Einstein, Weinberg plantea que “es la teoría de Einstein la que es más bella, debido en parte a la simplicidad de su idea central de la equivalencia de gravitación e inercia. Esta es una apreciación en la que los físicos han coincidido generalmente y, como hemos visto, es responsable en gran medida de la temprana aceptación de la teoría de Einstein”<sup>18</sup>.

Presento estas diversas interpretaciones sobre la simplicidad porque considero que Quine estaría de acuerdo en que todas ellas hacen parte de lo que él quiere dar a entender por simplicidad. Las formulaciones de Ockham, Newton, Mach y Russell destacan la importancia de la máxima en cuestiones ontológicas, máxima que Quine implementa a lo largo de sus planteamientos filosóficos sobre ontología. Igualmente Quine está de acuerdo con la simplicidad conceptual que destacan las otras formulaciones. Quine ilustra la importancia de la simplicidad en consideraciones ontológicas de la siguiente manera: el observador menos inquisitivo se verá forzado, así sea de manera inconsciente, a construir dos experiencias como experiencias que versan sobre el mismo objeto o como experiencias que contienen dos objetos físicos distintos, involucrando en su elección criterios de simplicidad en lo que tiene que ver con la multiplicidad de los objetos, la rapidez de los cambios de cualidad y posición y, en general, la irregula-

<sup>16</sup> Russell, B., *Ciencia y filosofía 1897-1919*, Madrid, Aguilar, 1973, p. 1001.

<sup>17</sup> Weinberg, S., *El sueño de una teoría final*. Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori, S. A., 1994, p. 111.

<sup>18</sup> *Ibid.*

ridad de las leyes naturales. La simplicidad en el aspecto conceptual, que tiene que ver con la simplicidad en las leyes, Quine lo ejemplifica a través de la extrapolación, muy común en los análisis experimentales de la ciencia: el hombre de ciencia que recoge los datos sobre una gráfica y hace las extrapolaciones del caso trazando la curva menos sinuosa, la más simple que involucre de manera aproximada los diferentes resultados, con el objeto de lograr una ley que cubra más fenómenos que los comprobados<sup>19</sup>.

Pero aún hay una tercera interpretación de la simplicidad en Quine, que tiene que ver con lo que tradicionalmente se ha llamado el método experimental, el manejo de variables en un experimento. Con el propósito de poner de relieve este tipo de interpretación y la manera como el mismo Quine hace uso del método científico –recordemos que Quine propone el muy conocido experimento pensado de traducción radical y, precisamente, este experimento es el contexto en el cual se inscriben las siguientes palabras-, cito en extenso a Quine:

...en mis experimentos de pensamiento empleo la estrategia del aislamiento, o de “divide y vencerás”<sup>20</sup>, que caracteriza a la ciencia teórica por todas partes. Un Galileo moderno, repitiendo el experimento que lleva su nombre, rueda una bola muy dura y casi esférica por una pendiente muy dura y llana en un vacío casi completo. Excluye las interferencias de manera que quede aislado un solo factor significativo. En este espíritu, yo comienzo por los enunciados ocasionales; realmente, por los enunciados de observación en mi especial sentido; elimino así complejidades, complejas casi hasta el punto del ruido blanco, que introducen las preocupaciones concomitantes y la experiencia pasada del sujeto. En este mismo espíritu, me aferro al método de la interrogación y el aislamiento, en vez de esperar que el informante profiera enunciados imprevisibles por inescrutables razones

<sup>19</sup> Poincaré presenta el mismo ejemplo para justificar la simplicidad, ver *Filosofía de la ciencia*, p. 43.

<sup>20</sup> Russell en su artículo *Del método científico en la filosofía*, presenta la misma frase al explicar que el método de las ciencias es aplicable a la filosofía. Al respecto plantea: “Lo que es factible es la comprensión de las formas generales, y la división de los problemas tradicionales en un número de cuestiones aisladas y menos triviales. «Divide y vencerás» es la máxima del éxito aquí como en todas las demás”. Russell, B. *Ciencia y...* op. cit. p. 979.



personales, No es ésta una vía que le saque la vuelta al pensamiento y ni siquiera al lenguaje, sino una vía para entrar en ellos. Es un plan para aislar un componente claramente explicable de un fenómeno complejo. Esta estrategia básica de la teoría científica está descrita gráficamente en el análisis de Fourier, donde una curva irregular se analiza en una jerarquía de curvas regulares a partir de las cuales puede recuperarse mediante superposiciones en sucesivas aproximaciones. Quejarse de los huesos mundos es como criticar al físico porque no captura la riqueza de la lluvia en el bosque<sup>21</sup>.

En síntesis, la naturaleza cuando es vista con ojos desprevenidos se presenta desordenada y el poco o mucho orden que encontremos está dado por el aprendizaje del lenguaje y por nuestra futura educación. La ciencia asume una naturaleza uniforme con mayor compromiso, detectando semejanzas en experiencias que en un comienzo se presentan como disímiles y explicarlas bajo los mismos principios. La simplicidad comporta además un aspecto un tanto psicológico en la medida en que entre más sencilla sea la exposición de una teoría más fácilmente podremos dominar experiencias complejas.

En cuanto al tercer criterio, la máxima de la mutilación mínima, es importante comenzar destacando que considero que es un aporte del propio Quine a la teoría sobre el método. La máxima destaca el espíritu de conservación de las teorías y de la inteligencia humana. Teorías, principios y verdades lógico-matemáticas que se han batido en franca lid con la experiencia pasada intentarán seguir en pie frente a experiencias futuras. De ser sometida a una revisión drástica la teoría, el científico intentará poner a salvo aquellas verdades, principios y conceptos que han mostrado ser fructíferos y expondrá a revisión o a modificación los menos neurálgicos. De continuar la anomalía el proceso de revisión debe seguir hasta llegar a tocar los mismos principios centrales con miras a obtener, bajo los criterios de simplicidad, una teoría más manejable. Se presenta así una tensión entre la simplicidad y el

---

<sup>21</sup> Quine, W. *Teorías y cosas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, p. 221.

conservadurismo. ¿Cómo resolver esta tensión?; de acuerdo con Quine:

Siempre que la simplicidad y el conservadurismo aconsejan claramente soluciones opuestas, el veredicto de la metodología consciente va en favor de la simplicidad. A pesar de eso el conservadurismo es la fuerza preponderante, pero eso no puede asombrar: tiene la ventaja de seguir operando cuando fallan el nervio y la imaginación<sup>22</sup>.

Destacamos nuevamente que los criterios establecidos operan de manera pragmática, como valores, dependiendo de la calidad de la anomalía a la cual está expuesta la teoría y del estado de desarrollo de la teoría misma; así, las teorías poco maduras serán más susceptibles de ser dejadas de lado. Es importante destacar nuevamente que no existe un algoritmo en donde los criterios aparezcan como variables; pues dependiendo del caso, la simplicidad puede jugar un papel más determinante que el del conservadurismo, o a la inversa.

Encuentro dos aproximaciones en los planteamientos de Quine y Kuhn respecto a la manera de concebir la actividad científica: primera, el hecho de que los criterios de evaluación y elección de teorías funcionen no como reglas sino como valores, de acuerdo con la terminología de Kuhn, o de manera pragmática, en el lenguaje de Quine; y, segunda, un paralelismo entre la dicotomía de Kuhn ciencia normal – ciencia extraordinaria y la dicotomía de Quine simplicidad – conservadurismo. Veamos cada una de estas aproximaciones en detalle.

En la metodología científica, de acuerdo con los planteamientos de Kuhn<sup>23</sup>, se han presentado diversos candidatos para asumir la función de juez en las controversias entre teorías. Estos candidatos son: la precisión, la coherencia, la amplitud, la simplicidad y la fecundidad. Son varias las obje-

<sup>22</sup> Quine, W. *Palabra y objeto*. Barcelona, Editorial Labor, S. A., 1968, p. 34.

<sup>23</sup> Para una exposición amplia de los planteamientos de Kuhn remito al libro *Thomas Kuhn*, Santiago de Cali, Editorial Universidad del Valle, Mayo de 1997; y, en especial, a mi artículo incluido en este libro: “Incommensurabilidad y comunicabilidad en Kuhn”.

nes que Kuhn presenta para justificar que dichos criterios de elección entre teorías deberían ser vistos más bien como valores puesto que no operan como reglas o normas que se imponen con anterioridad a la elección. Primera, de ser cierto que dichos criterios funcionaran como verdaderas normas debería esperarse que todos los científicos en las épocas de crisis y ante la presencia de una teoría alternativa, tomaran la misma decisión: ya sea la de mantenerse en la antigua teoría o la de comenzar a trabajar en la nueva. Segunda, la manera de interpretar un mismo criterio puede variar de manera significativa de un científico a otro. Tercera, tomando los criterios en su conjunto, la ponderación de cada uno de ellos también puede variar de manera drástica de una comunidad científica a otra; no es posible establecer una fórmula matemática que contenga los diferentes criterios como variable para poder hacer la elección. Cuarta, la manera de entender los criterios también puede variar históricamente. Quinta, la manera de entender un mismo criterio depende del dominio natural particular donde se aplica.

Es cierto, como se advirtió desde un comienzo, que el análisis de Quine no cae en pormenores metodológicos e históricos, lo cual es característico y penetrante en los análisis de Kuhn; pero aún así, se puede observar que ambos llegan, en términos generales, a la misma conclusión: en el proceso de elección los criterios no operan de manera lógica sino de manera pragmática, operan como valores. ¿Qué decir entonces sobre la diferencia en el número de criterios que presentan Quine y Kuhn? Considero que las diferencias al respecto no son profundas dada la manera laxa como Quine entiende la simplicidad. La precisión y la fecundidad, de las cuales habla Kuhn, considero que están incluidas en la predicción, en la forma amplia como la entiende Quine. En tanto que los criterios de coherencia -en especial la externa-, la amplitud y la simplicidad, los cubre Quine bajo un mismo término: simplicidad; entendido también en el sentido amplio como se presentó anteriormente.

En cuanto a las dicotomías, ciencia normal/ciencia extraordinaria y simplicidad/ conservadurismo, se tiene lo siguiente. Los puntos centrales de la nueva imagen de ciencia que traza Kuhn son el de ciencia normal y ciencia extraordinaria. Los períodos de ciencia normal se caracterizan por el dominio de una forma bien definida de investigación, por un paradigma, que condiciona tanto los problemas a indagar como la manera legítima de tratarlos. Durante los períodos de ciencia normal los científicos se dedican a solucionar enigmas o rompecabezas que aparecen desde el interior de una teoría recurriendo a las técnicas, procedimientos establecidos y reglas dominantes en la comunidad científica. De tal forma que en la medida en que se avanza en la resolución de enigmas se presenta un desarrollo acumulativo dentro del paradigma. En otras palabras, en los períodos de ciencia normal la ciencia crece o se desarrolla de manera acumulativa.

Pero hay momentos del trabajo científico en que las cosas no marchan de manera normal, sobre todo en la explicación por parte de la teoría de ciertos fenómenos o experiencias, iniciándose así un período de crisis en la teoría. Cuando un enigma no es posible resolverlo se convierte en una anomalía y se inicia un período de crisis que, en ocasiones, acaba en un cambio de paradigma. En este período de crisis se pasa de hacer ciencia normal a hacer ciencia extraordinaria desconfiando de los procedimientos normales y postulando teorías alternativas que permitan resolver, entre otras cosas, la anomalía bajo un nuevo conjunto de compromisos y una nueva práctica científica. Se produce de esta forma un cambio de paradigma o revolución científica que es promovida tanto por investigadores pertenecientes a la antigua práctica científica como por científicos jóvenes. Una vez el nuevo paradigma se institucionaliza comienza un nuevo período de ciencia normal. En contraposición con los períodos de ciencia normal el cambio de paradigma no constituye un episodio de desarrollo acumulativo.

Nuevamente, el paralelismo que se quiere destacar no pretende establecer una ecuación entre el análisis de Kuhn y

el de Quine, simplemente mostrar que los planteamientos de Quine, que en cierta medida pueden ser calificados de generales e intuitivos, se pueden mantener y cobran vigencia a través de un análisis más profundo y detenido, sin lugar a dudas, como el que realiza Kuhn. En este sentido, se puede equiparar la fuerza dominante en el conservadurismo que Quine propone con el carácter “dogmático” de la ciencia normal de Kuhn, y las tensiones presentes entre ciencia normal y ciencia extraordinaria con las tensiones dominantes entre simplicidad y conservadurismo. Finalmente vale destacar que una de las ideas más penetrantes de Kuhn en relación con la dinámica del conocimiento científico plantea que no es posible abandonar una teoría hasta tanto no se cuente con una teoría alternativa que resuelva el conjunto de anomalías que han puesto en crisis la teoría dominante. Considero que esta misma idea está presente en Quine, aunque de manera muy compacta y nada desarrollada, cuando plantea que:

La simplicidad no puede ponerse, como desiderátum, a la misma altura que la conformidad con la observación. La observación sirve para poner a prueba las hipótesis después de haberlas adoptado; en cambio, la simplicidad contribuye a su adopción antes de la comprobación. Pero una observación decisiva o concluyente suele ser cosa a muy largo plazo o incluso imposible; y así ocurre muchas veces que el criterio de simplicidad es el árbitro último<sup>24</sup>

La simplicidad, con todo y lo impreciso que puede ser este término, y según la clarificación que se buscó anteriormente, es la fuerza que orienta la creación de una nueva teoría, puesto que difícilmente en un sus comienzos se puede contar con la evidencia empírica como guía en la elaboración de la misma. Primero hay un periodo de configuración e implementación de la nueva teoría y posteriormente aparecerá evidencia empírica favorable o contraria para su consolidación o rechazo, que funciona de manera comparativa con la teoría dominante. La teoría especial de la relatividad de Einstein constituye el caso paradigmático que ilustra la importan-

---

<sup>24</sup> Quine, W. *Palabra y ...* op. cit., p. 33.

cia de la simplicidad en la implementación de una teoría antes de que se aporte evidencia empírica a su favor. Recordemos las palabras de Weinberg: “esta es una apreciación en la que los físicos han coincidido generalmente y, como hemos visto, es responsable en gran medida de la temprana aceptación de la teoría de Einstein”.

Universidad del Valle, Santiago de Cali

VINCENZO P. LO MONACO

## LA NATURALIZACIÓN DE LA EPISTEMOLOGÍA EN LA FILOSOFÍA DE LA PSICOLOGÍA

**Resumen:** En este artículo se ofrece una visión de la epistemología naturalizada de Quine que proporciona una representación de la conexión entre su teoría del conocimiento y la filosofía de la psicología. En relación con este tema, hay un elemento en *Del Estímulo a la Ciencia* (1998) que es enteramente novedoso: el argumento de la armonía preestablecida. El punto en discusión es la relación epistemológica del conocimiento científico con la teoría psicológica, con miras a explorar el argumento de Quine de la armonía preestablecida como base de la semejanza anatómica entre los receptores del nativo y los del traductor. No obstante, queda patente que el argumento de Quine resulta defectuoso en relación con el simple recurso a la selección natural como estrategia de fundamentación.

**Abstract:** In this paper an outline of the Quine's naturalized epistemology is presented in which it is delineate a picture of the connection of Quine's theory of knowledge and the philosophy of psychology. With respect to this topic, there is an issue in *From Stimulus to Science* (1998) that is completely novel: the preestablished harmony's argument. It is especially discuss the epistemological relation of scientific knowledge and psychological theory, in order to explore Quine's argument of preestablished harmony as basis for anatomic likeness of the native's receptors and those of the translator. Quine's argument is nevertheless shown to be defective concerning the simple appeal to natural selection as a founding strategy.

§0. "CAVE CREDAS"

Hace más de treinta años, Quine presentó su *epistemología naturalizada* en el Congreso Internacional de

Filosofía tenido en Viena. Desde ese entonces, la naturalización de la epistemología se ha convertido en una doctrina filosófica muy influyente. Como doctrina, ésta afirma que la tarea de la epistemología es fundar la ciencia natural con los mismos principios y herramientas que la ciencia natural emplea en su despliegue. Mi propósito en estas páginas es sistematizar los argumentos quineanos que dependen de la filosofía de la psicología. Naturalmente, no pretendo presentar aquí una panorámica de los problemas de la filosofía de la psicología, ni intentaré definir esa amplia y difusa zona problemática. De hecho, el proceso de naturalización de la epistemología iniciado por Quine sólo requiere apoyarse en una zona teórica de la psicología relativamente poco polémica y de aceptación bastante general, identificable en parte con la teoría del aprendizaje, y en parte con la teoría cognitiva. Como se verá dentro de poco, entenderé que hay, como ha indicado repetidamente Quine,<sup>1</sup> una suerte de “contenimiento recíproco”, con algunas notas esforzadas, de la epistemología en la psicología y de ésta en la primera. Así pues los problemas filosóficos de la psicología, como se la ha definido, pueden ser considerados como problemas psicológicos de la epistemología.

Por otra parte, el tema del cual me ocuparé es el de las estrechas relaciones que median entre la epistemología naturalizada de Quine y ese campo indefinido de la psicología conocido bajo el nombre de “psicología cognitiva”. En efecto, como queda sugerido en el título de estas reflexiones, la hipótesis adoptada como punto de partida es que la naturalización de la epistemología sólo puede tener lugar en el marco teórico de una psicología de la cognición, entendiendo por tal aquellas ramas de la psicología que hacen referencia de manera esencial a nociones o procesos psicológicos como la percepción, la categorización, la abstracción, el aprendizaje, la conducta y otros

---

<sup>1</sup> Cf. Quine, W. V. O., “Naturalización de la epistemología”, en *La relatividad ontológica y otros ensayos*. Madrid, Tecnos, 1974, p. 110.



conceptos lógicamente interconectados con éstos. En tal sentido, uso la expresión “psicología de la cognición” *ex profeso* para referirme a estas nociones o procesos, sin ninguna extensión directa ni indirecta a las cuestiones tratadas por la “psicología de la ciencia” o la “psicología del conocimiento”. Por lo tanto, mis argumentos tendrán sentido exclusivamente en referencia a aquella parte de la psicología.

En tercer lugar, mi punto de partida es el epistemológico, y particularmente la epistemología naturalizada o el naturalismo epistemológico, tal como Quine lo ha presentado en la Conferencia de Viena y defendido en su obra filosófica en los últimos treinta años. En términos más específicos, me apoyaré en dos de sus obras más recientes: *Del estímulo a la ciencia*, ensayo publicado en marzo del año pasado,<sup>2</sup> y la Conferencia dictada por Quine en el Congreso Mundial de Filosofía celebrado en Boston en el año 1998, el cual lleva por título “The Pre-established Harmony of Subjective Perceptual Similarity”. Ciertamente, no cabrá encontrar en estos escritos algo visiblemente nuevo o extraño al punto de vista desarrollado por Quine a lo largo de su obra, pero sí una presentación más sistemática y precisa, acompañada de una nueva nomenclatura para ordenar la perspectiva epistemológico-naturalista.

Por último, el naturalismo epistemológico de Quine nada tiene que hacer ni guarda ningún parentesco con el naturalismo tal como se lo entiende en el paradigma naturalista o en la metodología cualitativa adoptados y difundidos por algunos teóricos de las ciencias humanas, especialmente en psicología y educación, en referencia explícita a la confrontación entre los supuestos paradigmas cualitativo y cuantitativo.

---

<sup>2</sup> Quine, W. V. O., *Del estímulo a la ciencia*. Barcelona, Ariel, 1998.

### § 1. ¿QUÉ ES EL NATURALISMO EPISTEMOLÓGICO?

En el segundo capítulo de *Del estímulo a la ciencia*, Quine define directamente el “naturalismo epistemológico” como:

...la reconstrucción racional de la adquisición real del individuo (y/o de la especie) de una teoría fiable del mundo externo. El naturalismo plantearía la cuestión de cómo nosotros, habitantes físicos del mundo físico, podemos haber proyectado nuestra teoría científica de todo aquel mundo a partir de nuestros contactos exigüos con el mismo: a partir de los meros impactos de rayos y partículas sobre nuestras superficies y de unos cuantos indicios más, como el esfuerzo de caminar cuesta arriba.<sup>3</sup>

En la Conferencia de Viena, Quine había hablado de una bifurcación o dualidad de estructura en la fundación naturalista del conocimiento:

...la bifurcación en una teoría de conceptos, o de significado, y una teoría de doctrina o de verdad [...] ...el conocimiento natural ha de basarse de alguna manera en la experiencia sensible. Ello significa explicar la noción de cuerpo en términos sensoriales; he aquí el lado conceptual. Y significa justificar nuestro conocimiento de las verdades de la naturaleza en términos sensoriales; he aquí el lado doctrinal de la bifurcación.<sup>4</sup>

Atendiendo a las dos caracterizaciones y a la bifurcación establecida por Quine, podríamos definir el naturalismo epistemológico de dos formas distintas, una genética y la otra programática, compatibles entre sí y con la entera filosofía de Quine. En la definición genética, el naturalismo epistemológico consistiría en la convicción de que la epistemología no puede fundar nada “desde fuera del conocimiento natural”, sino que debe dirigir sus procesos y resultados a explicar su validez; debe, esto es, construirse al unísono y en sintonía con la ciencia natural o, lo que es lo mismo, “naturalizarse”. Pero si consideramos el con-

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>4</sup> Quine, “Naturalización...”, op. cit., p. 95.

cepto programática o doctrinalmente, entonces ésta no sería más que la reconstrucción racional de la forma como el individuo o la especie adquiere realmente una teoría fiable del mundo externo, una que pueda responder a la cuestión de cómo, en tanto *σώματα*, proyectamos a la entera existencia humana nuestra teoría científica de aquel mundo a partir de nuestros exiguos contactos el mismo.

Como es comprensible, el esfuerzo de Quine por proveer a la epistemología de una base natural adecuada y suficiente ha requerido del establecimiento de algunas tesis subsidiarias, directamente emparentadas con la doctrina propuesta.

Está, en primer lugar, el hecho obvio de que las caracterizaciones adoptadas implican la asunción de dos principios básicos, uno *ontológico* y el otro, *epistemológico*. El primero vendría a decirnos que *el sujeto humano y el conocimiento humano son fenómenos de la naturaleza*, entidades del mundo natural; en otras palabras, “...los cuerpos son la realidad primaria, los objetos *par excellence*” y “La ontología es una generalización de la somatología”.<sup>5</sup> El segundo, que *el sujeto humano y el conocimiento humano han de estudiarse del mismo modo que la ciencia estudia los otros fenómenos de la naturaleza*. En los términos de Quine: “Investigamos cómo el sujeto humano, que es objeto de nuestro estudio, postula los cuerpos y proyecta su física a partir de sus datos...”.<sup>6</sup> Sin la adopción de estos dos principios básicos, deja de tener sentido la naturalización de la epistemología.

Por otra parte, Quine ha dejado muy en claro que el epistemólogo no es un “exilado cósmico”, que debería evaluar de manera neutral la validez de las afirmaciones teóricas de las diversas ciencias, sino más bien un científico que, a partir del conocimiento concebido como totali-

<sup>5</sup> Quine W. V. O., *Las raíces de la referencia*. Madrid, Revista de Occidente, 1977, p. 109.

<sup>6</sup> Quine, “Naturalización...”, op. cit., p. 110.

dad, busca respuestas en sus *intersticios conjeturales*, esto es, aquellas brechas relacionales donde las complejidades contingentes o históricas oscurecen la comprensión armónica del todo de la ciencia.<sup>7</sup>

Tenemos, además, la vieja tesis de la continuidad entre la filosofía y la ciencia. Sabido es que, para Quine, no existe diferencia metódica entre filosofía y ciencia. La diferencia no es cualitativa, sino sólo “de grado”. De ahí que si los problemas epistemológicos son problemas “de intersticio”, entonces la forma en que nos aproximamos a éstos no podrá ser esencialmente diferente de la forma en que, en general, nos disponemos a abordar los problemas científicos. Escribe Quine:

La epistemología [...] entra sencillamente en juego como un capítulo de la psicología, y por tanto de la ciencia natural. Estudia un fenómeno natural, a saber, el sujeto humano físico: [...] se le suministra una cierta entrada, experimentalmente controlada –por ejemplo, ciertos patrones de irradiación de diferentes frecuencias–, y cumplido el tiempo este sujeto devuelve como salida una descripción del mundo externo tridimensional y su historia. La relación entre la magra entrada y la torrencial salida es una relación cuyo estudio nos apremia por [...] saber cómo se relaciona la evidencia con la teoría, y de qué manera la teoría de la naturaleza que uno pueda tener trasciende cualquier evidencia disponible.<sup>8</sup>

Esta concepción tiene al menos dos importantes antecedentes. El primero de éstos, debido a Russell, no parece haber merecido el reconocimiento de Quine en parte alguna de su dilatada obra filosófica, mas no por ello deja de ser asaz revelador. En efecto, la tesis de la continuidad entre filosofía y ciencia de Russell reza que no hay forma de determinar substancialmente la frontera que separa a la filosofía de la ciencia, aunque subsistan modos diversos de establecer *a posteriori* cuándo determinado conocimiento es filosófico o científico. La tesis de Russell es importante porque la naturalización de la epistemología

<sup>7</sup> Cf. Quine, *Del Estímulo...*, op. cit., p. 23.

<sup>8</sup> Quine, “Naturalización...”, op. cit., pp. 109-110.

surge directamente de consideraciones que se hacen palpables en las lecciones tenidas por Russell en 1918 sobre *La filosofía del atomismo lógico*, y en este caso sus palabras pueden ofrecernos un *introito* adecuado:

...pienso que la única diferencia entre ciencia y filosofía consiste en que la primera es lo que ustedes más o menos conocen, mientras filosofía es lo que aún desconocen. Filosofía es aquella parte de la ciencia en la que, de momento, se opta por opinar, pero sin alcanzar auténtico conocimiento. Cada progreso, pues, en el conocimiento arrebató a la filosofía unos cuantos problemas que anteriormente eran de su incumbencia ... [...] Se seguirá que un cierto número de problemas han escapado en nuestro caso del dominio de la filosofía, pasando al de la ciencia. Y, como es natural, tan pronto como se hace posible resolverlos dejan de interesar a un amplio sector de espíritus filosóficos, porque para gran número de amantes de la filosofía su encanto reside en la libertad especulativa, en la posibilidad de moverse en el terreno de las hipótesis. A ustedes les es dado pensar que esto o aquello *podría* ser verdadero, un ejercicio muy valioso hasta que se descubre que lo *es*; pero, una vez ya descubierta su verdad, queda cortado en esta zona todo el fecundo y libre juego de la fantasía [...]. Es evidente que la transferencia a la ciencia de una determinada zona del saber por parte de la filosofía tornará inhabitable dicha zona para determinados tipos de mentalidad, no menos útiles y dignos de toda consideración.<sup>9</sup>

El segundo de los antecedentes, que el amplio reconocimiento de Quine ha tornado célebre en estos predios discursivos, está representado por una sugestiva metáfora de Neurath, que de seguidas intentaré parafrasear: el filósofo y el científico no son como el constructor de navíos, que trae el barco a dique seco y lo reconstruye desde la quilla, remplazando todas sus planchas y verificando su solidez. A semejanza más bien al navegante sorprendido en un barco que hace agua, obligado a efectuar reparaciones gradualmente y por partes mientras intenta mantenerlo a flote.

Volviendo a Quine, la *lectio* extraída de la metáfora de Neurath es suficientemente conocida: el filósofo y el científico están en el mismo barco; son el marino que

<sup>9</sup> Russell, B., *Lógica y conocimiento*, Madrid. Taurus, 1966, p. 394.

“...ha de reconstruir su barco mientras flota en él”.<sup>10</sup> Fuera de metáfora, el cuerpo del conocimiento es una empresa compartida que progresa a través de cambios y modificaciones realizadas en su seno, desde el interior del cuerpo mismo, sin posibilidad alguna de aislamientos, miradas cósmicas o visiones panorámicas.

Cabría, entonces, preguntarse cómo procede esta empresa compartida. La descripción de este proceso es elegantemente expuesta por Quine y Ullian en *The Web of Belief*.<sup>11</sup> (1978). Intentaré resumirla esqueléticamente de esta forma: ambas, epistemología y ciencia, proceden fundamentalmente del mismo modo, por recurso a la formación sistemática de creencias. Se parte de la observación a la teoría, en virtud de las hipótesis y la confirmación, empleando la lógica para la sistematización de las creencias y formando una red de creencias interrelacionadas en modos apropiados. La red está vinculada al mundo externo por las estimulaciones sensoriales. El punto más cercano al perímetro de la estimulación está constituido por la observación del mundo. El punto más remoto son nuestras creencias teóricas, incluyendo las hipótesis científicas y el aparato matemático. La ciencia tiende a sistematizar, explicar y predecir lo observacional, que es en definitiva lo que confiere confirmación empírica a las creencias teóricas. La epistemología atiende la parte genética y procesal: ¿cómo es que, en tanto sujetos humanos físicos, llegamos a tener acceso a esa red de creencias variadamente interrelacionadas y qué es lo que nos capacita para afirmarlas certeramente? Quine responde:

Perseguimos un entendimiento de la ciencia como una institución o progreso en el mundo, y no pretendemos que ese entendimiento vaya a ser mejor que la ciencia, la cual es su objeto.<sup>12</sup>

---

<sup>10</sup> Quine, “Naturalización...”, op. cit., p. 111.

<sup>11</sup> Cf. Quine W. V. O. y Ullian J. S., *The Web of Belief*, Nueva York, Random House, 1970.

<sup>12</sup> Quine, “Naturalización...”, op. cit., p. 111.

En cuarto lugar, la epistemología no es una fundamentación del conocimiento, la búsqueda de una base para la ciencia más firme que la propia ciencia, sino que es una investigación sobre sus raíces y procesos, una búsqueda que consiste en abordar problemas de intersticio con la ayuda de nuestras respuestas a otros problemas. No hay, pues, reconstrucción racional alguna, ni justificación que vaya más allá de la mera descripción del modo como el colectivo humano interactúa con la red de creencias consolidadas:

Tal estudio podría seguir incluyendo, pese a todo, algo parecido a la vieja reconstrucción racional [...]; porque las construcciones imaginativas pueden aportar indicios de los procesos psicológicos reales, de una forma muy parecida a como pueden hacerlo las simulaciones mecánicas. Pero una conspicua diferencia entre la vieja epistemología y la empresa epistemológica en este nuevo planteamiento psicológico es que ahora podemos hacer libre uso de la psicología empírica.<sup>13</sup>

Por último, la epistemología es concebida como una sistematización conceptual *empirista*, puesto que requiere abrazar una opción fisicalista. Quine ha sido extremadamente explícito al respecto. Existen solamente dos formas de aproximación al conocimiento, entre sí incompatibles: la forma del conocimiento natural, que busca generalizaciones empíricas legaliformes, explicaciones y predicciones, y la forma de la fenomenología, que busca descripciones intencionales de la experiencia humana y de su contenido, desde el punto de vista propio del sujeto. La elección de Quine es simple y directa:

One may accept the Brentano thesis as showing the indispensability of intentional idioms and the importance of an autonomous science of intention, or as showing the baselessness of intentional idioms and the emptiness of a science of intention. My attitude, unlike the Brentano's, is the second.[...] If we are limning the true and ultimate structure of reality, the canonical scheme for us is the austere scheme that knows no quotation but direct quotation and no propositional

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 110.

attitude but only the physical constitution and behaviour of organisms.<sup>14</sup>

Ahora bien, si la psicología es un capítulo de la ciencia natural, entonces la forma de la psicología es la forma de las generalizaciones empíricas legaliformes, esto es, la investigación de las redes neurales del sujeto y del impacto del mundo externo en la estimulación de los receptores sensibles del sujeto humano en tanto cuerpo. En esto consiste justamente la naturalización de la epistemología:

Perceptions are neural realities, and so are individual instances of beliefs and other propositional attitudes.[...] Physicalistic explanation of neural events and states goes blithely forward with no intrusion of mental laws or intensional concepts.<sup>15</sup>

## **§ 2. LOS ELEMENTOS BÁSICOS DE LA EPISTEMOLOGÍA COMO CONSTRUCCIÓN PROYECTIVA DEL CONOCIMIENTO.**

Se ha estado insistiendo en que no hay, para Quine, obstáculos definitivos en el camino hacia una construcción formal del conocimiento en una epistemología naturalizada, pero no se ha dicho todavía como procedería tal construcción. Para explicar esto, retomaré el discurso de Quine remitiéndome al *Aufbau* de Carnap. Como es bien sabido, en la reconstrucción carnapiana, los elementos básicos del conocimiento eran las *experiencias elementales instantáneas*, concebidas como sensaciones simples que confieren contenido a los enunciados protocolares o de base. Quine sustituye las experiencias sensibles carnapianas por los *estímulos globales*, definidos como “conjuntos ordenados de receptores activados y no activados”:

El dato sensorial se procesa en el cerebro, pero lo que distingue un dato sensorial puro de otro es sólo cuáles de sus receptores estaban activados y cuáles no. Aquí tenemos un correlato físico adecuado de

<sup>14</sup> Quine W. V. O., *Word and Object*, Cambridge, MIT Press, 1960, p. 45.

<sup>15</sup> Quine W. V. O., *Pursuith of Truth*, Cambridge, Harvard University Press, 1990, p. 29.



la experiencia global sensorial de un momento. Lo denomino *estímulo global*.<sup>16</sup>

Ahora bien, los estímulos globales guardan entre sí determinadas relaciones, la más importante de las cuales es la *similitud perceptiva*. Esta se da cuando una parte de un estímulo global es similar a una parte de otro.<sup>17</sup> La similitud perceptiva, como relación física entre estímulos globales, descansa a su vez en la *similitud receptiva*, que no es otra cosa que el número de terminaciones nerviosas que los subconjuntos de partes de estímulos globales comparten entre sí.<sup>18</sup> La ventaja es que los criterios de similitud perceptiva son en principio comprobables objetivamente a través de los movimientos corporales o verbales causados por un proceso de estimulación global.

Hay aquí algo interesante. No toda estimulación global es “perceptivamente eficaz”, sino sólo aquellas que producen una *semejanza prominente*. Más en detalle, las estimulaciones globales perceptivamente eficaces son aquellas que producen una *prominencia compartida*, relación que se da cuando hay al mismo tiempo similitud perceptiva y diferencia receptiva, esto es, cuando un conjunto de estímulos globales guarda con otro conjunto una *semejanza perceptiva*, mas no una semejanza receptiva. La relación de prominencia compartida es fundamental para el origen del conocimiento debido a tres importantes razones: es el factor operativo de la definición ostensiva, fijando la referencia; hace posible clasificar las modalidades sensoriales (visuales, táctiles, auditivas, etc.); en fin, constituye la base del aprendizaje.<sup>19</sup>

He aquí un problema decisivo. Al igual que el estímulo global, la similitud perceptiva es, en parte, innata y, por lo tanto, privada. ¿Cómo puede darse entonces la coordi-

<sup>16</sup> Quine, *Del Estímulo...*, op. cit., p. 24.

<sup>17</sup> Cf. *ibidem*.

<sup>18</sup> Cf. *ibid.* pp. 24-25.

<sup>19</sup> Cf. *ibid.* pp. 25-27.

nación de la conducta? Interviene en este punto una extraña teoría filosófica que Quine presentó por vez primera en 1996, en un artículo titulado “Progress on two fronts”,<sup>20</sup> y a la cual dedicó su Conferencia en el Congreso Mundial de 1998. Baste decir por ahora que, según esta exótica teoría, la coordinación de la conducta colectiva es un proceso lento y gradual favorecido por la existencia de una *armonía preestablecida de criterios de similitud perceptiva*, que se explica a su vez por la selección natural.<sup>21</sup> La existencia de tal armonía tendría, según Quine, amplio respaldo empírico.

En este punto, entra en acción el lenguaje. Las unidades más simples de captación observacional contextual son las *oraciones observacionales*, aquellas que reportan eventos observables intersubjetivamente gracias a los criterios de similitud perceptiva. Ahora bien, la unión de dos oraciones observacionales para expresar una expectativa general da lugar a las *oraciones categóricas observacionales*, donde siempre que la primera oración esa verdadera, la otra resultará también satisfecha. Las categóricas observacionales tienen una importancia cognitiva extraordinaria: constituyen la base de la expectación inductiva; si reforzadas, se convierten en oraciones *categóricas focales* y, en cuanto tales, los únicos puntos de control empírico de las teorías científicas y la base de la intersubjetividad. En efecto, su importancia reside en el hecho que constituyen un criterio de atribución de contenido empírico, en la medida en que la carga empírica de una o de un conjunto de categóricas observacionales es ahora redefinida como su “masa crítica”, es decir, como la *categórica observacional sintética* que resulta implicada.<sup>22</sup>

En conclusión, tenemos así un bosquejo de la cadena causal que va de los impactos de los rayos y las partículas

<sup>20</sup> En *The Journal of Philosophy*, Vol. XCIII, 4(1996), pp. 159-163.

<sup>21</sup> Cf. *ibid.*, págs. 160-161. También *Del Estímulo...*, cit., pp. 28-29.

<sup>22</sup> Cf. Quine, *Del Estímulo...*, op. cit., pp. 27-37.

sobre nuestros receptores a una teoría rudimentaria de nuestro conocimiento del mundo externo. El resto se obtiene por un proceso de *reificación* en una cadena causal abstractamente ascendente que une la *categoría focal*, el *pronombre esencial*, la *cuantificación* y la *identidad*.<sup>23</sup>

### § 3. ARMONÍA SIN INTERACCIÓN

A los filósofos siempre les ha atraído la tesis de la armonía preestablecida. El objetivo de esta tesis generalmente ha sido apoyar o fundamentar algún punto débil o precario de alguna doctrina filosófica, sea ésta metafísica, ética o epistemológica. Pero la tesis es en realidad un constructo metafísico, razón por la cual no cabrá esperar verificarla, falsarla o declararla verdadera o falsa. Si la tesis es buena podemos sólo, en el mejor de los casos, desear que sus implicaciones sean fecundas para la teoría filosófica que intenta apoyar o fundamentar. Así fue en Leibniz, donde confiere perfecta organicidad monadológica a las viejas *entelequias* aristotélicas. Lo fue también en Whitehead, llamada a sostener la plausibilidad de “la gran aventura cósmica” por encima de las individualidades. No podríamos esperar menos de ella en el nuevo papel que Quine le asigna en la ontogénesis del conocimiento.

Para entender este nuevo papel, permítaseme regresar al *Aufbau* de Carnap. En su reconstrucción lógica del conocimiento, Carnap consideraba que las experiencias perceptivas proporcionaban el anclaje perfecto entre lenguaje y *empirie*, entre las oraciones protocolares y las experiencias del sujeto. Hay pues una relación decisiva entre los enunciados básicos y las experiencias elementales. No obstante, sólo los enunciados están llamados a justificar lógicamente otros enunciados. ¿Cómo puede entonces explicarse ese salto?

---

<sup>23</sup> Cf. *ibid.*, cap. III.

El primero en caer en cuenta de semejante dificultad fue Popper. A su juicio, los empiristas lógicos difícilmente habrían podido escapar del callejón sin salida que ellos mismos habían contribuido a levantar, pues los enunciados básicos no son en realidad ni oraciones elementales ni oraciones protocolares. El punto es que ningún enunciado simple podrá jamás describir nuestra experiencia subjetiva, pues el lenguaje trasciende en general el estado de cosas de que trata. Este argumento destruye las esperanzas depositadas por Carnap en los enunciados protocolares definidos como “enunciados que no necesitan confirmación, pero sirven de base a todos los otros enunciados de la ciencia”. De hecho, Popper resumió brillantemente su crítica a la doctrina carnapiana de la constitución en estos términos:

...la teoría de los enunciados protocolares no es otra cosa que el psicologismo traducido al modo formal de hablar...<sup>24</sup>

Podemos aprender mucho de la crítica de Popper acerca de lo que representan los enunciados de base. Habiendo acentuado la inanidad de la empresa reduccionista, ¿qué otra salida nos quedaría? No resulta apropiado esperar que consideraciones lógicas o lingüísticas indiquen la vía o el procedimiento para fundar el conocimiento, pero Quine nos autoriza a aprender del error empirista mucho más de lo que el propio Popper pudo deducir a favor de su solución convencionalista, a saber:

...¿por qué toda esta reconstrucción creadora, por qué todas estas pretensiones? [...] ¿Por qué no ver simplemente cómo se desarrolla en realidad esta construcción? ¿Por qué no apelar a la psicología? Una tal entrega de la carga epistemológica a la psicología es un paso que en anteriores tiempos no estaba permitido [...]. Sin embargo, estos escrúpulos contra la circularidad tienen escasa importancia una vez que hemos dejado de soñar en deducir la ciencia a partir de observaciones. [...] Si todo lo que esperamos es una reconstrucción que vin-

---

<sup>24</sup> Popper, K. R., *La lógica de la investigación científica*. Madrid, Tecnos, 1980, p. 95.

cule la ciencia a la experiencia por procedimientos explícitos, entonces parecería más sensato apelar a la psicología. Mejor es descubrir cómo se desarrolla y se aprende de hecho la ciencia que fabricar una estructura ficticia que produzca un efecto similar.<sup>25</sup>

La consideración crucial en que se apoya el argumento de Quine a favor de la psicología es que hay algo en el empirismo lógico que sigue firmemente en pie, a saber: que *la evidencia*, cualquiera que sea, *es siempre evidencia sensorial*, y que *el significado depende*, en última instancia, *de la experiencia sensible*.<sup>26</sup> Si estamos todavía en posición de mantener estos dos principios cardinales del empirismo, entonces podemos ahora replantear nuestro problema de otra forma. Nuestra cuestión no es ya cómo vincular los enunciados de observación con los hechos correspondientes, sino que es ahora cómo proporcionar evidencia relevante para la coordinación de la conducta lingüística. Desde luego, la evidencia de que hablamos habrá de ser descriptible en términos no semánticos o no lingüísticos, si es que en verdad queremos romper la circularidad ya observada por Popper.

Quine retoma la cuestión parafraseándola en los términos del problema de la traducción interlingüística:

A rabbit appears, the native says 'Gavagay', and the translator conjectures 'Rabbit'. On a latter occasion they espy another rabbit, the translator says 'Gavagay', and the native concurs. The two occasions are *perceptually similar* for the native, by his subjective standars of perceptual similarity, and likewise for the translator by his independently testable subjective standars of perceptual similarity. Anatomic likeness of the native receptor's and those of the translator could have helped to account for this agreement, but that is out. What then does?<sup>27</sup>

De nuevo, Quine nos pide que tengamos en cuenta la interesante diferencia entre la reconstrucción del empiris-

<sup>25</sup> Quine, "Naturalización...", op. cit., p. 101.

<sup>26</sup> Cf. *ibid.*, p. 100.

<sup>27</sup> Quine, "Progress...", op. cit., p. 160.

ta lógico y su propia construcción naturalista. No hay en este ejemplo elementos deícticos o demostrativos que, relativizados a hablantes y tiempo, permitan fundamentar enunciados protocolares. Pero sí hay oraciones observacionales ordinarias que, en conjunto, permiten construir categóricas observacionales, esperando -o incluso procurando- una ocasión en que el primer individuo asienta, y contrastando paralelamente el asentimiento del segundo individuo.

Ahora bien, ¿qué es lo que hace que los miembros de una comunidad lingüística puedan coincidir sobre la verdad o falsedad de este tipo de oraciones observacionales en el momento en que se las profiere, “...si tienen una percepción normal y son testigos de la ocasión”. Quine cree tener a mano la respuesta correcta:

What we have is a preestablished *harmony* of standars of perceptual similarity, independent of intersubjective likeness of receptors or sensations. Shades of G.W. Leibniz, thus, but whithout appeal to divine intervention. The harmony is explained by a yet deeper, but more faltering preestablished harmony between perceptual similarity and the environment. This, in turn, is accounted for by natural selection [...].<sup>28</sup>

Esta respuesta puede no satisfacer por completo nuestras dudas. Si dejamos momentáneamente de lado la coincidencia de los cánones de similaridad perceptiva por considerarla fundada en la armonía preestablecida, queda sin embargo el problema de comprender cómo es que ese algo “más profundo” habría de explicar la armonía misma. No es cosa de polemizar con la hipótesis de Quine ni de desconfiar de las virtudes elucidatorias de una tesis tan refinada como la selección natural, firmemente basada en la teoría de la evolución; pero no es fácil ver cómo la armonía preestablecida, que se nos sugiere como la principal base evidencial de la concordancia en la conducta verbal pública, pueda recibir respaldo empírico de la se-

---

<sup>28</sup> *Ibidem.*

lección natural. Quine lo explica como sigue:

We have, to begin with, an *inductive* instinct: we tend to expect perceptually similar stimulations to have sequels that are similar to each other. This is the basis of expectation, habit formation and learning. Successful expectation has always had survival value, notably in the elusion of predators and the capture of prey. Natural selection has accordingly favored innate standards of perceptual similarity which have tended to harmonize with trends in the environment. Hence the success, so much better than random, of our inductions and expectations. Derivatively, then, through our sharing of an ancestral gene pool, our innate standards of perceptual similarity harmonize also intersubjectively.<sup>29</sup>

“Armonía sin interacción”, la ha definido Quine, decretada innata por la selección natural, heredada genéticamente y reforzada por el ambiente. Muy bien, todo esto puede ser cierto, pero dista mucho de conformar una explicación. Puede que la selección natural sea realmente “el solvente de Darwin para la metafísica”,<sup>30</sup> pero ésta -a secas- no deja de ser una mera consigna.

Ni en *Del estímulo a la ciencia* ni en la Conferencia de Boston, Quine ha sido capaz de proporcionar algo más que una indicación sugestiva para apoyar la tesis de la armonía preestablecida. No quiero decir con esto que la doctrina no pueda justificarse o que se desprenda de ello que el recurso a la armonía preestablecida sea en sí mismo desesperado o descabellado. Lo que sugiero es que la idea de Quine necesita apoyarse en un marco discursivo mucho más amplio y complejo que la epistemología empírica basada en la selección natural. Intentare de seguidas esbozar brevemente este marco discursivo.

Está claro que hay en el discurso de Quine razones obvias para pensar que la historia natural del sujeto humano y del conocimiento humano se configura como una historia de producción recíproca de vínculos y de posibilidades a través de la coevolución de los sistemas vivientes

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 161.

<sup>30</sup> *Ibidem.*

y de sus ambientes, una historia que no puede ser garantizada por ningún “programa”, sea interno que externo. La creación de estructuras sumamente articuladas y complejas, la predicción de novedades o “saltos” evolutivos, no puede ser deducida por un análisis lógico de las estructuras preexistentes. Es en este sentido que toda la ciencia contemporánea se configura como conocimiento de la génesis de las estructuras, como conocimiento de la génesis de estructuras siempre nuevas. La armonía preestablecida consiste, a mi juicio, no tanto en la identificación de aquellos elementos innatos en la psicogénesis del conocimiento que propician la coordinación de la conducta, cuanto en la posibilidad de pensar una reinterpretación radical de la relación entre conocimiento y realidad en el sentido de permitirnos proporcionar un criterio de evaluación de la *adaptación cognitiva* o *coevolución*. Es en este mismo sentido que J. Piaget ha afirmado que el ambiente no provoca simplemente el registro de improntas o la formación de copias, sino que inserta ajustes *activos*. Se invierte así la imagen de los procesos evolutivos. La imagen clásica está construida sobre la *direccionalidad* de los procesos evolutivos en una hipotética *optimización* progresiva de la adaptación de los sistemas en relación con el ambiente. La propuesta piagetiana nos habla más bien de una imagen de los procesos evolutivos como procesos de *coevolución* entre los sistemas y, dentro de éstos, entre sus partes, en función de la conservación de las continuidades y de la clausura de los ciclos que definen la organización de los sistemas mismos. Armonía, por lo tanto, sí, ciertamente; mas no sin interacción, ni mucho menos preestablecida. Armonía como coevolución, como *bricolage*, como *natural drift* o, mejor aún, como *viability*. Por lo demás, la epistemología naturalizada de Quine parece encajar adecuadamente en este marco discursivo. Como lo ha abiertamente confesado:

My global structuralism should not [...] be seen as a structuralist ontology. To see it thus would be rise above and revert to the sin of



transcendental metaphysics. My tentative ontology continues to consist of quarks and their compounds, also classes of such things, classes of such classes, and so on, pending evidence to contrary. My global structuralism is a naturalistic thesis about the mundane human activity, within our world of quarks, of divising theories of quarks and the like in the light of physical impacts on our physical surfaces.<sup>31</sup>

Instituto de Filosofía  
Universidad Central de Venezuela

---

<sup>31</sup> Quine, W. V. O., "Structure and Nature". *The Journal of Philosophy*, Vol. LXXXIX, 1(1992), p. 9.



NOTAS Y DISCUSIONES

JUAN JOSÉ ACERO F.

WITTGENSTEIN, KRIPKE Y LA RELACIÓN NOMINAL\*

La filosofía del lenguaje de las tres últimas décadas imparte la lección de que Wittgenstein, y en concreto el Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas* y otros escritos tardíos (véase Wittgenstein 1967a; 1967b; 1980) y Kripke militan en bandos opuestos en lo que concierne a las cuestiones que configuran la teoría de la referencia y, más en concreto, al mecanismo de la relación nominal, es decir, de la naturaleza del vínculo que une a las expresiones designadoras (es decir, nombres propios, descripciones definidas y términos singulares deícticos y demostrativos) y a las cosas que designan. El mismo Kripke dió pie a un juicio así en la conferencia inicial de *El nombrar y la necesidad* (véase Kripke 1980) cuando alineó a Wittgenstein entre los abanderados de la doctrina de que el prototipo de expresión designadora por excelencia es la descripción definida, y que designar, referir o nombrar es lo que una expresión hace por describir de forma unívoca. Como es sabido, una parte señalada del debate abierto por esta concepción de la referencia afecta a esa subclase de los términos singulares que forman los nombres propios. ¿Refiere un nombre propio a un objeto, persona, lugar o lo que sea por ser, aunque de forma encubierta, una descripción definida? En opinión de Kripke, Frege y Russell tomaron este camino, si no en la letra por lo menos en el espíritu; y el espíritu

---

\* Este trabajo fue expuesto en el I Congreso Iberoamericano de Filosofía, Celebrado en Cáceres, en Septiembre de 1998, y en Florencia, en el V Colloquio Italo-español de filosofía analítica, un mes más tarde. Expreso aquí mi agradecimiento a las audiencias de dichas ocasiones, por sus observaciones y críticas; y en particular, y exonerándoles de toda responsabilidad por lo aquí expuesto, a M<sup>a</sup> José Frápolli, Paolo Leonardi, Carlos Moya y Manuel Pérez Otero.

aquí quedaría más explícitamente reflejado en lo que se suele denominar teoría del haz (cúmulo, ramillete) de descripciones. Para Kripke (1980: 35), Frege asumió que un mismo nombre propio podría tener sentidos distintos para dos o más hablantes y que, a causa de ello, cada cual reemplazaría ese nombre por una descripción definida diferente. Unos estarían dispuestos a sustituir 'Aristóteles' por 'el maestro de Alejandro Magno' en cada enunciado en que interviniese dicho nombre; otros lo harían, quizás, por algo como 'el más destacado de los discípulos de Platón'. Estas oscilaciones de sentido serían tolerables para Frege siempre que el referente del nombre, el hombre descrito, fuese el mismo. Lo serían porque dejarían intacto el valor de verdad del pensamiento que expresaría el enunciado expresado por el enunciado original.

Ahora bien, Kripke objeta a esta consideración que un nombre propio no puede tener el sentido que expresaría una descripción definida. Su objeción (Kripke 1980: 35) es que esta propuesta malinterpreta de forma sistemática el estatuto lógico-semántico de un sinnúmero de enunciados. Tomemos como ejemplo el enunciado 'Aristóteles fue maestro de Alejandro Magno'; y supongamos a continuación que 'Aristóteles' fuese sinónimo de –es decir: tuviera el mismo sentido que– la descripción 'el maestro de Alejandro Magno'. Tras sustituir el nombre por la descripción definida, obtendríamos el enunciado 'el maestro de Alejandro Magno fue maestro de Alejandro Magno'. Y este enunciado, como dice Kripke, es una simple tautología. El enunciado inicial era verdadero y el resultado lo es también sin duda. Pero aquel no era tautológicamente verdadero, mientras que éste sí que lo es. La sustitución ha alterado el estatuto semántico de enunciado inicial. ¡Y se supone que reemplazábamos sinónimos por sinónimos! ¡Así que la tolerancia de Frege contenía un error de cálculo!

Es entonces cuando Kripke, para mostrar cómo pueden superar esta dificultad los partidarios de la teoría descriptiva de los nombres propios, menciona por vez primera a Wittgenstein:

La manera más común de salir de esta dificultad es decir: «En realidad no es una falla del lenguaje ordinario el que no podamos sustituir una descripción *particular* por un nombre; eso está bien. Lo que en realidad asociamos al nombre es una *familia* de descripciones.» Un buen ejemplo de

esto se halla [...] en las *Investigaciones filosóficas*, donde se introduce con mucha fuerza la idea de parecido de familia. (Kripke 1980: 35)

Tras lo cual Kripke pasa a citar un fragmento de la famosa sección 79 de la obra citada en este pasaje, las *Investigaciones filosóficas*, sección que nos dice, entre otras cosas, cómo hemos de analizar enunciados como 'Moisés no existió', supuestamente tan paradójicos. La vinculación del nombre de Wittgenstein con la teoría descriptiva de la referencia, en la versión del haz de descripciones, queda consagrada con esto. Otros filósofos han sostenido idéntica, si no muy parecida, opinión.<sup>1</sup>

Pues bien, el objetivo que persigo en estas páginas es el de contribuir a modificar este juicio sobre Wittgenstein. A mi modo de ver, y en lo que concierne a la teoría de la referencia, los pensamientos de Wittgenstein y Kripke no se hallan tan diametralmente opuestos como sugiere el juicio de este segundo, que acabo de exponer. Con vistas tal fin, haré dos cosas. En primer lugar, analizaré despacio el contenido de la sección §79 de las *Investigaciones filosóficas*, para concluir que lo que en ella se dice sobre el mecanismo de la referencia nominal no permite pensar que las habilidades en que descansa el uso de los nombres propios sean las habilidades del describir. En segundo lugar, señalaré que los pasajes de la producción wittgensteiniana que se ocupan específicamente de la cuestión de la referencia se decantan en su gran mayoría –y de una forma que a mí me parece concluyente– por habilidades de otros tipos. En consecuencia, no creo que fuese Wittgenstein ni formulador ni partidario de la teoría del ramillete de descripciones. Los pasajes en los que se ocupó este autor de la naturaleza de la relación referencial, y particularmente de lo que denominaré *referencia en el pensamiento*, emergen en el curso de sus reflexiones sobre la filosofía de lo mental y se encuentran en otros lugares de su obra: en el final de la

<sup>1</sup> G. P. Baker y P. M. S. Hacker son posiblemente los casos más claros. Véase Baker & Hacker (1980: cap. 3); Salmon (1982: 10); García Suárez A. (1997: 91); Frápolli M<sup>a</sup> J. & Romero E. (1998: 155) Idéntica vinculación se acepta en Devitt & Sterelny (1987: 43), si bien estos autores consideran críptica la posición de Wittgenstein en la sección mencionada. Searle se refiere igualmente a ella durante su defensa (Searle 1967: 92) de la teoría del haz de descripciones, pero no para poner a Wittgenstein de su parte, sino para ayudarse en la réplica a una objeción hecha a la teoría. En la primera de sus Conferencias John Locke volvemos a encontrar a Kripke adscribiendo a Wittgenstein a la posición doctrinal señalada. Yo mismo fui portavoz de esa adscripción en mis cursos de Filosofía del Lenguaje durante los primeros años ochenta.

Parte I de las *Investigaciones filosóficas* y en otros escritos publicados con posterioridad a la aparición de esta obra (Wittgenstein 1967b; 1974; 1980). Espero mostrar que tampoco ellos prestan ningún apoyo a esa idea de que Wittgenstein y Kripke ocupan puntos extremos del espectro de posiciones filosóficas.

### *Investigaciones filosóficas §79*

La lectura canónica de la sección §79 de *Investigaciones filosóficas* se resumiría, según el punto de vista que se atribuye a Wittgenstein, en algo como lo siguiente. §79(a) comienza planteando el problema de establecer cuáles son las condiciones de verdad –para Wittgenstein, el significado– de los enunciados de existencia negativos (como 'Moisés no existió') y haciéndose eco de la propuesta de Russell de que un nombre "puede ser definido mediante diversas descripciones." La consecuencia que luego se extrae para el problema inicial es que un enunciado del tipo mencionado significa algo diferente dependiendo de la descripción que sustituya al nombre en el enunciado. Parece indiscutible que Wittgenstein sostiene aquí que un enunciado que contenga un nombre propio *N* (como 'Moisés') puede significar cosas distintas dependiendo de la descripción (el hombre que condujo a los israelitas a través del desierto, 'el hombre que vivió en ese tiempo y en ese lugar y que fue llamado entonces «Moisés», etc.) que venga a reemplazar al nombre. Tras ello, el párrafo siguiente, § 79(b), se enfrenta a dos problemas a los que queda sujeta la propuesta hecha en § 79(a): el de elegir la descripción o descripciones que constituyen el significado del nombre y el de establecer hasta qué punto toleraríamos que una descripción hiciera uso de información falsa sobre el referente del nombre podría sustituirse por éste sin que por ello el enunciado que contiene el nombre devenga falso con la sustitución. Así, dado todo un catálogo de descripciones que indican en qué lugares he visto al portador de *N*, qué aspecto presentaba en ciertas fotografías, qué cosas ha hecho en su vida y el hecho de que en la vida social era llamado «*N*», Wittgenstein se pregunta, y pregunta a quien le lee, si deberíamos enumerar todo esto en una descripción definida que sustituyera a *N* o si bastaría con elegir parte de ello en una ocasión y otra parte en una ocasión distinta. Y se pregunta, así mismo, si de haber cosas falsas en toda esta información ello bastaría para que fuese falso cualquier enunciado en el se integrara el nombre *N*. Las respuestas de Wittgenstein a ambas preguntas, no totalmente explícitas en § 79(b) pero ya sí en § 79(c), es que el significado de un nombre

—es decir, su uso— no es algo fijo, que no hay una descripción (o un conjunto de ellas) que contenga *el* análisis del nombre y que, por lo tanto, la falsedad de la información contenida en algunas de (¿o en todas?) las descripciones no le roba al nombre su uso. Para ilustrar esto, Wittgenstein traza un símil entre el uso de un nombre propio y el de una mesa de cuatro patas a la que se le priva de una de ellas. Se tambalea, pero se la pueda seguir utilizando. A esto añade también §79(b) que andar tras un uso fijo e inequívoco de un nombre propio *N* es andar tras un uso fijo e inequívoco de *N*. Es decir, tras algo que no existe. Todo lo que cabe hacer, cuando a uno se le pregunta cómo entiende *N* es indicar de quién o de qué hablo al usar *N*, en qué ocasiones lo hago, etc. Pero este uso no es algo fijo, sin zonas de penumbra. Y, además, el hecho de que use un nombre propio sin un significado fijo no hace de él una herramienta inútil. En efecto, prosiguiendo con esta línea argumentativa, Wittgenstein considera en §79(d) la cuestión de si del hecho de que el nombre *N* se use sin un significado fijo se sigue que cuando alguien utiliza este nombre habla sin sentido. Y su respuesta es que no importa cómo respondamos a esta pregunta; que los hechos relevantes hay que buscarlos por otro lado. Qué lado es ése se ilustra finalmente en §79(e), en donde se apunta una pauta de la dinámica de la actividad científica de la que puede extraerse la lección que a él le importa: a saber, un tipo de evento que en cierto momento se considera contingentemente vinculado a otro tipo en un momento diferente se lo usa para definirlo. La moraleja que parece extraerse de aquí es que el estatuto de un enunciado científico, si una verdad dependiente de los hechos o una con la naturaleza de una definición, no es ni una propiedad inmutable ni algo intrínseco, que el enunciado posee por sí solo, sino una propiedad que sobreviene de cómo usen el enunciado quienes utilizan la teoría a los fines que les conciernan. Es más, una propiedad cuya atribución se mueve dentro de márgenes inevitablemente vagos.

¿Qué hay en todo esto que avale la adscripción de Wittgenstein al bando de los partidarios de las teorías descriptivas de la referencia frente, por ejemplo, a los de las teorías causales? En mi opinión, realmente nada. Las únicas afirmaciones constructivas que en sentido estricto pueden atribuirse, a la vista del texto, a Wittgenstein son las dos siguientes. En primer lugar, la de que "[u]so el nombre *N* sin significado fijo" (§ 79(c)). Y, en segundo lugar, que eso que no queda fijo es la descripción que se asocia al nombre como significado suyo, descripción que puede sustituirse por el nombre (§ 79(a)). Por sí solas, ambas cosas resultan insuficientes para adscribir a

sí solas, ambas cosas resultan insuficientes para adscribir a Wittgenstein a una posición teórica definida a propósito del mecanismo de la referencia de los nombres propios. (¿Por qué tendría que extrañarle tal cosa al lector de Wittgenstein?) Esta impresión se refuerza tras caer en la cuenta de que en los dos primeros párrafos de la sección (§ 79(a,b)) nada se dice que haga pensar que Wittgenstein está articulando una teoría propia. § 79(a) se limita a exponer, al hilo del problema del análisis de los enunciados de existencia negativos, la versión russelliana de la teoría descriptiva y arrojar algunas sombras sobre ella. El párrafo § 79(b) se detiene en las dificultades reseñadas, tras lo cual § 79(c) *no* propone nada que se asemeje a una teoría alternativa. ¿Cuál es, entonces, el objetivo que persigue § 79?

La respuesta no se encuentra en §79. Y tampoco en §78<sup>2</sup>. Se halla en §77, que recomienda esto<sup>3</sup>:

Pregúntate siempre en esta dificultad: ¿Cómo hemos *aprendido* el significado de esta palabra ('bueno', por ejemplo)? ¿A partir de qué ejemplos; en qué juegos de lenguaje? Verás entonces fácilmente que la palabra ha de tener una familia de significados.

La dificultad a la que aquí se alude es la clásica de que muchos de nuestros conceptos (o de nuestros términos) no pueden definirse especificando un conjunto de condiciones necesarias y suficientes bajo las cuales se prediquen; que a lo sumo resumen parecidos o vínculos de familia. Todo este central tema de las *Investigaciones*, cuya discusión la inicia Wittgenstein en §65, le lleva a recomendarse y recomendarnos, como la cita anterior ilustra, que nos preguntemos por la manera en que aprendemos a usar las palabras que contienen nuestros conceptos, por los ejemplos que se usan a modo de paradigmas, por las prácticas –juegos de lenguaje– en que se presentan. La observación §78 proporciona un ejemplo de la nueva forma de abordar el análisis conceptual. Y, según mi lectura de esta parte de la obra, §79 hace otro tanto, aunque ahora la cuestión sea, dicho con sus palabras, la de la definición de los nombres propios. De hecho, esta observación comienza de un modo inequívoco:

<sup>2</sup> Como se propone en Baker & Hacker (1980: 426).

<sup>3</sup> Mis puntos de vista se aproximan considerablemente a los resultados del análisis que se lleva a cabo en Hallett (1977: 158 y ss.), que considero que capta mucho mejor el objetivo de las observaciones de Wittgenstein que las explicaciones ofrecidas por otros comentaristas.



"Considera este ejemplo:" Así que entiendo que Wittgenstein, al proponerse ilustrar la misma conclusión general presentada en §77, toma como campo de pruebas la teoría descriptiva de los nombres propios, en la versión de Russell; y entiendo, así mismo, que su afirmación más constructiva –que usamos los nombres sin un significado fijo, es decir, sin atarlos, como si dijésemos, a una única descripción o a un conjunto preciso de descripciones– está en consonancia con la estrategia adelantada en §77: aprendemos a usar los nombres en circunstancias muy diversas, asociados a información, a descripciones de su portador, que guardan con él en ocasiones una relación puramente circunstancial –algo más propio de la definición nominal– y en ocasiones una relación mucho más estrecha –más propia de la definición esencial–, como quiere ilustrarse en el párrafo § 79(e), que hace referencia a la definición científica. Pero no podemos hacer de esto un canon, pues a menudo también aprendemos a usar un nombre propio por la vía de la ostensión, no sabiendo nada que convenga en exclusiva a quien lo lleva.

Lo más importante, sin embargo, es que §79 no respalda en absoluto ninguna teoría de la referencia *en particular* y, por lo tanto, es compatible con (¿casi?) todas. Desde luego, no respalda la teoría descriptiva de la referencia, pues nada hay en toda la observación que comprometa a Wittgenstein con la idea de que la satisfacción por un objeto, persona, lugar, suceso, etc. de una condición descriptiva es lo que hace de una expresión *N* nombre de un objeto *x*. (Dicho de otro modo: en §79 no se detecta la presencia de la idea fregeana de que el sentido determina el referente, sea el sentido algo perfectamente definido y estable o, por el contrario, algo indeterminado y cambiante.) Un nombre tendría un uso incluso en el caso de que en el repertorio del usuario haya descripciones que contengan información falsa, aunque incidental, sobre el referente del nombre. Wittgenstein no deja lugar a dudas en cuento a esto:

–Si se me pregunta por lo que entiendo por *N*, yo enumeraría todo eso o parte de ello, y diferentes cosas en diferentes ocasiones. Mi definición de *N* sería tal vez: «el hombre para el que vale todo esto». –¡Y si ahora algo de ello resulta falso! –¡Estaré dispuesto a dar por falsa la proposición «*N* ha muerto» –aunque resultase falso sólo algo que me parece no sustancial?– *Si hubiese dado una explicación del nombre en un caso así, ahora estaría dispuesto a alterarla* (§ 79(b). La cursiva es mía).

Ahora bien, la afirmación inequívoca de que uso un nombre sin un significado fijo<sup>4</sup> parece alimentar la idea de que la frontera entre lo incidental y lo que no lo es borrosa y mudable. (El caso expuesto brevemente en §79(e) abunda en lo mismo.) Y esto proporciona un apoyo notable a mi argumento. En efecto, supongamos que se abre la posibilidad de que una descripción que se considere unida a un nombre *N* de forma no incidental, sino por medio de analítico o definicional, pueda dejar de serlo si cambia de lugar la frontera entre lo incidental y lo que no lo es. Se sigue de ello que *ninguna* descripción en particular contiene el significado de un nombre *N*. Pero lo que Wittgenstein concluye en el texto que acabo de citar es que *si se me pregunta de qué o quién hablo con «N» dispongo todavía de espacio de maniobra para ofrecer una definición diferente; es decir, para explicar el uso que hago de él*. Por consiguiente, incluso en la situación extrema de que la información asociada a *N* resulte ser toda ella falsa, el nombre puede continuar teniendo un uso en nuestra práctica comunicativa, aunque ese uso anote en nuestro debe la obligación de encontrar un análisis apropiado –Wittgenstein dice: una definición– del significado del nombre. Esto guarda una correcta consonancia con la tesis, que defenderé más abajo, de que los puntos de vista de Wittgenstein y Kripke sobre el nombrar no son tan distantes como se cree.

Si esto es todo lo que §79 encierra, como creo que es el caso, esta sección no contiene ninguna versión de la teoría de descriptiva de la referencia para los nombres, es decir, ninguna teoría general de cómo una expresión se convierte en nombre de alguien o de algo por la acción intermedia de una descripción o de un ramillete de ellas. Todo lo que contiene de propuesta constructiva con la cual elaborar –aunque, eso sí, contra la recomendación del propio Wittgenstein– una teoría de la relación nominal es la afirmación de que

<sup>4</sup> Que ésta es la principal lección que Wittgenstein quiere impartir lo sugiere también el hecho de que en §87 vuelve sobre el análisis de los nombres propios mediante descripciones definidas para, una vez más, rechazar que la definición de un nombre por el procedimiento de Russell exija que las expresiones que intervienen en la definición deban tener –ellas mismas o las que, a su vez, proporcionen su análisis– un significado fijo. Seguramente, entre los blancos de sus críticas se hallan aquellos aforismos del *Tractatus* cuya consecuencia sea 3.23: El requisito de la posibilidad de los signos simples es el requisito de que el sentido esté determinado. Lo que ahora se cuestiona es la doctrina de que a menos que un nombre tenga un significado perfectamente determinado, definido, el enunciado que lo contenga no podrá tener un significado también perfectamente definido.

los nombres propios se usan sin un significado fijo. Sin embargo, para obtener con esto el enunciado de la teoría del ramillete de descripciones hace falta añadir una pieza nueva. Me refiero a la doctrina añadida de que el sentido de una expresión, por cambiante e impreciso que sea, determina o fija su referente. Esta doctrina es fregeana, pero yo no aprecio ningún elemento de juicio para concluir que Wittgenstein la incorporase a sus propios puntos de vista en las *Investigaciones filosóficas*. Por el contrario, lo que esta obra sí que contiene es algo bien distinto. En lugar de leer en ella que si queremos determinar cuál es el portador de un nombre lo que hay que hacer es atender a su uso –es decir, a una o más de las descripciones asociadas a él–, hallamos una afirmación diferente, a saber: que si queremos explicar el significado del nombre, a veces podremos lograr esto señalando a su portador (cf. §43(b)). Esto, creo yo, invierte las relaciones de dependencia entre significado y referencia que son propias de la teoría descriptiva de la referencia. Veamos cómo.

En §79 Wittgenstein habla de definiciones de los nombres, de que éstos tienen un significado o un uso y también del modo en que se entiende o comprende su uso. Estos tres conceptos se articulan entre sí de una forma natural: si se me pide que diga cómo entiendo un nombre *N*, que explique cómo lo uso, reacciono dando una definición de él. (Esa definición puede fluctuar de hablante a hablante o de una ocasión a otra.) Por ejemplo, si se me pide que explique cómo uso el nombre 'Moisés' puedo responder que uso dicho nombre para hablar del hombre que condujo a los israelitas a través del desierto, mientras que otro responderá señalando que lo usa para hablar del hombre que vivió en cierto lugar y época y que fue llamado 'Moisés'. El punto delicado de todo esto es que *del hecho de que yo entienda y explique así mi uso de un nombre no se sigue que el principio por el que mis actos de referencia logran su objetivo –que lo que determina que me refiera a *x* al usar *N*– sea la descripción a la que yo recurro cuando se me pide una explicación de mi uso*. La teoría descriptiva de la referencia no deslinda una cosa de la otra, sino que entiende que la explicación que doy de mi uso de *N* es el principio *en virtud del cual* logro referirme a *x* mediante este nombre. Sin embargo, yo no veo para nada que en la sección §79 de las *Investigaciones filosóficas* Wittgenstein haga depender la respuesta a la pregunta por el principio responsable del nexo referencial de que previamente se responda a la cuestión de cuál es la naturaleza de la comprensión (y explicación) del significado de los

nombres. Entiendo que se limita a hacer ciertas observaciones sobre el uso y la comprensión (y explicación) de los nombres propios.

Nada de extraño tiene todo esto, porque en las secciones de *Investigaciones filosóficas* que estoy considerando (§§26-79) Wittgenstein se ocupa de problemas de una índole bien distinta. Las observaciones que ahí se hacen y los argumentos que se presentan apuntan a dificultades internas a la filosofía de Wittgenstein tal y como ésta había sido desarrollada en el *Tractatus Logico-Philosophicus*, que no podrían extrapolarse a terrenos en que se asuman los supuestos específicos de esta obra. Un grupo de esas observaciones son, a mi modo de ver, correctas del todo y podemos verlas hoy como contribuciones sustanciales a la teoría de la referencia –si creemos en la posibilidad de una teoría así–. Esto viene a cuento de las doctrinas de que hay elementos representacionales simples, inanalizables, y objetos igualmente simples, doctrinas que son el blanco real de las críticas de Wittgenstein. Y lo mismo debe decirse de la doctrina según la cual hay una relación semántica, la relación nominal, que conecta *unos y otros*, expresiones inanalizables con objetos simples. El interés de Wittgenstein por el problema de si los objetos habrían de ser indestructibles como condición *sine qua non* de su intervención en cadenas signo-objeto; de si los objetos que parecen nombrar las palabras cotidianamente usadas son simples o complejos (§§39, 44, 46-47, 50, 55-59); y de qué contaría como un análisis satisfactorio de un acto de habla usual (§§60-64), todo ello, sin embargo, son cuestiones ajenas al tema de este trabajo que tienen su origen en doctrinas centrales del *Tractatus* con las que Wittgenstein pugnó muchos años. En particular, la extrañeza de Wittgenstein ante la naturaleza de la relación nominal (tan palpable en §§46, 49, 51) la suscita de hecho lo extraordinario de los términos de esa relación. Es la simplicidad de los nombres propiamente dichos y de los objetos que les corresponderían lo que acaba poniendo bajo sospecha la relación misma.

Un segundo grupo de consideraciones poseen, sin embargo, mayor interés e incluso valor para la lectura de Wittgenstein que he propuesto. Me refiero sobre todo a aquellas con las que este autor trata de contrarrestar determinado sesgo filosófico en la percepción de las definiciones ostensivas. Para empezar, resulta para mí muy interesante que rechace que las definiciones ostensivas sean algo así como un requisito que, una vez cumplido –puede que mediante un acto peculiar de la mente–, prepara los nombres para su posterior uso en el lenguaje; por ejemplo, para hacer descripciones de cosas o

situaciones. Es en ese sentido que las definiciones ostensivas constituirían las vías de entrada al lenguaje (cf. §§26, 27, 32, 33, 38, 46, 49). Las razones que Wittgenstein aporta para rechazar este punto de vista las considero correctas. Tenemos, en primer lugar, su réplica de que las definiciones ostensivas están sujetas ellas mismas a interpretación; y que incluso pueden malinterpretarse, razón por la cual se precisa de algún grado de conocimiento del lenguaje, o de determinada competencia en su uso, para poder entenderlas y usarlas (§§28-31). En segundo lugar, la consideración de que aun cuando las definiciones ostensivas contribuyan a la emergencia o al sostenimiento de correspondencias entre signos y objetos, lo esencial de ellas estriba en que esas correspondencias no emergen ni se afianzan para materializar algún género de armonía preestablecida, sino que son prácticas, regularidades, costumbres lo que las crea y sustenta (§§51, 53-54). Por tanto, la relación de representación –y una versión de ésta es la de referencia– sólo puede surgir en un contexto de habilidades previas (§§30-35). Es más, es el ejercicio de estas habilidades, cómo se lo usa y en qué circunstancias, lo que hace de algo un nombre o, en general, una representación (§§40-44, 48-49). Nada es un nombre por las propiedades puramente intrínsecas que pueda tener, pues muy variadas son las cosas que pueden servir de nombres (§§38, 41, 48, 50)<sup>5</sup>.

### *Referencia en el pensamiento*

Acabo de defender que la sección §79 de las *Investigaciones filosóficas* no aporta prueba ni indicio alguno de aprobación de la teoría descriptiva de la referencia<sup>6</sup>. La contribución a esta discusión

<sup>5</sup> Conuerdo aquí con Stern cuando escribe lo siguiente: "On this view of language learning and teaching, naming and ostension are relatively sophisticated skills that can only come into play once much else is already in place" (Stern 1995: 184). También resulta muy pertinente el análisis que hace David Bloor (en Bloor 1996: 363 y ss.) de las relaciones entre signos y cosas. Según Bloor, en la posición final de Wittgenstein, la existencia de vínculos *verticales*, entre nombres y referentes, no es independiente de la existencia de vínculos *horizontales*, entre signos y signos. He analizado la visión wittgensteiniana de las definiciones ostensivas en Acero (inédito).

<sup>6</sup> Por otra parte, sería incomprensible que lo hiciera, pues si bien Wittgenstein ha argumentado contra el punto de vista de que el nombrar es un prerrequisito del describir, también ha tenido en cuenta, en Wittgenstein (1967a: §§32 y 49) que puede haber ocasiones, juegos de lenguaje, que respalden esa dependencia. Y esto último nos lleva de vuelta a la conclusión de que son varias

de las últimas consideraciones, en particular de las relativas a la función desempeñada por las definiciones ostensivas en la vinculación del lenguaje con la realidad, es una perspectiva completamente diferente en la que los nexos entre nombres propios y las entidades que designan se erigen sobre –más exacto sería decir: *sobreviene de*– habilidades ejercitadas bajo supuestos y en circunstancias muy específicos. Sugiero –y con ello comienzo a desarrollar el segundo de los argumentos críticos que anuncié más arriba– que son otros los lugares de la producción de Wittgenstein en donde podemos encontrar algún material que trata específicamente de las condiciones en que sobrevienen las conexiones referenciales y, de entre ellas, la relación nominal. En particular, considero necesario llamar la atención del lector hacia el material que aparece en las secciones finales de la Parte I de las *Investigaciones* (§§661-693), en buen número de las secciones iniciales de *Zettel* (§§7-33) y en observaciones cronológicamente anteriores a éstas incluidas en la *Philosophical Grammar* (§§62, 91-92, 94-96). En todos estos pasajes se hacen observaciones sobre la naturaleza de actos de lo que cabría llamar *referencia en el pensamiento* a personas, objetos y procesos mentales y sobre estados y/o actos mentales como los de señalar, poner nuestra atención, pensar en o hablar de, esperar algo o a alguien, dibujar, buscar o maldecir, y otros muchos, que dependen de esa forma de intencionalidad mental, que resultan pertinentes para el tema de este trabajo<sup>7</sup>. Un análisis detallado de todas ellas

---

las vías por las que llega a establecerse una relación entre una expresión designadora y su referente.

<sup>7</sup> Véase también Wittgenstein (1980: §§171-179, 180-183, 194-207). Con esto no quiero dar a entender que los problemas de la intencionalidad de lo mental, de la referencia en el pensamiento, y de la referencia en el habla sean uno y el mismo. Entiendo que su conexión es lo suficientemente estrecha como para que justificar la búsqueda de otro material en la obra de Wittgenstein que arroje más luz sobre el mecanismo de la relación nominal. Mi punto de vista sobre esa conexión es que hay un elemento de intencionalidad mental ineludible que debe emerger en una teoría de la relación nominal; es decir, parte de la explicación de por qué me refiero a *x* con *N* debe consistir en el hecho de que en mi comunidad lingüística ha llegado a ser una convención de la de usar *N* cuando se *tiene la intención* de hablar de *x*; es decir, cuando se desea trasladar la referencia a *x* en el pensamiento a referencia a *x* en el habla con *N*. Quiero que quede claro que con esto no pretendo exponer el punto de vista de Wittgenstein, que parece vincular referencia en el pensamiento y referencia en el habla de un modo completamente distinto. Algunos de los textos de Wittgenstein que cito más abajo son material de primer orden para reconstruir su posición, cosa que yo no trato de hacer en lo que sigue.

exigiría un despliegue de recursos conceptuales y doctrinales que excedería con mucho mis disponibilidades en este trabajo. Por ello, me limitaré a considerar de entre todo este material aquellos aspectos que necesito para el argumento que estoy construyendo.

El objetivo que persigue Wittgenstein en todas estas observaciones es el de combatir una imagen de la referencia mental que él considera del todo errónea. Se trata de la idea de que hacer referencia en nuestro pensamiento –¡pero también en nuestro habla!– a alguien o algo es una suerte de acto de señalar o de apuntar llevado a cabo con los solos recursos de la mente, una acción, e incluso una experiencia subjetiva, que se traduce en el funcionamiento de un dispositivo o mecanismo puramente espiritual. He aquí dos muestras de esto:

«Pienso en N.» «Hablo de N.»

¿Cómo hablo de él? Digo, por ejemplo, «Hoy tengo que visitar a N.» –¡Pero esto no es suficiente! Con «N.» podría referirme a distintas personas que tengan este nombre.– «Por tanto, debe darse aún otra conexión de lo que digo con N., pues de lo contrario *sin duda* no me hubiera referido a ÉL.»

Ciertamente se da tal conexión. Sólo que no como tú te la imaginas: a saber, mediante un *mecanismo* mental.

(Uno compara «referirse a él» con «apuntar hacia él.») (Wittgenstein 1967a: §689)

La referencia se la representa uno aquí como una suerte de señalar mental, como un indicar. [...]

En algunas ceremonias espiritistas es esencial el hecho de que uno *piense* en determinada persona. Y aquí tenemos la impresión de que 'pensar en él' es, por así decir, ensartarlo con mi pensamiento. Pues los pensamientos se apartan una y otra vez un poco de él. (Wittgenstein 1967b: §§12 y s.)

¿En qué estriba el error de esta imagen de la referencia en el pensamiento? Wittgenstein apunta la misma razón desde diversas perspectivas. Una de estas perspectivas resulta de particular interés por poner al descubierto que existe una relación estrecha entre el argumento de que las definiciones ostensivas no son una suerte de salida del lenguaje y el que estoy desarrollando. Me refiero a esa según la cual la referencia en el pensamiento no puede ser un (acto de) señalar en (y con) –e incluso podríamos añadir: para– la mente, pues "[el señalar] es únicamente un signo" (Wittgenstein 1967b: §24(b))<sup>8</sup>. Ya que un signo tiene un significado cuando es usado de

<sup>8</sup> Véase también Wittgenstein (1967b: §28(b)).

alguna manera, para entender la conexión entre lenguaje y realidad –y, de modo más específico, entre el nombre y lo nombrado– hay que atender a cómo se usa el signo *vis-à-vis* su referente, a cómo se aplica aquel a éste en el juego de lenguaje (Wittgenstein 1967a: §669(a); 1967b: §24(b)). Como es natural, y esto es algo que el propio Wittgenstein reconoce con toda explicitud (en Wittgenstein 1967b: §24(b)), así no se abole la relación entre ambos ítems; más bien, se ofrece una explicación de ella que no depende de operaciones llevadas a cabo en un medio inmaterial y privado. La atención al uso subraya, por su parte, los antecedentes y consecuentes del uso del signo y de la situación en que tiene lugar (Wittgenstein 1967a: 669(a); 1967b: §§7, 9, 14, 26(b, c)). Todo ello configura lo que ocasionalmente Wittgenstein llama el *contexto* (Wittgenstein 1967b: §17), es decir: "diversas cosas que no se dieron sólo a partir del momento de ser proferidas las palabras" (Wittgenstein 1967a: §684). Además de las circunstancias efectivas que acompañan efectivamente a las palabras o los pensamientos, son incluso pertinentes otras de naturaleza contrafáctica (Wittgenstein 1967a: §684).

La posición que acabo de delinear no se aplica tan sólo a las expresiones o signos lingüísticos. Respecto de éstos podría pensarse que nuestro uso de una expresión designativa para referir a algo o a alguien precisa de vínculos entre el lenguaje y el mundo previamente vigentes, vínculos que no tienen por qué ser del tipo de la presentación del referente de un nombre propio por medio de una descripción definida de él. (Véase más abajo.) Sin embargo, ¿cómo es posible la referencia en el pensamiento? ¿En virtud de qué podemos referirnos, tener en mente, a alguien al hacer un comentario o aludir a él o ella? Es característico del punto de vista de Wittgenstein no admitir aquí simetría alguna entre las palabras habladas o escritas y las ocurrencias mentales:

«Con esta observación quería aludir a *él*» Si oigo eso, puedo imaginarme una situación y una historia a propósito. Me la podría representar en el escenario, transportándome al estado mental en que quiero 'aludir a él'. – ¿Pero cómo describir este estado mental, es decir, cómo identificarlo? –Me imagino inmerso en la situación, asumo determinada expresión del rostro y tono de voz, etc. ¿Qué conecta mis palabras con él? La situación y mis pensamientos. Y mis pensamientos simplemente como palabras que expreso (Wittgenstein 1967b: §9).

Lo dicho acerca de las expresiones lingüísticas se hace extensivo por igual a nuestros pensamientos (Wittgenstein 1967b: §9). La



razón de ello, entiendo, es que tampoco mis pensamientos son parte integrante de un medio *sui generis*, ajeno a la red de antecedentes y consecuentes que configuran su contenido.

La alternativa wittgensteiniana se entenderá mejor deteniéndonos en un caso práctico. Se plantea en *Zettel* §7:

Si tengo dos amigos con el mismo nombre, y escribo una carta a uno de ellos, ¿en qué estriba el hecho de que no le escriba al otro? ¿En el contenido? Pero este podría adaptarse a ambos. (Todavía no he escrito la dirección.) Ahora bien, la conexión podría estar en lo que antecede a la carta. Pero en ese caso también podría estar en lo que le *sigue*. Si alguien me pregunta: «¿A cuál de los dos escribes?» y le doy una respuesta, ¿infero la respuesta a partir de los antecedentes? ¿Acaso no se la doy, de un modo parecido a cuando digo: «Tengo dolor de muelas»? –¿Podría yo dudar de a quién de los dos estoy escribiendo? ¿Y cómo sería un caso de duda así? En verdad, ¿no se podría dar también el caso de una ilusión de esta índole: creo escribirle a uno y le escribo al otro? ¿Y cómo se daría el caso de una ilusión de esta índole?

El caso que aquí se describe y las observaciones y preguntas que lo acompañan muestran ejemplarmente la actitud del último Wittgenstein acerca del problema de la referencia mental. A mi modo de ver, aquí se acumulan los argumentos contra la adscripción de Wittgenstein al bando de los partidarios de la teoría descriptiva de la referencia. Puedo tener la intención de escribir a A y no la de escribir a B incluso cuando no disponga de ninguna descripción que convenga a A y no a B. (Naturalmente, podría haber una descripción, pero no ser parte de la información con que yo cuento.) Más bien, lo que determina quién es la persona a la que quiero escribir en circunstancias no por extraordinarias imposibles son condiciones que cabría calificar de *situacionales*: nada por fuerza relativo a la información que tenga yo, o que crea tener, sobre A y que pueda desempeñar algún papel en mi economía cognoscitiva, sino más bien algo concerniente a las relaciones –no sólo las de índole causal– que he mantenido, que mantengo y mantendré con A. Por ejemplo, A podría responder, cuando se le llama, al nombre *N* y no al nombre *N'*; A podría firmar con *N* y no con *N'*, y así sucesivamente. Yo tengo la intención de escribir a A porque, en primer lugar, si se me preguntara a quién tengo la intención de escribir, yo respondería con el nombre *N*; y, en segundo lugar, por la vinculación entre la persona y el nombre a que acabo de referirme. Como se apunta en *Zettel*, la clave del problema de la referencia

—¿a quién me refiero con el nombre *N* o con el concepto *C* cuando dije esto o pensé aquello?— en el pensamiento hay que buscarla, *para cada ocasión dada*, "en una situación y una historia que encaje en ella" (*op. cit.*, §9).

Un rasgo de este análisis del vínculo referencial, claramente perceptible en el texto de *Zettel* citado en último lugar, es que la posesión por el hablante de un contenido descriptivo no es condición necesaria del referir. Para la lectura habitual de *Investigaciones* §79, la propuesta por Kripke y otros autores, el caso y los comentarios de *Zettel* §7 es un problema de difícil solución<sup>9</sup>. Pero si se corrige esa lectura, desaparece el problema de interpretación. En efecto, si se parte de la hipótesis de que en *Investigaciones* §79 Wittgenstein se ocupa tan sólo de la explicación del significado (o uso) de los nombres propios sin entrar a debatir la cuestión de qué asienta el nexo referencial entre los nombres y sus referentes —y, por lo tanto, aceptando tácitamente la independencia recíproca de ambas cuestiones—, ¿por qué no habría de admitir que hubiese circunstancias en las que la referencia no depende de que el usuario del nombre pueda describir a su referente de forma unívoca? *Zettel* §7 proporcionaría un ejemplo de caso tal.

Ahora resulta fácil bosquejar una respuesta paralela para la pregunta, que Wittgenstein plantea en ese mismo texto, acerca de qué distinguiría el escribir a A del escribir a B cuando A y B se llaman igual. En este caso uno podría decir que los pensamientos correspondientes a ambas intenciones serían distintos, pues estarían amarrados en su origen a factores circunstanciales diferentes: con A me encontré, o me fue presentado, en una situación; con B en otra distinta. Esas diferencias alcanzarían incluso a la expresión de ambos pensamientos, pues en un caso diríamos algo como: «Quiero escribir una carta al hombre que me presentaron en *aquella* situación, y no al que me presentaron en *aquella otra*», y luego pasaría, quizás, a describir bien una bien las dos situaciones. Señalado esto, la pregunta de más arriba sobre si puedo dudar, además, de si escribo a A o si, por el contrario, mi destinatario es B tiene una respuesta afirmativa. (Véase también Wittgenstein 1967a: §680.) Ello sería posible cuando yo no recordara con claridad si la situación en que vi a uno de ellos es o no la misma en la que vi al otro; o incluso

<sup>9</sup> La opción de ignorar el texto de *Zettel* no lleva a buen puerto, pues el mismo material aparece en otras partes de la producción wittgensteiniana de los años cuarenta.

cuando yo recordara a quien había encontrado en una situación equívoca. Por lo tanto, cuando carecemos de descripciones unívocas de alguien o de algo y cuando el valor intencional –es decir, el referente– de los actos de referencia en nuestro pensamiento dependen de relaciones que podemos haber malinterpretado o captado en una medida muy parcial no hay nada que garantice que, como si dijésemos, nuestro dedo pueda señalar al referente apropiado.

Podemos profundizar en esta alternativa a la teoría descriptiva de la referencia deteniéndonos a considerar la siguiente respuesta: «Lo que hace que yo escriba a A en vez de a B es que mi *intención* es la de escribir a A y no a B; y una intención difiere de la otra en función de la imagen (u otra variedad de representación) mental acompañante (de A o de B)». Una respuesta así no satisfaría a Wittgenstein para nada. Señalaría que una imagen de A es una representación, como un cuadro o una fotografía de A, que no está acompañada de un nombre de A. Y si le falta un nombre no se tiene legitimación para afirmar que es una imagen *de* A. Una imagen no representa *intrínsecamente*. Un retrato lo es de algo o de alguien, porque lleva escrito el nombre que se usa para nombrarlo (véase Wittgenstein 1974: §62). *I* es una imagen de *x* por ser usada de cierto modo, en determinadas circunstancias. Los antecedentes causales de la imagen importan; pero Wittgenstein subraya en otras ocasiones la importancia de aquello que se sigue de tenerla y de utilizarla. Quizás, por ejemplo, le pido a alguien que entregue mi carta a *aquella* persona y no a *aquella otra*; o puede que consulte mi agenda de direcciones para saber dónde vive A. Si nos ayudamos de una imagen *I* (u otro género de representación) mental al buscar un objeto (persona, lugar, etc.) *x*, no es su parecido con *x*, lo que convierte a *I* en imagen de *x*, sino lo que uno hace cuando busca *x* (Wittgenstein 1967a: II, pág. 177; 1974: §91)<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> Otro problema que se resuelve atendiendo a una circunstancia situacional del agente es el caso que discute Wittgenstein en *Zettel* §21. Aquí considera el caso en que profiero '¡Ven aquí!' apuntando en dirección a A. Resulta que otra persona, B, está junto a A. B se da por aludido y camina hacia mí. Yo reacciono diciéndole a B que no es él, sino A, a quien he llamado. A la pregunta de cómo es que me referí a A responde Wittgenstein que "quizá no conozco en absoluto a B; *sólo estoy en contacto con A*". Y añade que "quien se empeñara en conjeturar mis procesos mentales podría equivocarse en redondo y, no obstante, habría comprendido que yo me refería a A y no B." Lo comprendería porque se habría hecho cargo de la vinculación entre A y yo. Por otra parte, el análisis de Wittgenstein de qué hace de una espera de algo una espera *de* ello tiene un talante aparentemente mucho más conductista, siendo la única mo-

### *Una perspectiva externista del mecanismo referencial*

Para acabar este trabajo, quiero referirme de forma bastante escueta a las similitudes y diferencias entre los puntos de vista de Wittgenstein y Kripke sobre la relación nominal. Para ello, comenzaré resumiendo aquellas afirmaciones de Kripke que resultan de mayor interés.

Posiblemente la más tajante de todas es ésta. Para Kripke las teorías descriptivas de la referencia están equivocadas en lo fundamental, y no en un simple error de detalle (Kripke 1980: 94). Lo fundamental es la convicción (o quizá sea mejor decir: la hipótesis) de que aseguramos que nuestros usos de un nombre propio devengan referenciales por poder especificar una o más propiedades que seleccionen cualitativamente un único objeto. Muy a menudo está en nuestras manos describir de forma definida la persona o cosa a la que nos referimos. No obstante, no es esto, la *descripción*, lo que crea o mantiene el vínculo nombre-referente. No lo es, a juicio de Kripke (1980: 94), porque siempre queda abierta la posibilidad de que la descripción que podamos ofrecer no sea estrictamente una definida; y también la de que la descripción comúnmente empleada para ello sea falsa.

Aunque es ésta la forma de argumentar de Kripke, lo esencial, a mi juicio, de sus puntos de vista sobre la relación nominal es que claramente desvincula la pregunta de qué hace que un nombre propio *N* refiera a un individuo *x* de la pregunta de si somos o no capaces de describir las personas y cosas de las que hablamos (es decir, a *x*). Esa separación se plasma en su imagen de un bautismo inicial que proporciona el primer eslabón de una cadena que conecta los usos referenciales de un nombre propio con la persona o la cosa a la que se otorgó el nombre (Kripke 1980: 96 y s.). De acuerdo con esa imagen, podemos nombrar, referirnos, a Richard Feynman tan sólo por haber oído hablar de él. Para que eso sea el caso, alguien, sus padres seguramente, dió a la persona el nombre cristiano 'Richard' y las leyes del lugar establecen que el nombre total se forme con el nombre cristiano más el apellido del padre (o de la madre). La familia y los amigos hablan de Richard Feynman y esparcen su nombre. A la larga, oigo hablar de un físico famoso

---

raleja destacable la de que "no es una experiencia posterior la que decide *qué* estamos esperando" (Wittgenstein 1974: §94). Como en el ejemplo expuesto en el cuerpo del trabajo, también aquí son las *consecuencias* lo que interesa subrayar a Wittgenstein de la naturaleza del proceso mental.

llamado 'Richard Feynman' y yo mismo adquiero por ello la capacidad de nombrar a la persona: "[...] se ha establecido una cadena de comunicación que llega hasta Feynman mismo en virtud de que el hablante es miembro de una comunidad que pasó el nombre de eslabón en eslabón" (Kripke 1980: 92). Con ello disponemos de un esbozo de respuesta –puede que parcial, pues diversos tipos de nombres podrían responder a pautas específicas diferentes– a la pregunta de qué es en virtud de lo cual una expresión *N* es un nombre de *x*; un esbozo que menciona hábitos sociales, instituciones religiosas, normas legales.

En tercer lugar, y como consecuencia de la desvinculación a la que me he referido en el párrafo precedente, Kripke concede a la definición ostensiva y a la definición definida un papel, un uso, diferente del que sería consecuente asignarles de no creer en esa desvinculación. En el bautismo la definición, bien la ostensiva bien la definida, cumplen el cometido de fijar el referente del nombre propio que se introduce. Tras esta maniobra, la teoría descriptiva de la referencia adquiere un sesgo enteramente diferente del espíritu inicial con que la propuso (o con el que todavía se la propone), pues las descripciones cumplen ahora el cometido de identificar a quién o qué cosa *x* nos referimos al emplear su nombre *N*, pero no el de hacer posible la referencia misma. (Véase Kripke 1980: 96, nota 42.)

Según esta aproximación a la relación nominal, la insistencia de Kripke en la ausencia de descripciones definidas, o en su posible falsedad, en casos en los que la capacidad de referir se ejerce con normalidad es, al menos en parte, un ingrediente retórico de su –para mí razonable, por otra parte– campaña contra las teorías descriptivas de la referencia de los nombres propios. El meollo del argumento residiría en otro aspecto del caso: en la existencia de formas de vida compartidas por los distintos hablantes de una comunidad de lengua o de cultura –esto dicho sin querer prejuzgar lo que viene a continuación. La demostración de que esto es así la proporciona el hecho de que mi capacidad o mi incapacidad de describir unívocamente a Richard Feynman (el autor de las *Conferencias de Física*) no altera para nada mi capacidad de nombrarle, si él y yo estamos conectados por cadenas causales de comunicación y muy en particular por todo lo que la existencia de una cadena así comporta.

Pues bien, sentados estos dos puntos, ¿es esta forma de entender la relación nominal, popularizada en *El nombrar y la necesidad*,

tan frontalmente contraria a la de Wittgenstein? Seguramente difieren en los detalles; y puede que también en más cosas. Por ejemplo, las observaciones, críticas y recomendaciones de Wittgenstein no tienen carácter constructivo, sino terapéutico; su finalidad es la disolver problemas, mejor que elaborar alternativas a supuestas soluciones dadas a esos problemas. De los hallazgos de Kripke, y especialmente lo que se conoce como teoría histórico-causal de la referencia, debe decirse seguramente justamente todo lo contrario. Por otra parte, hay también en los detalles de las perspectivas de ambos autores diferencias notables, pues Wittgenstein no menciona para nada las cadenas histórico-causales de transmisión de la referencia entre las condiciones de las que sobreviene el nexo referencial (aunque uno pueda sentir su presencia en algún pasaje de la *Philosophical Grammar*). ¿Qué razón hay, entonces, para pensar que las actitudes de Kripke y Wittgenstein hacia el mecanismo de la referencia sintonizan de algún modo la una con la otra? El siguiente pasaje de *El nombrar y la necesidad* nos pone sobre la pista de ese elemento común:

Puede haber algunos casos en los que la concepción descriptivista [de la referencia] sea verdadera, en los que algún hombre dé un nombre reclusándose en la privacidad de su habitación y diciéndose que el referente será la única cosa que tenga ciertas propiedades identificadoras. [...] tal vez, en algunos casos funciona dicho paradigma –especialmente para el caso de la persona que por vez primera da un nombre a algo o a alguien. O el caso en que alguien señala una estrella y dice: «Esa será Alfa Centauri»; así pues, puede él mismo realmente hacer esta ceremonia: «Querré decir con 'Alfa Centauri' la estrella que se encuentra exactamente allá con tales y cuales coordenadas.» *En general, nuestra referencia no sólo depende de lo que nosotros pensamos, sino de otras personas en la comunidad, de la historia de cómo nos llegó el nombre y de cosas por el estilo. Es siguiendo dicha historia como uno llega a la referencia.* (Kripke 1980: 94 y s. La cursiva es mía).

¿Qué sostiene aquí? Algo que, a mi modo de ver, es muy wittgensteiniano en espíritu. Esto es así, en primer lugar, porque Kripke admite que no hay un único mecanismo de la referencia. A veces, la referencia es un resultado que acompaña a la descripción que conviene a un único individuo<sup>11</sup>. Éstos son los casos que el partidario de la teoría descriptiva de la referencia consideraría paradigmáticos.

<sup>11</sup> La opinión unánime actualmente es que este principio es válido de lo que Evans ha denominado *nombres descriptivos*. Véase Evans (1985).

Sin embargo, según aduce Kripke en este texto, no es ésta la norma general. Lo que pensamos, es decir, que asociada a un nombre dispongamos de una descripción que señale definidamente a un individuo del mundo, no determina que nos refiramos a dicho individuo con los enunciados en que ese nombre aparezca como constituyente. ¿Y qué decir de Wittgenstein? El acuerdo entre ambos filósofos es claro aquí. Más arriba hemos tenido la oportunidad de comprobar, y en más de una ocasión, que *también* Wittgenstein cree que un nombre propio tiene significado –un *uso*– con independencia de la fortuna con que describamos a su referente o incluso aun siendo incapaces de distinguirlo del resto de individuos del universo de nuestro discurso (cf. Wittgenstein 1967b: §7)<sup>12</sup>. Por sí solo, esto debería bastar para que no buscáramos a Wittgenstein en las trincheras clásicas de la teoría descriptiva de la referencia<sup>13</sup>.

Cierto es, sin embargo, que Wittgenstein sostuvo que los nombres propios tienen sentido además de referir a algo, cuando esto sea el caso, mientras que Kripke piensa que los nombres propios (o muchos de ellos) únicamente refieren. Pero, como hemos visto, esta diferencia se atempera tan pronto como recordamos que para Wittgenstein podemos usar correctamente un nombre propio sin ser capaces de describir su referente de forma definida o univoca. Por otro lado, hoy disponemos de un aparato conceptual mucho más elaborado que el wittgensteiniano para hablar de las propiedades semánticas de las expresiones que designan, nombres propios incluidos. Kripke, por ejemplo, nos ha acostumbrado a distinguir entre dos usos de de las descripciones definidas: para dar el significado de un nombre y para fijar su referente (Kripke 1980: 61 y ss.), distinción que parece ajena a los recursos empleados por Wittgenstein. Ello aconseja comedimiento a la hora de especificar diferencias y analogías entre las observaciones de ambos autores. Así, la idea de

<sup>12</sup> El ejemplo con el nombre 'Napoleón' que Wittgenstein pone en Wittgenstein 1974: § 62 responde perfectamente al espíritu de las propuestas de Kripke.

<sup>13</sup> Ciertamente, hay versiones de la teoría descriptiva que podrían reivindicar su espíritu externista. Mi razón para decir que Wittgenstein no puede asimilarse a ninguna de esas versiones es la ausencia de toda referencia al principio fregeano de que el sentido de un nombre propio así analizado, la descripción que contiene ese significado, determina su referente. Por lo tanto, *no* estoy negando que siempre sea posible encontrarse una descripción definida que vincule –por ejemplo, a través de un nexo causal– al usuario del nombre *N* y su referente *x*. Lo que estoy diciendo es que para Wittgenstein, al igual que para Kripke, sea la pertenencia de esa descripción al repertorio de creencias del usuario de *N* lo explique que él se refiere a *x* con dicho nombre.

Wittgenstein de que explicamos el significado (o uso) de un nombre sustituyéndolo por una descripción definida en cada enunciado en que se presente podría no tener ningún significado especial para el debate entre descripcionismo y kripkeanismo. ¿Por qué no entenderla como si se limitara a decir que una explicación del significado de un nombre se limita a solicitar una fijación de su referente? «¿Qué significa *N* en su repertorio referencial?» equivaldría a «¿De quién/qué habla Usted al usar *N*?» Si esta lectura fuese, como a mí me parece, razonable, las observaciones de Wittgenstein sobre los nombres propios no serían incompatibles con las de Kripke. La alternativa a esta vía de conciliación, que entiende que los nombres propios tienen significado y que este significado lo expresa una descripción definida, tampoco choca frontalmente con lo defendido por Wittgenstein. He tratado de mostrar en mi revisión del contenido de *Investigaciones* §79 que nada hay en esta sección que nos fuerce a concluir que el mecanismo de la referencia de un nombre propio –aquello por lo que un nombre *N* designa un individuo *x*– no pasa forzosamente, es decir siempre, por la satisfacción de las condiciones capturadas en un contenido descriptivo. Es esta disociación de funciones la que no levanta un muro infranqueable entre los puntos de vista de Wittgenstein y Kripke.

En segundo lugar, el texto pone de manifiesto otra razón –quizás deba decir *la* razón– de por qué Wittgenstein y Kripke se hallan lejos de ocupar posiciones antagónicas. Me refiero a la idea de que el éxito de nuestros actos referenciales depende de más cosas que de aquello que pensamos de los referentes de nuestros términos. Ese *plus* se hace tangible bien si carecemos de una descripción definida del referente que sea apropiada –por ejemplo, si la descripción que haríamos de él es falsa o conviene a más de un individuo– bien si no disponemos de una descripción que *por sí sola* alcance a lograrlo. Cuando esto sucede, eso que determina de qué o quién hablamos o pensamos son elementos de nuestra situación en el mundo, es decir, en la historia de la transmisión de información y en el seno del grupo sociocultural al que pertenecemos, y no una capacidad de la mente para dirigir sus contenidos a las entidades extralingüísticas concernidas, adhiriéndolos a, o ensartándolos en, ellas. Con mucha frecuencia, nuestros actos de referencia no remiten a, o sobrevienen de, ceremonias privadas, sino que dependen de –es decir, no son posibles sin– prácticas o instituciones sociales que los anteceden. También puede afirmarse que Wittgenstein y Kripke



comparten una actitud externista o anticartesiana<sup>14</sup>, *antropológica*, de la naturaleza del nexo referencial; una actitud en la cual son nuestras formas de vida aquello que dota a nuestras expresiones lingüísticas de objetos y a nuestros pensamientos sobre éstos de su capacidad de representación, de sus propiedades intencionales<sup>15</sup>. Sentado esto, puede uno discrepar sobre los detalles que marcarían discrepancias entre ambas actitudes externistas. Yo no tengo que entrar en esos detalles para arribar al punto que constituye la meta del presente trabajo.

Un tercer lugar de confluencia de los puntos de vista de estos autores sobre el mecanismo de la referencia. Me refiero a la importancia que desempeñan las definiciones ostensivas en el surgimiento de los vínculos entre nombres y objetos. En la teoría de Kripke, un acto de ostensión puede ser, entre otros, el procedimiento que inicia una cadena causal de comunicación que transporta un referente de uno a otro hablante. Wittgenstein, lo he apuntado más arriba, se opuso a que entendiésemos las definiciones ostensivas como *la* forma paradigmática de establecer nexos entre los nombres del lenguaje y las cosas del mundo de resultados de culminar de un proceso oculto, realizado en el interior de la mente de cada cual.

[...]—Y una tal extraña conexión tiene realmente lugar cuando el filósofo, para poner de manifiesto cuál es *la* relación entre el nombre y lo nombrado, mira fijamente a un objeto ante sí y a la vez repite innumerables veces un nombre o también la palabra 'esto'. Pues los problemas filosóficos surgen cuando el lenguaje *hace fiesta*. Y *ahí* podemos figurarnos ciertamente que el nombrar es algún acto mental notable, casi un bautismo de un objeto (Wittgenstein 1967a: §38(d)).

No sólo parecen estar estas líneas curiosamente cerca en el espíritu de las de Kripke que cité poco más arriba, en las que afirmaba que el éxito de los actos de la referencia nominal no depende *sólo* de la realización de una ceremonia privada, sino de la historia del uso del nombre. También son notablemente afines a las de este autor las razones por las que Wittgenstein rechazó la visión de la

<sup>14</sup> Esto no sorprenderá al lector familiarizado con la lectura que hace Putnam del último Wittgenstein. Véase especialmente Putnam (1981: cap. 1). El presunto internismo del propio Descartes ha sido recientemente puesto en tela de juicio con argumentos cuando menos dignos de examen. Véase Cottingham (1997).

<sup>15</sup> Desarrollo algo más esta idea en Acero (1993: §§ 6-7). La elección del adjetivo 'antropológico' se inspira en Almog (1984).

definición ostensiva como un acto mental privado e infalible, un acto que lleva a un nombre a tocar a su referente. En lo esencial, porque nombramos en un contexto creado por muchas otras habilidades, regularidades y prácticas, tanto lingüísticas como no lingüísticas. Entiendo que esto, que es algo que he dicho ya más arriba, Kripke podría suscribirlo sin mayor dificultad.

Finalizo, entonces, dejando constancia de la que sí sería una diferencia insalvable entre los puntos de vista de Wittgenstein y Kripke a propósito de la relación nominal. Wittgenstein subrayó en diferentes ocasiones (por ejemplo, en Wittgenstein 1967a: §571; 1967b: §§447-467, 523-525, 608-613) que sería un error pensar que la psicología es a la esfera psíquica lo que la física es al mundo físico; que no debemos considerar la visión, el pensar, el sentir o el querer como objetos de la psicología en el mismo sentido los movimientos de los cuerpos o la electricidad son temas de la ciencia física. Parece razonable hacer extensivo este diagnóstico al ámbito de la semántica. (De hecho, en Wittgenstein 1967a: §571 incluye el pensar entre los fenómenos psíquicos acerca de los cuales podemos cometer el error anunciado; y la referencia en el pensamiento tiene aquí cabida.) Por razones muy parecidas, si no idénticas, también podría cometerse el error de considerar que los hechos semánticos son hechos en idéntico sentido al de los hechos del mundo físico. Pues bien, sospecho que hablar, como lo hace Kripke, de cadenas *causales* de transmisión de un referente de un hablante a otro es cosa que Wittgenstein vería como síntoma inequívoco de haber cometido el error descrito de confundir el estatuto del análisis o interpretación semántica; y que no es este el género de investigación o de análisis en donde esté justificada la búsqueda de mecanismos, de dispositivos causales. Sin embargo, entrar a fondo en toda cuestión me llevaría muy lejos de la finalidad que he perseguido en este trabajo. Quede constancia del aviso que acabo de hacer para no extraviar al lector en sus reflexiones.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

En lo que antecede, y siempre que esa versión me es conocida, cito por las ediciones castellanas de las obras que se relacionan a continuación.

- Acero J. J., *Lenguaje y filosofía*. Barcelona: Ediciones Octaedro, 1993.
- Acero J. J., "Wittgenstein, la definición ostensiva y los límites del lenguaje". *Teorema*, vol. XVIII/2, 5-17, 1999.
- Almog J., "Semantical Anthropology" en French P. A., Uehling Th. E & Wettstein H. K. (eds.), *Midwest Studies in Philosophy*, vol. IX: *Causation and Causal Theories*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1984.
- Baker G. P. & Hacker P. M. S., *Wittgenstein: Understanding and Meaning*, Oxford, Basil Blackwell, 1980.
- Bloor D., "The Question of Linguistic Idealism Revisited", en Sluga H. & Stern D. G. (eds.), *The Cambridge Companion to Wittgenstein*. Cambridge University Press, 1996.
- Cottingham J., "The only sure sign...: Thought and Language in Descartes", en J. Preston (ed.): *Thought and Language*. Cambridge University Press, 1997.
- Devitt M. & Sterelny K., *Language and Reality. An Introduction to the Philosophy of Language*. Oxford, Basil Blackwell, 1987.
- Evans G., "Reference and Contingency", *Collected Papers*. Oxford University Press, 1985.
- Frápolli M<sup>a</sup> J. & Romero E., *Una aproximación a la filosofía del lenguaje*. Madrid, Síntesis, 1998.
- García Suárez A., *Modos de significar. Una introducción temática a la filosofía del lenguaje*. Madrid, Tecnos, 1997.
- Hallett M., *A Companion to Wittgenstein's «Philosophical Investigations»*. Cambridge University Press, 1977.
- Kripke, S., *Naming and Necessity*. Oxford, Basil Blackwell, 1980. (La segunda edición, corregida, de la versión castellana, de Margarita Valdés, fue publicada en México por la U.N.A.M. en 1995.)
- Putnam H., *Reason, Truth and History*. Cambridge University Press, 1981. (La versión castellana, de José Miguel Esteban Cloquell, fue publicada en Madrid por Editorial Tecnos en 1991.)

- Salmon N., *Reference and Essence*. Oxford, Basil Blackwell, 1982.
- Searle J., "Proper Names", en Strawson P. F. (ed.), *Philosophical Logic*. Oxford University Press, 1967.
- Stern D. G., *Wittgenstein on Mind and Language*. Oxford University Press, 1995.
- Wittgenstein L., *Philosophical Investigations*. Oxford, Basil Blackwell, 1967a. (La versión castellana, de Alfonso García Suárez y Ulises Moulines, fue publicada en Barcelona por el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la U.N.A.M. y Editorial Crítica en 1988.)
- Wittgenstein L., *Zettel*. Oxford, Basil Blackwell, 1967b. (La versión castellana, de Octavio Castro y Carlos Ulises Moulines, fue publicada en México por el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la U.N.A.M. en 1979.)
- Wittgenstein L., *Philosophical Grammar*. Oxford, Basil Blackwell, 1974.
- Wittgenstein L., *Remarks on the Philosophy of Psychology*. vol. I, Oxford, Basil Blackwell, 1980.

JUAN MANUEL CUARTAS R.

## UNA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE EN FERDINAND DE SAUSSURE

*Saussure bien podría haber esbozado  
una nueva filosofía de la historia.*

Maurice Merleau-Ponty

Es de todos sabido que la disposición editorial del *Cours de linguistique générale* de Ferdinand de Saussure fue obra de sus discípulos Charles Bally y Albert Sechehaye, y que las fuentes manuscritas para su estudio se multiplicaron a partir de las notas de otros de sus estudiantes; no obstante, para efectos de exposición, en lo sucesivo obviaremos que la ordenación del curso o de los cursos de Saussure haya traído o no implicaciones negativas en cuanto a la exposición de las ideas del maestro, pues no resulta presumible de ninguna manera la tergiversación absoluta de las mismas. Saussure concluye su *Cours* en los siguientes términos: «De las incursiones que acabamos de hacer por los dominios limítrofes de nuestra ciencia, se desprende una enseñanza enteramente negativa, pero tanto más interesante cuanto concuerda con la idea fundamental de este curso: *la lingüística tiene por único y verdadero objeto la lengua considerada en sí misma y por sí misma.*»<sup>1</sup> Esta consideración estricta para los estudios lingüísticos revela el plan de Saussure, es decir, su proyecto metodológico aplicado a la sincronía del sistema lingüístico; bajo una perspectiva racionalista interesada por la lógica interna y por la universalidad del sistema lingüístico, esta ciencia objetiva, no especulativa, podrá reconocer en lo sucesivo en la consideración de las relaciones de interacción sincrónica el principio constitutivo de la lengua.

---

<sup>1</sup> Saussure F., *Curso de lingüística general*. Buenos Aires, Editorial Losada, S.A., 1945, p. 364. El subrayado es nuestro.

Las lecturas realizadas del *Cours de linguistique générale* desde su publicación en 1916, han recaído, efectivamente, en la orientación de la ciencia lingüística como disciplina aplicada al plano de realización sincrónica de la lengua, tal como la concibió Saussure, sólo que salvando la distinción del objeto, que en virtud de su prioridad, pasó rápidamente a ser el “habla” y no la “lengua”. No es de extrañar entonces que allí donde se exponen de manera más elocuente los principios generales resaltados por Saussure en relación con la naturaleza del signo (significante vs. significado), arbitrariedad, carácter lineal del significante, doble caracterización mutable / inmutable, confluyen las diferentes escuelas en el reconocimiento de una dualidad interna de la lengua (sincronía vs. diacronía), tal como la había planteado Saussure; y así, de las lecturas y discusiones adelantadas de manera enfática en relación con el perfil sincrónico de la lengua, devendrán no solo el estructuralismo y las escuelas descriptivistas que le son afines, sino también la actual lingüística textual, con su punta de lanza, el análisis del discurso.

¿Hemos de significar entonces que el acelerado ritmo de las investigaciones lingüísticas durante el siglo XX ha partido de una comprensión de los postulados de Saussure?, efectivamente; las corrientes lingüísticas han querido dar cuenta del lenguaje verbal como presencia determinada del sujeto en la cultura, donde el enfoque sincrónico de la lengua propuesto por Saussure radica en el complejo *lengua - razón - voz*, como reconocimiento y estructura social de los usos lingüísticos.

Propuesta en los términos de la gramática tradicional, la lengua era estudiada al interior de la filosofía, donde respondía a un conjunto de normas destinadas al buen uso, bajo criterios normativo-prescriptivistas que privilegiaban la forma escrita; la descripción de los fenómenos basados en el sentido, no lograba empero bajo esta perspectiva, de manera completa y sistemática, dar cuenta de la realidad misma de objeto de estudio. En otras palabras, la lengua no soporta en la gramática tradicional más reflexión que la visión diacrónica del cambio; las alternancias, aglutinaciones y analogías, la coexistencia e indiferenciación de algunos rasgos de las lenguas, en fin, la “etimología” como motivo amplio constituyen y celebran aquí el aspecto parcial del sentido. Pero Saussure desbordará en un esquema sincrónico todo el saber posible acerca de la lengua, el cual, posteriormente afinado en los conceptos de *acto de habla*, de *discurso* y de *contexto*, planteará para los estudios lingüísticos la

lectura de fenómenos múltiples de coherencia, cohesión, presuposición, implicación, modalidad, etc.

Si aquella decisión de Saussure de eludir la escritura como objeto de reflexión iba contra la especificidad de una filosofía del objeto lingüístico según los parámetros de la gramática tradicional, el cambio operado a partir suyo será decisivo, y el giro filosófico más aún, pues no se tratará ya de indagar por el sentido de la palabra y la oración como nociones estructurales de la lengua en general, sino, en un gesto más problemático aún, de evaluar la cópula *expresión vs. significación*, reuniendo en la textura de una hoja el haz y el envés; el significante y el significado; dos instancias que Husserl indagó igualmente en su *Primera investigación lógica*. A la perspectiva diacrónica Saussure opondrá la perspectiva sincrónica, con la cual vislumbrar una suerte de ley pancrónica, ya que tanto la realización del habla como la genealogía lingüística interactuarán en el dominio de la ciencia lingüística; pancronía de la que podrá reconocerse además que la participación investigativa en los eventos lingüísticos no clausura la referencia al cambio. El tratamiento del factor tiempo en el interior de la ciencia lingüística, asociado a la multiplicidad de signos en cuestión, impide declaradamente el estudio simultáneo de la evolución y del sistema lingüístico, razón por la cual el ámbito que metodológicamente concede Saussure a cada uno de los estudios por él descritos, será el siguiente: «La *lingüística sincrónica* se ocupará de las relaciones lógicas y psicológicas que unen términos coexistentes y que forman sistema, tal como aparecen a la conciencia colectiva. La *lingüística diacrónica* estudiará por el contrario las relaciones que unen términos sucesivos no apercibidos por una misma conciencia colectiva, y que se reemplazan unos a otros sin formar sistema entre sí».<sup>2</sup>

Así, la serie de aspectos que modifican la lengua, referirá las discusiones prospectiva y retrospectiva aplicadas a la “evolución” como criterio inductivo del comportamiento lingüístico, en tanto que los testimonios de los hablantes exigirán el análisis del discurso al margen del rigor propiamente genealógico. Pero esto que afirmamos no consigue ser del todo verdad, porque ¿cómo podría en cualquier caso el análisis del discurso prescindir, de un lado, de la reflexión filosófica del lenguaje que trae a cuento las eternas dificultades de la referencia, el significado y el uso, y, de otro lado la reflexión del aspecto genealógico lingüístico que trae a cuento dos

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 337.

instancias determinantes del discurso: la presuposición y la implicación?

De cara a una versión multidireccional del análisis lingüístico, el investigador se ve obligado a fusionar los ámbitos genealógico y sincrónico en un concepto que no será exclusivamente el código lingüístico, porque ya la apropiación de un instrumento lingüístico es un aprendizaje, una derivación de estrategias de acción, distribución de inventario, en fin, una invención del dominio de participación en los contextos con cada preferencia y con cada selección lingüística. En este sentido, la dicotomía más importante planteada por Saussure es la que advierte la relación entre la fijación de estructuras lingüísticas y su singular modificación; en otras palabras, el evento lingüístico determinado en una sincronía conversacional que fija unos preceptos comunicativos al mismo tiempo que aventura mecanismos de desgaste y novedad lingüística. Dicha dicotomía, que nos abstenemos de nombrar por evidente resulta, así descrita, una especie de *mónada*, de sustancia individual que revela la inserción de reglas y la descripción de principios en el juego mismo de la lingüística, en la medida en que cada *mónada*, como cada lengua, constituye un punto de vista global sobre el mundo.

El propio Saussure concluye su propuesta original en los términos de una coincidencia del análisis sincrónico, procediendo a la descripción de lenguas en un afán continuado por determinar métodos alternos que den cuenta de la realización de enunciados y la categorización de los mismos, al margen de la reflexión comparatista e historicista; un afán desenfrenado por configurar el estructuralismo que de manera inductiva propusiera leyes y ejemplos, sin vislumbrar, a cambio que toda descripción sincrónica es a su turno patrimonio del saber diacrónico de las lenguas. Ahora bien, bajo muchas perspectivas de la indagación científica del lenguaje, tal como se da en nuestros días, los principios de descripción saussureana podrían resultar, por supuesto, obsoletos, debido a la evolución misma de las ideas y métodos en el orden de la investigación, que se fija hoy en cada caso objetivos más del orden sociológico, psicológico y propiamente textual, que simplemente especulativos y descriptivos. Lo anterior no quita, sin embargo, la posibilidad de volver sobre algunos planteamientos de Saussure enmarcados más en el orden de una reflexión filosófica del lenguaje; en otras palabras, Saussure, como los gramáticos del siglo XVIII, como Humboldt, Condillac, Cordemoy, etc., se asegura un lugar en la historia de las ideas lingüísticas debido a la filiación de algunos de sus prin-



cipios a un tratamiento filosófico integral del lenguaje: «No resulta difícil justificar la presencia de Ferdinand de Saussure en un panorama de grandes filósofos -anota Georges Mounin-. Si se trata, en efecto, de colocar en él a aquellos hombres cuyo pensamiento, por muy especializado que fuese en su punto de partida, ha dejado una huella en la historia del espíritu, debemos situar en su lugar de honor a un hombre que, aunque tardíamente, ha marcado, y sin duda enriquecido, la trayectoria de pensadores como Merleau-Ponty, Lévi-Strauss, Henri Lefebvre, Roland Barthes, Jacques Lacan, Michel Foucault y, a través de ellos, a todas las ciencias humanas de hoy en día»<sup>3</sup>

Las bases del pensamiento saussureano no consiguen ser, de manera definitiva, simplemente lingüísticas, en cuyo caso no habría hecho más que contribuir con un método de indagación lingüística; todas las revoluciones en materia de filosofía del lenguaje en el presente siglo, como las de Saussure, Austin, Wittgenstein y Chomsky, conciben el lenguaje desde un sistema heredado de preceptos, volcándose hacia una reflexión nueva que traerá una práctica nueva. Así, si como lo propone Chomsky, los conceptos de Cordemoy por ejemplo, recogen de Descartes la singular idea de la “conciencia del otro” y, aunque discutida, la del “aspecto creador del uso del lenguaje”; a su turno Saussure recoge del pensamiento de Émile Durkheim (1858-1917) y de las teorías de economía política de Léon-Marie-Espirit Walras (1834-1910), no propiamente ideas lingüísticas, pero sí sólidos fundamentos sociológicos y económicos de cara a su concepción de la lengua como entidad de orden social, y del valor lingüístico como función de equilibrio. Aunque no cabe descartar, de otro lado, las determinaciones propiamente lingüísticas que motivaron una reflexión como la de Saussure, es claro que éste se planteó en discordia con los paradigmas teóricos anteriores, de los que se desprendió con el aliento del promotor de una “revolución”, en el más claro sentido kuhniano del término.

La lengua como hecho social, exterior y de conformidad, es ya una idea de Durkheim, quien entiende el “hecho social” en general, como anterioridad de la mayor parte de las representaciones colectivas respecto a todos los individuos. Esa suerte de presión que ejerce el grupo social organizado determina en el individuo una conformación y representación de sí y de sus valores e instrumentos de

---

<sup>3</sup> Mounin G. *Saussure, presentación y textos*. Barcelona, Editorial Anagrama, 1971, p. 7

participación deducidos y restringidos de los parámetros y tiempos que el grupo social ha establecido; la aparente espontaneidad del individuo en sus actos y expresiones no obedece así más que a una instalación en los circuitos de intercambio que le permiten su despliegue como individuo social. De la misma manera que educar es imponer modos de ver, sentir, obrar según fórmulas de la costumbre colectiva, asimismo hacer uso de una lengua concede al individuo el auto-reconocimiento de su participación en un entorno social. «Es hecho social -anota Durkheim- todo modo de hacer, fijo o no, que puede ejercer una coerción exterior sobre el individuo; o, también, que es general en todo el ámbito de una sociedad dada y que, al mismo tiempo, tiene una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales.»<sup>4</sup>

Recapitemos, en un primer orden de ideas decíamos que la reflexión de Saussure integra lógica y lenguaje, en el afán de representar mecanismos de coherencia que respalden la singularidad de una lengua; bajo este propósito quedaba asegurada toda su formación como lingüista comparatista, pero, ante todo, su interés por reponer a la lingüística un criterio de solidez auto-realizativo y sincrónico: la lógica. Quizás los dos desarrollos más filosóficos de Saussure correspondan, en este sentido, por un lado a la por él denominada “arbitrariedad relativa” del signo, en cuyo trasfondo, como veremos, actúa una reflexión lógica del lenguaje. Y, de otro lado, el concepto de “valor lingüístico”, que muy pronto, hacia 1917 llevaría a Shechehaye a concebir: «la ciencia de la lengua es una ciencia de los valores».<sup>5</sup> Desarrollemos ahora por partes estas dos perspectivas filosóficas de las ideas de Saussure.

#### *Concepto de lo arbitrario relativo*

No debemos perder de vista, como primera medida, la aspiración de Saussure de que los signos fueran “arbitrarios absolutos”. Y al decir “aspiración” estamos recogiendo esa prioridad del sistema lingüístico desde la que Roland Barthes quiso hacer su lectura del universo semiológico de la cultura. Ya en la comparación que Saussure efectúa entre los símbolos, a los que concede cierta naturalidad representativa, y los signos lingüísticos, insuflados de arbitrariedad,

<sup>4</sup> Durkheim É., *Las reglas del método sociológico*. Barcelona, Altaya, 1995, p. 68

<sup>5</sup> Shechehaye A., *Revue Philosophique*, vol. LXXXIV, julio-diciembre, 1917, pp. 25-30

prevedemos la reserva que desestima su consideración de los signos como “arbitrarios absolutos”, porque la calidad simbólica del signo no estará declaradamente ausente más que en una versión acultural de las lenguas.

Si se nos permite un paréntesis, vamos a considerar como apenas obvio que en todo momento el hombre se ha mostrado inquieto por el lenguaje y ha inquirido, desde su propia realidad lingüística por problemas que serán trascendentales en la historia de las ideas acerca del lenguaje: el signo y su relación con las cosas, con el uso y las ideas. Desde esta perspectiva la reflexión lingüística se mostrará singularmente activa en todas las épocas, y nos compete a nosotros volver a pensar el lenguaje como lo pensaron Heráclito, Platón, Aristóteles, Guillermo de Occam, San Agustín, Port Royal, Humboldt, Rousseau, Saussure, para citar sólo algunos capítulos cruciales de esta historia. En otras palabras, resulta inconcebible que la incursión lingüística contemporánea adolezca de ideas y preguntas acerca del lenguaje, y que las recientes generaciones de lingüistas, en su apego a las técnicas de descripción y análisis del discurso, hayan decaído en su esfuerzo por indagar el lenguaje, pilar de la acción y el pensamiento humano no lo suficientemente descrito como podría pensarse. Los modelos recientes en lingüística enmiendan, como anotamos, la necesidad de dar algunos pasos atrás para reconocer el lenguaje como problemática, porque la instancia de lengua, el universo del uso y los contextos son en sí mismos focos de realización del conocimiento mismo del hombre, e ignorar la vinculación del lenguaje con aspectos cruciales relacionados con el estar en el mundo, como la cultura, la ética y la *poiesis*, sentido este último en el que aborda Heidegger el lenguaje, es renunciar al auto-reconocimiento, y conceder la alienación propia a los modelos.

La novedad de las ideas en relación con el lenguaje mostrará en cada ocasión su propia validez, ejecución y dominio en la medida en que efectúe una “apertura de campo”, es decir, en razón de una relectura crucial de los mismos imbricados asuntos del lenguaje. La vinculación de reflexiones alternas, elocuentes y complementarias enriquecerá, como es apenas obvio, la consideración siempre parcial de los usos lingüísticos. Este vector paradigmático del análisis del lenguaje, que ha corrido en el último siglo a una velocidad desaforada, no es ya cuestión exclusiva de los lingüistas, sino, como bien lo intuyó Saussure, una responsabilidad interdisciplinaria total; para citar sólo algunos ejemplos, responde a los desarrollos de Austin en relación con los actos de habla, quien produjo una apertura

desde el lenguaje jurídico; o en Vigotsky, hacia el desarrollo cultural de las funciones psíquicas; en Searle, hacia el por él denominado “redescubrimiento del cerebro”; en Chomsky, hacia el conocimiento del lenguaje, su naturaleza, orígenes y uso; en fin, en Wittgenstein, hacia el lenguaje común como indeterminación de una gramática de los saberes lógico y lingüístico. Pero en Saussure la “apertura de campo” estuvo orientada a la reconsideración del signo, como si se tratara en su caso más de un hermenéuta que de un lingüista, que al volver sus ojos hacia el signo como objeto problemático, reconoce en él una nueva tentativa de la instancia de lo arbitrario.

Pero el reto será siempre, en materia de lenguaje, romper las explicaciones que han demorado más de lo permitido; tal como logró conseguirlo Rousseau en relación con la explicación teológica del lenguaje, como lo hizo Saussure con los comparatistas, Chomsky con el estructuralismo, Austin con la tradición filosófica que recogía criterios de verdad o de falsedad de los enunciados al margen de su utilización y realización en los eventos comunicativos. Y en la configuración de esas rupturas estará siempre en juego la efectiva renovación de las ideas acerca del lenguaje, porque puede parecer muy del sentido común, por ejemplo, una explicación teológica del origen del mundo donde la naturalidad del lenguaje de Dios es la originalidad misma del mundo del hombre, pero esta versión dista mares y caminos de la versión aún enmarcada en el *mythos* de Heráclito acerca de la justeza natural de las palabras, entendida en los términos de una *coincidentia oppositorum* que deben conseguir expresar las palabras para respaldar la movilidad inalienable del Ser, y mucho más lejos aún de la consideración epistemológica de Russell acerca del lenguaje como algo “transparente”, medio a través del cual ver directamente el mundo, cuyo uso no exigiría ninguna atención especial.

Pero el plan de la presente comunicación tiene que ver con Saussure, quien en la propia evolución de su pensamiento pasó de la consideración del Sánscrito en su tesis doctoral titulada *De l'emploi du génitif absolu en Sanscrit*, defendida en febrero de 1880, a términos bien precisos de la discusión moderna en relación con el lenguaje: la sociedad y el individuo, la lengua y el habla. Ciertamente tal parangón no tenga nada de insólito si se recuerda la célebre pregunta de Rousseau en el siglo XVIII, otro ginebrino, como Saussure: “¿que ha sido más necesario, la sociedad ya imbricada, para la institución de las lenguas, o las lenguas ya inventadas,

para el establecimiento de las sociedades?"; en tiempos de Rousseau -como se sabe- había un problema central que inquietaba a pensadores de todas las áreas; se trataba del *Estado*, y claro, la discusión acerca de las lenguas no se marginó de la disquisición en torno, por ejemplo, al prestigio de un estado u otro para efectos del ejercicio mismo de la filosofía, el desarrollo del pensamiento científico, y la promulgación de la legislación de las naciones. Pero en tiempos de Saussure ya no significaba lo mismo esa alusión tan marcadamente política; el "hecho social", a cambio, daba en el blanco de una nueva versión de lengua y sociedad, porque así como Durkheim declaró pertinente la exposición de las reglas para un método sociológico, asimismo Saussure concedió prioridad al estudio del sistema lingüístico que respalda cualquier tentativa de dominio en relación con los saberes acerca del lenguaje.

Ahora bien, si consideramos en detalle los términos de Saussure en relación con el signo, su actitud para encarar este singular problema lingüístico consistirá, como el de todo gran investigador, en la duda; duda de la libertad del individuo en cuanto a su conocimiento del lenguaje, duda en relación con los saberes propiamente lingüísticos de la gramática tradicional. Y será de las nociones fundamentales de "mutabilidad" e "inmutabilidad" del signo lingüístico, de cuyo análisis Saussure deducirá una de las soluciones más reclamadas por la filosofía del lenguaje desde Heráclito y Platón: la *arbitrariedad* -no obstante- *relativa del signo*. "Los lingüistas tienen que ser conscientes de lo que hacen", escribía Saussure a Meillet en una carta del 4 de enero de 1894; y lo que hacen depende, como primera medida, de su indagación plena del signo, porque allí donde la secularización de las ideas lingüísticas nos ha enseñado a ver una absoluta arbitrariedad, es posible invocar, respaldado en una juiciosa observación, que el signo responde a una arbitrariedad relativa. Desarrollemos un poco esta idea.

Entre las influencias lingüísticas de Saussure, la que está llamada a reconocerse como fundamental es la del lingüista norteamericano William Dwight Whitney, de quien el mismo Saussure afirma: "*Whitney, qui du premier coup était dans la direction juste, et n'a besoin aujourd'hui que d'être patiemment suivi.*"<sup>6</sup> Del primer libro de Whitney, *Language and the Study of Language* (1867), Saussure recoge planteamientos básicos sobre la relación entre la innovación lingüística del individuo y los principios conservadores

<sup>6</sup> Saussure F., de un *ms* todavía no publicado [N 10, pág. 4 (cf. SM 37)].

de la lengua, no concebida aún como sistema; en Whitney, Saussure encontró un respaldo para confrontar la tesis del momento que insistía en ver el lenguaje como un organismo vivo, posición a la que ambos antepusieron el criterio de que el lenguaje es una “institución”; en palabras de Whitney, el lenguaje “*no es producto físico, sino una institución humana, preservada, perpetuada y cambiada por la acción humana*”<sup>7</sup>. Asimismo Saussure recogió de Whitney la convicción de que la lingüística es una ciencia doble, aunque los términos propuestos por Whitney fueron “histórica” y “anti-histórica”, y los de Saussure sincronía y diacronía, como exponíamos hace un momento.

Pero el punto que nos interesa es el relacionado propiamente con los signos lingüísticos, que Whitney había considerado como un sistema arbitrario (léase

convencional) para el pensamiento; aspecto problemático y crucial en el que Saussure, movido a exponer conclusiones rigurosas en relación con su tesis de la arbitrariedad relativa del signo, instaura, muy pronto en el siglo XX, una discusión de considerable trascendencia de cara a los problemas de la filosofía del lenguaje: «Para hacer ver que la lengua es pura institución -comenta Saussure-, Whitney ha insistido con toda razón en el carácter arbitrario de los signos; y con eso ha situado la lingüística en su eje verdadero. Pero Whitney no llegó hasta el fin y no vio que ese carácter arbitrario separa radicalmente a la lengua de todas las demás instituciones. Se ve bien por la manera en que la lengua evoluciona; nada tan complejo: situada a la vez en la masa social y en el tiempo, nadie puede cambiar nada en ella; y, por otra parte, lo arbitrario de sus signos implica teóricamente la libertad de establecer cualquier posible relación entre la materia fónica y las ideas. De aquí resulta que cada uno de esos dos elementos unidos en los signos guardan su vida propia en una proporción desconocida en otras instituciones, y que la lengua se altera, o mejor, evoluciona, bajo la influencia de todos los agentes que puedan alcanzar sea a los sonidos sea a los significados. Esta evolución es fatal; no hay un solo ejemplo de lengua que la resista. Al cabo de cierto tiempo, siempre se pueden observar desplazamientos sensibles».<sup>8</sup>

A partir de este momento, la propia consideración de Saussure acerca de la arbitrariedad absoluta del signo es puesta en entredi-

<sup>7</sup> Whitney W., *Language and the Study of Language*. p. 152.

<sup>8</sup> Saussure F., *Curso de ...* op. cit., p. 142.

cho, permitiendo recoger una suerte de autonomía del signo en relación con su parcela inmotivada, el significado. Por supuesto, el signo lingüístico no es sólo forma, significante o sonido, en cuyo caso atravesaría las mismas dificultades de asistematicidad de las emisiones sonoras de los animales; al signo le acaece el significado, como huella de sentido que a lo largo de la historia habrá arrastrado innumerables soluciones de comunicación en el plano del contenido. Y será el significado precisamente, “del que sabemos tan poco” (para decirlo con palabras de Chomsky), la presencia más problemática de la investigación lingüística y filosófica que quedará por explorar en la investigación saussureana, convirtiéndose en uno de los asuntos más controvertidos en el seno de sus ideas, pues aunque le dediquemos al significado todo un capítulo, como problema derivado del problema de la “identidad” del objeto lingüístico que es, nos ganará la partida, porque del significado habla la auto-referencialidad del lenguaje, solución que nos pone de cara nuevamente a las gramáticas de uso de las lenguas, de las que el propio Saussure expresó tanta reserva.

Evidentemente nuestra época, en la que se revive con la misma intesidad de otros tiempos la disputa nominalismo *vs.* realismo a través de filósofos como Nelson Goodman y Hilary Putnam, para citar sólo un representante de cada vertiente, no es la propicia para desvalorizar drásticamente cierta convencionalidad natural del signo, porque no es tampoco el momento para afirmarla sin reservas; en este sentido la investigación lingüística debe proponerse más bien aislar, como insinúa Saussure, el sistema de las lenguas como un universo semiológico característico, responsable del pensamiento mismo del hombre y de su localización como individuo en la realidad y en los valores de la cultura.

La clave de la pesquisa saussureana en los dos sentidos que venimos indagando: el signo como arbitrario absoluto y el signo como arbitrario relativo nos la da, sin embargo, Jean Starobinski en su comentario al estudio de los *Anagramas* de Saussure, que se conservara inédito hasta la década de los 60s.;<sup>9</sup> aquella dedicación de Saussure a la poesía clásica hiundú, griega, romana, germana, en apariencia ajena a los problemas del *Cours de linguistique générale*, estaba animada por un principio defendido por éste en el *Cours*, la

---

<sup>9</sup> Starobinski J., «Los anagramas de Ferdinand de Saussure (textos inéditos)», en Saussure F., *Fuentes manuscritas y estudios críticos*. México, Siglo XXI editores, S.A., 1977, pp. 215-247.

idea del privilegio de la voz, y el desmérito de la escritura: son varios los pasajes que en este sentido se pueden entresacar del *Cours*: «Lengua y escritura son dos sistemas de signos distintos; la única razón de ser del segundo es la de representar al primero; el objeto lingüístico no queda definido por la combinación de la palabra escrita y la palabra hablada; esta última es la que constituye por sí sola el objeto de la lingüística.»<sup>10</sup> Pero la argumentación de acusación a la escritura no se detendrá en Saussure en ese juicio secularizado que la considera como el invitado tardío en el festín de las lenguas, pues Saussure previó con claridad meridiana que dar un lugar de inferioridad a la escritura era superar definitivamente el impreciso objeto de estudio de Bopp y los neogramáticos, quienes vislumbraron una interpretación científica de las lenguas como cuerpos naturales orgánicos contruidos según determinadas leyes: «La lengua tiene una tradición oral independiente de la escritura, y fijada de muy distinta manera -argumenta Saussure-; pero el prestigio de la forma escrita nos estorba el verla (...). En primer lugar, la imagen gráfica de las palabras nos impresiona como un objeto permanente y sólido, más propio que el sonido para constituir la unidad de la lengua a través del tiempo. Ya puede ese vínculo ser todo lo superficial que se quiera y crear una unidad puramente ficticia: siempre será mucho más fácil de comprender que el vínculo natural, el único verdadero, el del sonido.»<sup>11</sup>

Esta última cita nos da entonces la clave -como decíamos- para entender las búsquedas de Saussure de anagramas en la poesía clásica. Por supuesto, la etimología de *ana-grama* nos remite a la escritura, y no al sonido, donde nos concita a ver cierta inexplicable función de las letras de una palabra transpuestas en otra, como si de súbito nos fuera revelado que la primera palabra contenía a la segunda; los ejemplos recitados por los manuales son: *Roma - amor*; *Adán - nada*. Pero el *anagrama*, o más concretamente, la *anafonía*, para utilizar desde ya el término aportado por Starovinski como justa expresión de las investigaciones de Saussure (este celoso vigilante de las usurpaciones de la letra en los predios del sonido), tiene en la poesía clásica una presencia tan decidida que casi hace pensar en ritmos naturales de las palabras y las frases, en verdaderas formas de sinestesia entre el sonido y el significado de los versos. Llama la atención que la poesía clásica se muestre desde India, Grecia y

<sup>10</sup> Saussure F., *Curso de ...* op. cit., pág. 72.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 73-74.



Roma, tan aferrada a esos ritmos *anafónicos*, auto-reconstructivos del sentido, en los que las mismas sílabas de un verso pueden respaldar el significado mismo del verso, o por otro lado, pueden crear la sospecha de la presencia en el verso de otro verso, y como tal, de un significado diferente, como si se tratara aquí del sonido como un surtidor natural de sentido empleado en la tradición clásica de la dicción poética; tradición que de golpe no estaría tan lejos de los ritmos propios del habla, y menos aún del argumento definitivo de la arbitrariedad relativa del signo lingüístico, argumentación que demostraría una vez más los límites de las versiones teóricas radicales que desde Aristóteles han contemplado una exclusiva arbitrariedad del signo.

*Concepto de “valor lingüístico”*

La conciencia del lingüista que interroga el lenguaje no puede ser la misma que la de aquél que aplica su modelo de análisis, antes bien, la denuncia de los modelos, es decir, la denuncia de la colección de reglas y uso como explicación suficiente de la naturaleza y uso de una lengua, debe constituir una preocupación de primer orden; en este sentido Saussure estuvo atento siempre a eludir la noción de corrección de las formas flectivas derivadas del griego y del latín, vislumbrando a cambio una realización lingüística que le permitiera vincular las dos instancias centrales del uso de las lenguas: los sonidos del plano material y el pensamiento del plano intelectual; de esta manera, el concepto prioritario de función gramatical defendido por la gramática tradicional fue reemplazado por el, en aquel momento novedoso, concepto de “valor lingüístico”, cuya realización involucraría, como decimos, las instancias sonido e idea.

La actitud filosófica de Saussure evidenciada en esta propuesta no es otra que la siempre buscada solución al problema pensamiento-lenguaje, indagado desde antiguo en los términos de una epistemología o de una lógica, y en más recientes capítulos de la filosofía, como en Husserl, en los términos de “las expresiones en la vida solitaria del alma”; para decirlo con sus palabras: «La palabra solo cesa de ser palabra cuando nuestro interés se dirige exclusivamente a lo sensible, a la palabra como simple voz. Pero cuando vivimos en su comprensión, entonces la palabra siempre expresa y expresa siempre lo mismo, vaya o no dirigida a otra persona.»<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Husserl E., *Investigaciones lógicas* (I). Cap. 1, § 8, Barcelona, Ediciones Altaya, S.A., 1995, p. 241.

Pero antes de mirar los detalles de la solución saussureana a los problemas de la función y la dinámica del signo expuestos en el concepto de “valor”, vale la pena hacer referencia al corte de preguntas propuestas por el mismo Saussure a lo largo del *Cours de linguistique générale*, pues es en sus preguntas, no en su propuesta de un método parcialmente anunciado como descriptivista, donde Saussure hace evidente su decisión por asuntos que competen a la naturaleza misma del lenguaje o dicho en términos fenomenológicos, a la implantación del lenguaje en el tiempo del hombre; y aunque los problemas del lenguaje derivados de las categorías aristotélicas constituirían por sí mismos el punto de enlace entre las reflexiones filosófica y lingüística, ello no ocurre de manera tan evidente en Saussure; veamos:

¿Cuál es el objeto a la vez integral y concreto de la lingüística?<sup>13</sup>

¿Es el sonido el que hace al lenguaje?<sup>14</sup>

¿Cómo se le ocurriría a nadie asociar una idea con una imagen verbal, si no se empezara por sorprender tal asociación en un acto de habla?<sup>15</sup>

¿Cómo se explica semejante prestigio de la escritura?<sup>16</sup>

¿Cuáles son los principios de la escritura fonológica verdadera?<sup>17</sup>

¿En qué se funda la necesidad del cambio?<sup>18</sup>

¿Qué es una identidad sincrónica? (...) ¿No se podrá estudiar la lengua desde un punto de vista pancrónico?<sup>19</sup>

En un estado de lengua todo se basa en relaciones, ¿y cómo funcionan esas relaciones?<sup>20</sup>

¿Cómo mantener la distinción absoluta ente la diacronía y la sincronía?<sup>21</sup>

---

<sup>13</sup> Saussure F., *Curso de ...* op. cit., p. 49.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 50.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 64.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 85.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p.143.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 185.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 207.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 232.

La pertinencia de estas preguntas, diseminadas a lo largo del *Cours* apunta a la explicitación de la noción de “equilibrio sincrónico del sistema lingüístico”, respaldada en el concepto de “valor”, definido por Saussure como: “*sistema de equivalencia entre cosas de órdenes diferentes*”<sup>22</sup>. Valor recuperado de la participación del sonido en el lenguaje, de la imagen verbal en el acto de habla, del cambio -aunque suene paradójico- como identidad sincrónica y, decididamente, de lo que podemos deducir de la dualidad sincronía-diacronía. El desarrollo de estos interrogantes proyecta entonces, más que una ciencia de la lingüística, un programa preciso en términos de filosofía del lenguaje, del que se reconocen con claridad las instancias que determinarán nuestro conocimiento del lenguaje, por un lado, y a partir de ahí la confrontación específica referencia-significado-predicación-uso, pilares en torno a los cuales ha girado la reflexión filosófica del lenguaje desde que Frege deslindara las dos funciones: referencia y sentido de cara a un mismo objetivo, el conocimiento lógico de la verdad a través del uso del lenguaje.

En la esperanza de que lo expuesto no se torne un galimatías, y que como tal no disperse la atención en relación con los niveles implicados en el concepto de “valor”, podemos afirmar que en Saussure la definición misma de “lengua” como sistema involucra todo el panorama de dificultades relacionadas con la comprensión de la noción de “valor lingüístico” sugerido como “sistema de los puros valores”, y como tal, globalizador de las equivalencias posibles entre los dos órdenes diferentes del significado y el significante.

Esa teoría del lenguaje que elaboramos todos a medida que nos involucramos con el mundo, la cual consiste, en términos de Husserl, en el establecimiento de la conexión entre la significación y la referencia objetiva, constituye, en otro sentido, el presupuesto central del gran postulado saussureano en relación con la “identidad” del lenguaje, el cual, según sus términos, invita a concebir los sonidos del habla como externos al estudio de la lengua. Lo que en Husserl pasa a un segundo momento de investigación en términos de la aclaración fenomenológica de la función cognitiva entre expresiones e intensiones significantes, en Saussure invita a una reflexión en torno al criterio apropiado de realidad que asegure por qué conocer algo es ser capaz de reconocerlo como idéntico, ya en su aparecer como objeto, ya como forma lingüística significada. Ahora bien,

---

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 147.

mientras Husserl localiza la esencia de la expresión en la significación por ella incoada y consigue vincular al respecto la por él denominada “referencia intensional del objeto”, pretensión que en recientes arremetidas teóricas ha desencadenado la indagación por la intencionalidad y por la filosofía de la mente, Saussure introduce, en otro sentido, el problema filosófico de la “identidad” a través de la noción de significante, como queriendo saldar de una vez la problemática y proclamar que la *identidad* no reside en la significación, ni siquiera en la referencia, sino en un compromiso lingüístico más determinante, el “valor lingüístico”, criterio en el que, siendo apenas consecuentes, debemos reconocer la sistematicidad de la lengua, es decir, la tan consentida por Saussure sincronía de la lengua.

Se entiende, desde esta perspectiva, y para finalizar, que las escuelas estructuralistas hayan querido reconocer en el plano fonológico de la lengua el despliegue propiamente de la función lingüística, porque la función, que será siempre el concepto central de la filosofía del lenguaje, de la teoría del conocimiento, de la lógica, de la matemática y la lingüística, evoca la dinámica de las relaciones y correspondencias más relevantes desde el punto de vista del lenguaje. Promoviendo la descripción lingüística como basada en la forma, los lingüistas han asumido a partir de Saussure, el criterio de “identidad” que éste reconoció en la noción de “valor” como relación de dependencia lógico-referencial, o dicho en términos más modernos, como rendimiento comunicativo que presupone al menos dos elementos conceptuales autónomos. Avizoramos entonces la tentativa sincrónica de Saussure, ante la cual la desafiada “identidad diacrónica” no constituirá más que un dato lingüístico de relativa importancia, apenas traducible en términos de “valor lingüístico”.

*De cara a una herencia filosófica saussureana:  
Levi-Strauss, Merleau-Ponty, Barthes*

Enunciado de esta manera, este aparte, que no pretende ser más que una invitación a la indagación interdisciplinar suscitada por el *Cours de linguistique générale* de Saussure, podría convertirse en futuras arremetidas en todo un nódulo de problemas, no propiamente en los cuatro autores en cuestión, sino en el estructuralismo como puesta en común de las disciplinas en el siglo XX, cuando tras la presión de un positivismo lógico respaldado por la seguridad del diálogo ciencia-tecnología, las principales reflexiones humanísticas, cabe decir, la psicología, la antropología, la lingüísti-

ca, la semiología, la filosofía, acogieron la reflexión por la estructura como programación de los saberes.

Resalta, quién lo niega, en la primera mitad del siglo XX, el ámbito de discusión estructuralista al que se acogieron sin mayores reservas autores como Merleau-Ponty, Lévy-Strauss, Barthes y otros, cada uno de ellos asegurando conceptos que se tornarán sistemáticos, por no decir sintomáticos de un discurso filosófico que los sucederá. Debido a que cada marco de ideas establece, en este sentido, un rigor de análisis que da cuenta de los pormenores del lenguaje, es por ello que su pertinencia para la filosofía resulta aún mayor; piénsese, al respecto en el inventario de ideas acerca de la relación individuo / sociedad de Lévy-Strauss, y en su descomunal delación de la “escritura” como irrupción de la diferencia del extranjero en la originalidad lingüística de las comunidades. Por su parte, la concepción del lenguaje de Merleau-Ponty, según la cual el sentido es inmanente a la forma lingüística, abrirá nuevamente la dimensión de reflexión fenomenológica que se merece el lenguaje. Ninguno de ellos pasará por alto entonces el panorama de conceptos que asegurara Saussure en su versión del lenguaje según las estables y dinámicas dicotomías: sincronía *vs.* diacronía, sintagma *vs.* paradigma, significante *vs.* significado, lengua *vs.* habla.

Los autores que hemos resaltado darán buena cuenta, en un primer momento, de la recepción conseguida por la obra de Saussure, siendo Barthes en semiología, como lo fuera Hjelmslev en lingüística, un defensor incondicional de la versión teórica de Saussure en relación con las dicotomías funcionales, la noción de “valor”, la forma y la distinción lengua / habla. Barthes acoge sin miramientos la terminología saussureana y asimila a una naciente reflexión semiológica la distribución de los saberes propuestos por aquél en relación con el signo, donde la consideración del significante decidirá una presencia definitiva del signo al interior de la cultura, al margen de su siempre renovada potencialidad como significado; motivado por reflexiones que abrieran un espacio de dudas e intercambios, o en la seguridad de que el lazo que une el significante al significado es arbitrario motivado, Barthes redundará en sus diversos trabajos en esta idea central saussureana, y aún hoy entendemos con él en semiología que el *signo* constituye el total resultante de dicha asociación.



## RECENSIONES

MONK, Ray: *Ludwig Wittgenstein: el deber de un genio* (traducción de Damián Alou). Barcelona, Anagrama, Serie Biblioteca de la Memoria (No. 8), 1994, pp. 548.

Es conocida la reacción de Carnap al insistente cambio de opinión que Wittgenstein mostraba sobre sus tesis del *Tractatus* (y luego también sobre gran parte de su obra): simplemente decidió que había que separar al hombre de la obra. Pero encontramos que en el caso del libro de Ray Monk el camino tomado es justamente el contrario, pues a través de los 27 capítulos que conforman el texto el autor se esfuerza por encontrar las conexiones entre la vida de Wittgenstein y los textos sobre los que trabajaba; situación que queda plenamente justificada no sólo por la naturaleza biográfica del libro sino además por la relevancia que para el autor comporta esta relación vida-obra:

«Hay que decir que existen muchos y excelentes libros introductorios a la obra de Wittgenstein, que explican cuáles son sus temas filosóficos fundamentales y su manera de abordarlos. Lo que no explican es qué tiene que ver su obra con *él*: cuáles son las relaciones entre las preocupaciones éticas y espirituales que dominaron su vida y las cuestiones filosóficas, aparentemente bastante remotas, que dominaron su obra.

» Al describir su obra y su vida en una sola narración espero aclarar cómo esta obra procede de este hombre, y mostrar –algo que muchos de los que leen a Wittgenstein perciben de una manera instintiva– la unidad de sus intereses filosóficos y de su vida emocional y espiritual (pág. 18).»

Y es justamente este enfoque el que imprime originalidad al texto.

En lo que respecta al género biográfico, podemos encontrar gran variedad de formas: el relato novelado que proyecta dudas sobre la veracidad de las afirmaciones hechas; la biografía que remite obsesivamente a las fuentes y que por ello gana en exactitud lo que sacrifica en fluidez y estilo; y aquella que, como el caso que nos ocupa, se sitúa en un punto intermedio entre ambas posturas, brindando a la vez un hermoso relato cuya exactitud puede ser contrastada sin dificultad con la consulta directa de las fuentes señaladas.

Para lograr su objetivo, el autor procuró utilizar fuentes de primera mano (entrevistas y discusiones con Georg von Wright, G. E. M. Anscombe, Rush Rhees (albaceas literarios de Wittgenstein), Gilbert Pattison, Ben Richards, John Wisdom, Alfred Ayer, etc.), además de documentos inéditos (el caso de las cartas conservadas por el Archivo Brenner de la Universidad

de Innsbruck que no habían podido consultarse hasta 1990); lo que da al libro una importancia adicional que no poseen las biografías de Wittgenstein publicadas con anterioridad.

La obra está dividida en cuatro partes atendiendo a un criterio cronológico que se corresponde con un momento característico del trabajo y de la vida de Wittgenstein. Así, la primera parte (1889-1919, 7 capítulos), aborda el periodo infancia-familia, estudios de ingeniería en Manchester, encuentro con Frege en Jena, llegada a Cambridge para estudiar con Russell, alistamiento como soldado en la primera guerra mundial, y redacción del *Tractatus* en medio de la misma. Monk da una importancia crucial a las vivencias de Wittgenstein en la guerra y su influencia en la redacción final del *Tractatus*:

«Durante su primer mes en Galicia, entró en una librería, donde sólo pudo encontrar un libro *Resumen del Evangelio* de León Tolstoi. El libro lo cautivó... lo llevaba ahí donde iba, y lo leía con tanta frecuencia que llegó a saberse párrafos de memoria... no sólo se convirtió en creyente sino en evangelista.

»Cómo su lógica y su pensamiento no eran sino dos aspectos del único “deber hacia uno mismo”, no había duda de que esta fe fervientemente mantenida iba a tener su influencia sobre su obra. Y así fue con el tiempo: pasando a ser [el *Tractatus*] desde un análisis de la lógica simbólica en el espíritu de Frege y Russell, la obra curiosamente híbrida que conocemos hoy en día, que combina la teoría lógica con el misticismo religioso» (pág. 121).

Señala que unida a esta conversión encontramos el traslado de Wittgenstein al frente de guerra (1916) lo que finalmente lo impulsó a un tipo de reflexión filosófica que incluía problemas místicos y que él encontraba tenían estrecha relación con las cuestiones lógicas sobre las que trabajaba. Así, concluye Monk: “Si Wittgenstein hubiera pasado toda la guerra tras las líneas, el *Tractatus* hubiera seguido siendo lo que con toda certeza era en su primera concepción de 1915: un tratado acerca de la naturaleza de la lógica” (pág. 140).

La segunda parte (1919-1928, 3 capítulos), explora la época de postguerra, la publicación del *Tractatus*, su estancia como maestro de Austria rural (Trattenbach, Otterthal) en donde discutió con Ramsey sobre el *Tractatus*, reuniones con el Círculo de Viena y posterior ruptura con este, regreso a Cambridge.

Tercera parte (1929-1941, 10 capítulos): expone lo que podríamos llamar “periodo intermedio” en la obra de Wittgenstein, es decir, el trabajo filosófico que desarrolló desde la publicación del *Tractatus* hasta la redacción de la *Investigaciones filosóficas*. Este capítulo reviste una importancia especial por el hecho de que es justamente este periodo, y las obras que escribió en él, el que menos atención ha recibido por parte de los estudio-



sos de Wittgenstein (si se compara con la atención que han recibido sus dos libros principales). Monk reconstruye cronológicamente la elaboración de algunos de estos textos, es el caso de las conversaciones con Waismann y de sus constantes cambios de opinión en relación a los temas que en ellas se abordan (principalmente la llamada “tesis verificacionista”); el origen de las *Observaciones filosóficas*, y el final de lo que el autor considera su “fase de transición”. Más adelante se embarca en precisar el origen de ciertas ideas wittgensteinianas de corte pragmático (de lo que se ha dado ha llamar segundo Wittgenstein): la importancia de las reglas, los juegos de lenguaje, su particular filosofía de las matemáticas, los parecidos de familia; el origen de la *Gramática Filosófica*, de los *Cuadernos Azul y Marrón*, y del método de las “analogías” que mantendría como valedero hasta la redacción de las *Investigaciones filosóficas*; finalmente aporta una valiosa reconstrucción de la redacción de este último texto desde sus comienzos en 1938 hasta su culminación en 1946.

La cuarta parte (1941-1951, 7 capítulos) aborda la vida y obra de Wittgenstein durante la segunda guerra mundial. En este período sus investigaciones giraban principalmente alrededor de la filosofía de las matemáticas, y sobre aspectos incluidos en las *Investigaciones filosóficas* (lenguajes privados, seguir una regla, etc.); nos ilustra el período de su renuncia a Cambridge (1946), y el trabajo filosófico que desarrolló luego (*Sobre la Certeza, Sobre el color*); finalmente nos encontramos con el relato de los últimos meses de su vida: su enfermedad y muerte acaecida en 1951.<sup>1</sup>

A través de estos capítulos, el autor logra brindar una visión general de la obra de Wittgenstein atendiendo más a la relación de esta con su autor que a intentar constituirse en un texto erudito sobre los aspectos teórico-metodológicos de los textos wittgensteinianos. Y aún así, estos temas son tratados con la mayor seriedad y pertinencia (objetivo que, tal como señala en su introducción, logró llevar a buen término en parte gracias a las discusiones sostenidas con los albaceas literarios de Wittgenstein y con catedráticos autorizados en la materia). Lo que sí es cierto es que este libro tiene éxito en plasmar una imagen de Wittgenstein lo más cercana posible al hombre y a su entorno: hombre repleto de contradicciones – emocionales e intelectuales-, con una personalidad sin duda original y fascinante (*compulsiva, intransigente y dominante*, pág. 22), que ejerció una gran influencia en sus contemporáneos –directa o indirectamente-, que formó parte activa de la renovación del movimiento filosófico occidental, y que, tal como indica el subtítulo de la obra, dedicó su vida a encon-

<sup>1</sup> El texto de Monk incluye como elementos adicionales un apéndice dedicado a aclarar ciertas afirmaciones hechas por W.W. Bartley III en su libro *Wittgenstein*, sobre la supuesta “promiscua homosexualidad” de Wittgenstein; y una reseña bibliográfica de las principales fuentes impresas utilizadas en la redacción de la biografía, útil sobretodo en lo que respecta a la ordenación cronológica de las obras wittgensteinianas.

trar la “verdad última” de la naturaleza del lenguaje y del mundo, lo que le permitiría ser un “mejor ser humano”. Es por eso que fuese cual fuese el tema abordado por Wittgenstein en sus investigaciones, estas terminarían siendo para él profundamente éticas (en su sentido particular de entender esto):

«*Lláname un buscador de la verdad*, le escribió una vez a su hermana (la cual en una carta dirigida a él le había calificado de gran filósofo) y *me quedaré satisfecho*.» (pàg.21).

YANELA BATTAGLINI  
 Universidad Central de Venezuela  
 Facultad de Humanidades y Educación  
 Maestría en Filosofía

---

QUINE, W. V. O.: *Del estímulo a la ciencia* (Traducción de Joan Pagès). Barcelona, Cátedra Ferrater Mora de Pensamiento Contemporáneo de la Universitat de Girona y Ariel Ed., Serie Ariel Filosofía, 1998, pp. 127.

El texto recopila una serie de lecciones intitoladas «From Stimulus to Science» que fueron impartidas por W. V. O. Quine en la Cátedra Ferrater Mora de Pensamiento Contemporáneo de la Universitat de Girona, cuya traducción estuvo a cargo de Joan Pagès. Ocho capítulos y un apéndice dedicado a una breve explicación de los llamados ‘funtores predicativos’, característicos de una exposición de lógica combinatoria, se constituyen como un excelente resumen de los puntos de vista, ya clásicos, que sostiene el autor sobre los problemas epistemológicos, ontológicos y semánticos, y de su lindante relación.

En el capítulo I nos ofrece un sobrio recuento histórico de cómo algunos filósofos antiguos, modernos y contemporáneos han explicado nuestro conocimiento del mundo exterior y de los tropiezos que afrontaron a través de asunciones ontológicas y limitaciones del lenguaje; éstos se muestran con mayor claridad a través de la formulación de paradojas, peticiones de principio y regresos al infinito. Tal recuento desemboca en el último gran intento de formular un programa fisicalista: el *Aufbau* de Carnap. Viendo en este último implicaciones metafísicas, el autor propone en el capítulo II, manteniendo el espíritu y la letra del *Aufbau* hasta donde le fue posible, su alternativa ante el fisicalismo: su epistemología naturalizada. Retomando una de las principales inquietudes de su *Palabra y Objeto*, el autor bosqueja una respuesta al problema de cómo a partir de los estímulos que activan nuestros receptores podemos formular ciertas teorías acerca del mundo

exterior. Procede «sin considerar fronteras disciplinarias, con respeto a las disciplinas mismas y con anhelo por sus datos» (p. 23) con lo cual pone en práctica su tesis de que la filosofía «Es parte integrante de la ciencia empírica misma y la reconstrucción racional sólo irrumpe en los intersticios conjeturales» (p. 23); no hay filosofía primera: «Se trata, como siempre sucede en ciencia, de abordar un problema con la ayuda de nuestras respuestas a otros problemas» (p.24).

Tras haber explicado una de las fases más primitiva de la ciencia natural, en el capítulo III expone cómo actúa la reificación para la formulación de teorías cada vez más complejas sobre el mundo exterior; el proceso conlleva la incorporación de premisas adicionales a ciertas oraciones de forma implicativa, la aceptación de nuevos dominios de objetos para la cuantificación y el establecimiento de claros criterios de identidad. También explica brevemente lo que ha denominado 'la lógica de la reificación' eliminando las variables mediante cierto conjunto de funtores predicativos, explicados sucintamente en el Apéndice, y proporciona una lectura de su conocido criterio de compromiso ontológico en términos de lógica combinatoria: «En una cultura de funtores predicativos, ser es ser denotado por un predicado monádico» (p. 45).

En el capítulo IV el autor plantea cuáles son las características que presentan ciertos átomos del lenguaje que se constituyen como una expresión mínima de lo que ha denominado 'puntos de control y contenido empírico'. Estos son un tipo especial de oraciones de forma implicativa, llamadas por Quine, ya en el capítulo II, 'categóricas observacionales'. La cuestión de la que trata es que así como las teorías se desarrollan mediante la ampliación de nuestras estimulaciones, gracias a el uso de los instrumentos de medición, el uso de otras teorías y las cadenas de reificación involucradas, así se hacen más específicas las categóricas observacionales y sus respectivas cláusulas antecedentes de prueba y sus cláusulas consecuentes de predicción. Lo cual lleva al autor, en el capítulo V, a explicar cuál es la lógica que subyace a tales 'categóricas observacionales' que, en resumidas cuentas, es la misma que supone la implicación de la lógica de primer orden. Como habría de esperarse se defiende a la lógica clásica de predicados de primer orden con la salvedad, acorde con su famosa tesis de la inescrutabilidad de la referencia, de que ésta impone «...la ficción tácita de una referencia única aunque no especificable» (p. 70). Quizá esto explique su preferencia por una presentación libre de variables, mediante la combinación de funtores predicativos, de su criterio de compromiso ontológico, así como de la definición de 'verdad' debida a Tarski.

Consecuentemente el autor pasa a considerar, en el capítulo VI, los intersticios de la denotación y la verdad, desde el punto de vista de los funtores predicativos, y las advertencias con respecto a la denotación y la verdad que propocionan la paradoja de Grelling y la de Russell, respectivamente. Parte de su ya clásica propuesta de eliminación de términos singulares por términos generales con la finalidad de llenar lagunas veritati-

vas; de manera concisa esboza el método de Tarski para definir el predicado 'verdadero' y desemboca, por consiguiente, en una explicación del paradigma del desentrecomillado como un método para determinar la verdad de una manera unívoca. Así pasa elegantemente del ascenso semántico al acuerdo semántico en el capítulo VII, donde es relevante destacar su concisa explicación del método de Ramsey de eliminación de términos teóricos como un argumento más a favor de la indeterminación de la referencia. Finalmente, el capítulo VIII lo dedica a los llamados 'problemas de la mente', que tienen su máxima expresión en el análisis de los problemas que se confrontan cuando tratamos con los denominados 'contextos intensionales'.

La exposición es clara, sistemática y elegante, por lo cual no dudamos en exhortar al lector a confrontarse con estas estupendas lecciones que, a buen seguro, serán del agrado de todos aquellos interesados en la filosofía contemporánea del lenguaje y de la ciencia.

JESÚS F. BACETA V.  
Universidad Central de Venezuela  
Facultad de Humanidades y Educación  
Instituto de Filosofía

## MISCELÁNEA

μ

Los profesores Omar Astorga, Luz Marina Barreto, Carlos Kohn, Vincenzo F. Lo Monaco y Nancy Núñez, todos profesores del Postgrado en Filosofía de nuestra Universidad, asistieron como ponentes a las II Jornadas Nacionales de Análisis del Discurso Político, las cuales se celebraron en los días 22 y 23 de octubre de 1998 en las instalaciones del Postgrado de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela.

μ

La Prof. Luz Marina Barreto presentó la ponencia "Reflexión ética y Cultura Política en el Primer Encuentro Latinoamericano Cultura para la Paz, Ciudadanía Democrática y Educación Filosófica en América Latina y el Caribe, el cual se celebró en la ciudad de Santiago de Chile, en el mes de noviembre de 1998.

μ

El prof. Carlos Kohn, del Instituto de Filosofía de nuestra Universidad, ha sido invitado por la Universidad de PACE (Estado de Nueva York) como Visiting Scholar para realizar una pasantía de investigación sobre el tema Herramientas hermenéuticas para el análisis del discurso político: la contribución de Hannah Arendt y presentar una ponencia sobre el tema en el XIX I.V.R. World Congress of Legal and Social Philosophy que está organizando el departamento de Filosofía de dicha Universidad para el período comprendido entre el 23 y el 29 de junio de 1999.

μ

Los profesores Omar Astorga, Luz Marina Barreto, Miguel Briceño, Carlos Kohn, Vincenzo P. Lo Monaco, Nancy Núñez y Argenis Pareles, enviaron ponencias y fueron aceptadas en el XIV Congreso Interamericano de Filosofía, el cual se realizará en la Universidad Autónoma de Puebla, del 16 al 20 de agosto de 1999

μ

Se celebraron una serie de conferencias sobre el tema Filosofar sobre la Constituyente, las cuales fueron recogidas en el volumen Filosofar sobre la Constituyente, compilado por el Prof. Enrique Alí González O., editado por el Fondo Editorial Tropikos, Fondo Editorial de Humanidades, CDCH de la U.C.V., U.C.V., en Caracas, 1999.

μ

El prof. Benjamín Sánchez, miembro del Instituto de Filosofía, fue electo Decano de la Facultad de Humanidades y Educación para el período 1999-2002.

μ

En el segundo semestre del año 98, la filosofía venezolana y más específicamente, la Escuela de Filosofía de la UCV, se vistió de luto, con la desaparición de dos de sus más prominentes figuras, profesores que trabajaron incansablemente por darle un lugar a la filosofía en el panorama cultural venezolano y latinoamericano: J. R. Núñez Tenorio y Pedro Duno. El quehacer intelectual y político de ambos

filósofos y hombres públicos seguramente quedará para la posteridad.

μ

La prof. Luz Marina Barreto dictó la conferencia “La reflexión ética y la constitución de una cultura política orientada a un entendimiento” en Encuentros Filosóficos de los Espacios Unión en el mes de noviembre de 1998. También dictó una conferencia sobre “Bioética” en el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas – IVIC- en el mes de febrero de 1999.

μ

Bajo la coordinación de la Prof. Luz Marina Barreto, miembro de personal docente del Postgrado en Filosofía, se publicó un libro de ensayos cuya autoría se debe a profesores de nuestras Maestrías, con la colaboración de distinguidos colegas jubilados y de otras Universidades. El libro, el cual lleva por título Ética y Filosofía Política en Venezuela, fue publicado por la Coordinación de Postgrado de nuestra Facultad. Cabe mencionar que muchos de los ensayos que allí aparecen son el resultado de temas debatidos en las asignaturas respectivas de los autores como profesores de nuestras Maestrías.

μ

Los profesores Omar Astorga, Carlos Kohn, Vincenzo P. Lo Mónaco y Benjamín Sánchez, miembros del cuerpo profesoral de las Maestrías en Filosofía, asistieron al XX World Congress of Philosophy celebrado en la ciudad de Boston (10-16 de agosto de 1998) y presentaron ponencias sobre temas vinculados a sus respectivos cursos de Postgrado.

μ

Los profesores Omar Astorga, Luz Marina Barreto, Miguel. A. Briceño, Ezra Heymann, Carlos Kohn, Vincenzo P. Lo Mónaco, Nancy Núñez, Tulio Olmos, Argenis Pareles y Benjamín Sánchez, todos profesores de nuestras Maestrías, asistieron como ponentes al I Congreso Iberoamericano de Filosofía, realizado en Madrid y Cáceres, en septiembre de 1998. La ocasión sirvió también para realizar contactos, con miras a establecer Convenios, con otros Postgrados de Filosofía, tanto de universidades españolas como latinoamericanas.

μ

La profesora Luz Marina Barreto estuvo como investigador invitado en la Universidad Libre de Berlín, Alemania, durante los meses marzo-mayo de 1998. La profesora aprovechó su Pasantía para desarrollar la línea doctoral sobre “Racionalidad Moral”, actualmente bajo su coordinación en el marco del plan académico del Doctorado y las Maestrías en Filosofía.

μ

Las Maestrías en Filosofía, conjuntamente con el Área de Lingüística del Postgrado de la F.H.E., organizaron las II Jornadas Nacionales de Análisis del Discurso Político, que tuvieron lugar en Caracas durante el mes de octubre de 1998. La presentación estuvo a cargo del Prof. Benjamín Sánchez, Director de Postgrado, y entre los profesores de nuestras Maestrías que presentaron ponencias se encuentran: O. Astorga, L. M. Barreto, C. Kohn, V. P. Lo Mónaco y N. Núñez. Al evento asistieron Profesores y estudiantes de diversos Postgrados de la Facultad y de otras Universidades. Está contemplada la publicación de una MEMORIA que reúne las ponencias más destacadas.

μ

Los profesores M. Briceño, C. Kohn, V. P. Lo Monaco, y T. Olmos de las Maestrías en Filosofía fueron invitados como Conferencistas del Seminario Público que quincenalmente ha estado organizando el Instituto de Psicología en un aula de la sede de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación.

μ

La profesora Barreto asistió como ponente al I Encuentro de la UNESCO “Cultura para la paz, ciudadanía democrática y educación filosófica en América Latina y el Caribe”, realizado en Santiago, Chile, en el mes de noviembre de 1998. Posteriormente, co-organizó la realización del II Encuentro, celebrado en Caracas. Ambos Coloquios Internacionales contaron con la participación de distinguidos profesores de Universidades francesas y de varios países latinoamericanos además de los representantes de distintas Universidades de nuestro país.

μ

Los profesores L. M. Barreto, E. Heyman, C. Kohn y A. Pareles de las Maestrías en Filosofía participaron en el II Encuentro de la UNESCO “Cultura para la paz, ciudadanía democrática y educación filosófica en América Latina y el Caribe”, el cual se celebró en Caracas (IDEA y Auditorio de la F.H.E de la UCV) durante el mes de febrero de 1999. A este último asistieron, además, profesores y estudiantes de nuestras Maestrías, quienes intervinieron en los debates suscitados por las exposiciones

μ

El Lic. José Idler, estudiante de nuestra Maestría, ganó, en mayo de 1999, un

premio internacional por su ensayo “The Human Project in Bertrand Russell”, auspiciado por la Russell Society de los Estados Unidos. Como parte del premio nuestro estudiante fue invitado a participar como HUESPED DE HONOR en un Coloquio sobre la obra de este insigne filósofo organizado por la Universidad de Nueva Jersey.

μ

A partir de mayo de 1999 se inició una nueva modalidad de trabajo en las Maestrías de Filosofía. Bajo la figura de Seminario Tutorial abierto, la Prof. L. M. Barreto está reuniendo en sesiones quincenales a todos sus tutorandos y otros estudiantes de postgrado, interesados en debatir sus proyectos de Tesis publicamente. Esta modalidad contribuye, ciertamente, a crear una atmósfera de investigación necesaria para culminar con éxito y ‘a buen tiempo’ los estudios respectivos de sus alumnos. Muy pronto esta modalidad de trabajo se hará extensiva a los tutorandos de otros profesores de nuestras Maestrías.

μ

Profesores y estudiantes de la Maestría de Filosofía están participando en el Curso de Extensión: “Filosofar sobre la Constituyente”, organizado por la Escuela de Filosofía de la UCV, el cual se realiza en sesiones semanales en el Auditorium de nuestra Facultad.

μ

El profesor Omar Astorga, miembro del *staff* de profesores del Área de Filosofía, fue designado Director de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, en el mes de junio del presente año.





## LIBROS RECIBIDOS

Barrio, Eduardo Alejandro: *La verdad desestructurada*.

Primera Edición. Editorial Eudeba Universitaria de Buenos Aires. Buenos Aires. 1998.

158pp.

*Contenido.* Primera Parte. Introducción. Capítulo 1: La estructura de la verdad. La verdad sin estructura: el deflacionismo. 2. La verdad con estructura: las propuestas robustas. Capítulo 2: La definición tarkiana de la verdad. 1. La estructura formal de la definición. 1.1. Una explicación intuitiva. 1.2. La presentación formal. 1.2.1. las reglas semánticas de T1. 1.2.2. Las reglas semánticas de T2. 2. El problema de la reducción de la noción de verdad. 3. ¿Reconstruye la definición tarkiana la noción correspondentista de la verdad?. Segunda Parte. Introducción. Capítulo 3: Realismo sin un rostro semántico. 1. La ecuación de Devitt: existencia + objetividad + independencia. 2. Desafíos al realismo. 3. Realismo y verdad. Capítulo 5: Verdad, significado y representación. 1. El significado y la determinación de la verdad. 2. La verdad y la explicación del significado. Bibliografía.

Habermas, Jürgen: *Conciencia Moral y Acción Comunitativa*.

Quinta Edición. Ediciones Península. Barcelona, 1998.

219 pp.

*Contenido.* I. La filosofía como vigilante (Platzhalter) e intérprete. II. Ciencias sociales reconstructivas vs. Comprensivas (Verstehende). Observaciones introductorias. Dos modos del uso del habla. Interpretación y objetividad de la comprensión (Verstehen). Presupuestos de racionalización de la interpretación. El ejemplo de la teoría del desarrollo moral de Kohlberg. III. Ética del discurso. Notas sobre un programa de fundamentación. I.II.III. IV. Conciencia moral y acción comunicativa. Los supuestos filosóficos fundamentales de la teoría de Kohlberg. La estructura de las perspectivas de la acción orientada hacia el entendimiento. La integración de las perspectivas del participante y del observador y la transformación de los tipos preconventionales de acción. La fundamentación lógico-evolutiva de las etapas morales. Anomalías y problemas: una aportación a la construcción de la teoría.

Strawson, Peter F: *Libertad y Resentimiento*. Introducción de Juan José Acero.  
Ediciones Paidós / I.C.E. – Universidad Autónoma de Barcelona. Barcelona.  
1995.  
189pp.

*Contenido*. Introducción, Juan José Acero. 1. Libertad y resentimiento. 2. Moralidad social e ideal individual. 3. Las Investigaciones filosóficas de Wittgenstein. 4. Yo, mente y cuerpo. 5. La valoración estética y la obra de arte. 6. ¿No es nunca la existencia un predicado? 7. Sobre la comprensión de la estructura de nuestro lenguaje.

Serrano Gómez, Enrique: *Legitimación y racionalización. Weber y Habermas: la dimensión normativa de un orden secularizado*.  
Primera Edición. Editorial Anthropos. U.A.B. Universidad Autónoma de Barcelona. 1994.  
302pp.

*Contenido*. Introducción. 1. Una primera aproximación. 1.1. La legitimidad como “leyenda” del grupo dominante. 1.2. Legitimación a través de “dádivas” 1.3. Legitimación por decisión. 1.4. Legitimación a través de procedimientos. 1.5. Legitimidad, pluralidad cultural y relativismo. 2. Poder y Legitimidad. I. La legitimidad en un mundo desencantado. 1. Legitimidad y dominación. 1.1. Estado, derecho y legitimidad. 2. Racionalización desencanto del mundo. 2.1. Economía y racionalización del Estado. 2.2. Racionalización de las imágenes del mundo. 3. Legalidad y legitimidad. 3.1. Reconstrucción de la posición weberiana. 3.2. Más allá del legado weberiano. 3.3. Interludio: razón y modernidad. II. Concepto Normativo de la Legitimidad. 1. Legitimidad y discurso práctico. 2. Legitimidad y racionalidad comunicativa. 2.1. Racionalidad comunicativa. 2.2. Racionalización social y legitimación. 3. Crisis de legitimación y capitalismo. 4. Poder y Legitimación. 4.1. ¿Crítica de la razón funcionalista?. 4.2. El poder como mediación entre mundo de la vida y sistema. III. Conclusiones. 1. Legitimidad y consenso. 2. Legitimidad y racionalización.

Rodríguez, José A: *Babilonia de Pecados. Norma y transgresión en Venezuela, siglo XVIII*.  
Primera Edición. Colección Trópicos Alfadil Ediciones. Comisión de Estudios de Postgrado, FHE-UCV. 1998.  
219pp.

*Contenido*. I. Ovejas Apasionadas. El Demonio, la carne y los sentidos. Complicidades Espaciales. Gestos y susurros. Incestos y contra natura. Eros y Fuegos. Fémimas Inquietas. El macho necesario. “Alma mía [...]”

Cruce de Colores. Voluntades vs calidades. Las desventuras de una madre. El mestizo pragmático. Blancos desiguales. Tostados al asalto. Sexo y Poder. Doña Bárbara. La musa infiel. II. Cuando el Diablo Sitia a Dios. Curas y frailes en el banquillo. Celibato erótico. Entre bebidas y dados. Lobos y mercaderes. Confesionarios eróticos. Relajamientos Profanos. Bullicio y desnudeces. Purgantes y salivas. Mañana de Perras. Perversas costumbres. III. Ritos de evasión. El Círculo del tambor. Diablos danzantes. Santos y velorios festivos. Contradanza de poderes. Espectáculos promiscuos. Comedias peligrosas. Toros filantrópicos. Entre Gallos Y baños. La fortuna emplumada. Las pelotas de la discordia. Placeres acuáticos. Adulteraciones Éticas. Borracheras indígenas. Los de adentro y los de afuera. En torno a la pulpería. Apocalipsis cañero. Conclusiones. Las Fuentes.

Wittgenstein, Ludwig: *Conferencia sobre ética. Con dos comentarios sobre la teoría del valor.*

Introducción de Manuel Cruz. Ediciones Paidós/I.C.E. – Universidad Autónoma de Barcelona. Barcelona. 1997.

63pp.

*Contenido.* Introducción. 1. Un lugar equívoco. II. A propósito del texto que sigue y de la propuesta de Wittgenstein en general. Textos de Wittgenstein en castellano. 1. Conferencia sobre ética, Ludwig Wittgenstein. 2. Notas acerca de las conversaciones con Wittgenstein, Friedrich Waismann. 3. Acerca de la concepción wittgensteiniana de la ética, Rush Rhees.

Wittgenstein, Ludwig: *El deber de un genio.*

Editorial Anagrama. Barcelona. 1994.

547 pp.

*Contenido.* Agradecimientos. Introducción. I. 1989-1919. 1. El laboratorio de la Autodestrucción. 2. Manchester. 3. El protegido de Russell. 4. El maestro de Russell. 5. Noruega. 6. Tras las líneas. 7. En el frente. II. 1919-1928. 8. La verdad impublicable. 9. "Algo totalmente rural". 10. Fuera del yermo. III. 1929-1941. 11. El segundo advenimiento. 12. La fase verificacionista. 13. La niebla se disipa. 14. Un nuevo principio. 15. Francis. 16. Juegos de Lenguaje: Los cuadernos azul y marrón. 17. Con la tropa. 18. Confesiones. 19. Finis Austriae. 20. El profesor renuente. IV. 1941-1951. 21. Trabajo de Guerra. 22. Swansea. 23. La oscuridad de estos Tiempos. 24. Un cambio de aspecto. 25. Irlanda. 26. Un ciudadano de ninguna Comunidad. 27. Storeys End. Apendice: el Wittgenstein de Bartley y las observaciones en clave. Bibliografía Selecta.

Revista: *Akademos.*

Revista Semestral, indizada y arbitrada de la CEP/FHE. N° 1

*Contenido.* Editorial. La escuela de artes en la encrucijada de la cultura y la transdisciplinariedad. Ximena Agudo. Reflexiones sobre aspectos teóricos-metodológicos en el Área de Bibliotecología. Olga Oropeza de Ojeda. La Comunicología: del reduccionismo a la contextualización y la cotidianidad. Dulce Yumar. El área de Educación en el Postgrado: una aproximación a los cambios. Beatriz Lepage. Expansión y alternativas del área de Filosofía en los Estudios de postgrado. Vincenzo Piero Lo Monaco. La experiencia del área de Geografía en los Estudios de Postgrado. Una reflexión desde la perspectiva epistemológica del pensamiento geográfico. Karenia Córdova. Postgrado, Investigación y literatura. Armando Navarro. El Impacto del Postgrado en el área de lingüística. Adriana Bolívar. El área de psicología en el postgrado: reflejo de un panorama caleidoscópico. Miriam Dembo. La elaboración de resúmenes en el ámbito universitario. Javier García. Al rescate de la autoestima del docente. Mauricio Azuaje. Metas del decano electo de la Facultad de Humanidades y educación, Benjamín Sánchez: Racionalizar los recursos e integrar en una totalidad al pregrado y al postgrado. Dulce Yumar. Wanda Rodríguez: "El debate Piaget-Vygotski se ha sobresimplificado". Cibelle Cruz. Mauricio navia: La universidad es el espacio del saber, y el saber se funda filosóficamente. Celina Carquéz. El V Congreso de Filosofía y I de lógica. Mauricio Azuaje. El XVIII Congreso Interamericano de Psicología: de cara al 2000. Cibelle Cruz.

Revista: *Apuntes Filosóficos*

Universidad Central de Venezuela, N° 12. 1998.

149 pp.

*Contenido.* 1. Psicología Platónica del Placer. Francisco Bravo. 2. Platón: la aptitud política del filósofo. Wolfgang Gil. 3. Aristóteles y la búsqueda de los principios. Giulio Pagallo. 4. En torno a la naturaleza ontológica de la doctrina aristotélica de las categorías. Carlos Paván. 5. Las Antinomias de la democracia liberal. Carlos Kohn. 6. El sufragio como una figura de realización de la idea de ciudadanía. Omar Noria. 7. Contexto de descubrimiento y contexto de justificación en la explicación hobbesiana de la sensibilidad. Omar Astorga. 8. La Necesidad del filosofar y la formación (Bildung). Miguel Briceño. 9. El significado de los términos sincategoremáticos. Roberto Bravo. 10. Homenaje al maestro. José Herrera. 11. Fernando Savter: Diccionario Filosófico. Guadalupe Llanes (reseña).

Revista: *Reflexiones sobre la política y la sociedad civil.*

Universidad Central de Venezuela, Caracas, Año 2. N° 4, 1998

161pp.

*Contenido.* Editorial: Reflexiones sobre la política y la sociedad civil. Lo que significa(BA) el espacio público moderno. Magaldy Téllez. El momento luterano de la sociedad civil. Dominique Colas. Nación y cultura los efectos de la globalización. Eduardo Vásquez. Los símbolos políticos del saber. Angel Moros. Las bases imaginativas del consenso en el pensamiento político de hobbes. Omar Astorga. Lo ético como generador de conductas sociopolíticas. Gustavo Portillo. La gobernabilidad democrática en Venezuela: crisis decadencia sostenida e ideas para su eventual recuperación. Vilma Petrash. Las ideas ilustradas y su impacto político en la Venezuela Republicana: Estudio del caso de la rotonda de Caracas 1840-1936. Alberto Navas Blanco. América Latina frente a la mano invisible del mercado global. Catalina Banko.

Revista: *Utopía y Praxis latinoamericana.*

Universidad del Zulia. Año 3. Nº 5, julio-Diciembre 1998.

161 pp.

*Contenido.* 1. Presentación. 2. Estudios. 3. Artículos y Ensayos 4. Notas y Debates de Actualidad. 5. Entrevista con.... 6. Documentación. 7. Libros Vistos y Re-vistos. 8. Panorama de Revistas. 9. Programas de Estudios Internacionales. 10. Noticias e Informaciones. 11. Índice General de Autores y Artículos: Nos: 1-5 (1996-1998)

Revista: *Utopía y Praxis latinoamericana.*

Universidad del Zulia. Año 4. Nº 6. Enero-Abril 1999.

149 pp.

*Contenido.* 1. Presentación. 2. Estudios. 3. Artículos y Ensayos 4. Notas y Debates de Actualidad. 5. Entrevista con.... 6. Documentación. 7. Libros Vistos y Re-vistos. 8. Panorama de Revistas. 9. Programas de Estudios Internacionales. 10. Noticias e Informaciones. 11. Índice General de Autores y Artículos: Nos: 1-6 (1996-1999)